

**ANDRÉS YÉPEZ**  
EDITOR

**VOLUMEN II**

**TEXTOS DE MAESTRÍA**

**edi**  
**PUCE**

## **TEXTOS DE MAESTRÍA 2**



# **TEXTOS DE MAESTRÍA 2**

**edi|PUCE**

*Textos de Maestría 2*

Andrés Yépez

Primera edición

© 2025 Andrés Yépez

© 2025 Pontificia Universidad Católica del Ecuador

ediPUCE

laeditorial.puce.edu.ec

Quito, Av. 12 de Octubre y Roca

Apartado n.º 17-01-2184

Telf.: (593) (02) 2991 700 ext. 2060, 1711, 1013

Correo: publicaciones@puce.edu.ec

Producción editorial: Jossué Baquero

Gestión técnica: Macarena Orozco

Asistencia editorial: Danna Quintana

Diseño de portada: Vanessa Proaño O.

Diagramación: ediPUCE

Corrección de textos: ediPUCE

ISBN: 978-9978-77-708-4

Quito, febrero de 2025.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin previa autorización escrita de los propietarios del Copyright.

## PRÓLOGO

A inicios de octubre del 2019, los entonces maestrantes cursábamos una de las primeras clases de *Del inconsciente, la causalidad, desarrollo, funcionamiento y Procesos psíquicos*. La sesión inició con una pregunta por parte del docente: “¿Por qué decidieron entrar a esta maestría?”. Las respuestas fueron diversas y cándidas, dejando entrever, en muchas de ellas, un compromiso con la psicología clínica, la academia y la formación en psicoanálisis. Esta última arista resultó llamativa, ya que suscribía los esfuerzos realizados por quienes buscaron aperturar una maestría con un enfoque psicoanalítico en una lógica universitaria, empresa que no pudo darse sin el esfuerzo mancomunado de aquellos psicoanalistas que nos anteceden y que se aventuraron a hacerse escuchar en el mundo académico que bien podría desacreditarlos. Es bien sabido y lastimosamente recurrente que la presencia del psicoanálisis en los currículos y programas de psicología y salud mental provoca cierto escozor, ya que se aleja del enfoque positivista, cuantificable, “vigente”, irrefutable y hegemónico de otros saberes que también buscan espacio en los pénsum.

De igual manera, esta pregunta, con diversas respuestas, trajo a la mente una antigua discusión que Freud ya anticipó en su texto *¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?* (1919). Es imperativo ceñirnos a los verbos que Freud utiliza, ya que, en términos de formación, Freud consideraba que esta se producía a partir del propio análisis en su articulación con el trabajo teórico y con las asociaciones que suelen quedar al margen de las universidades. Posteriormente, con Lacan y sus aportes teóricos, entendemos a la formación como un paso por el diván y la experiencia del des-encuentro con el saber no sabido del inconsciente –el horror de asumir que el saber desplaza al sujeto– puede situarse en el lugar vacío del psicoanalista y su representación. Es este eje Freud–Lacan, con su correspondiente desambiguación, el que orienta y anima la formación de todos aquellos interesados que quieren mantenerse a la “altura de la época” en esta “tarea imposible” que entraña el ejercer el psicoanálisis.

Claramente, la maestría no se inscribe en el esfuerzo de formar psicoanalistas, pero sí en el de enseñar —verbo que Freud utiliza— los conceptos que el psicoanálisis nos ha brindado para sostener una práctica clínica basada en la escucha y en el paso de lo universal a lo particular, un pasaje no menor frente a un mundo que propone una homogeneización en detrimento de la diferencia. El contrapunto entre transmisión y enseñanza sugiere que lo que es incomprendible para enseñar no requiere comprensión.

En la maestría, se hace presente la hiancia entre la teoría y la práctica, hiancia necesaria para dar cuenta de que el real de la clínica rebasa el ordenamiento conceptual que, de ese real, en tanto “imposible lógico-matemático”, solo se podrá dar cuenta en el caso por caso al revelar los límites de la estructuración subjetiva. Este abordaje permite no hacer un dogma de la enseñanza, ya que no descuida el compromiso y la responsabilidad de la transmisión, así como su rigurosidad.

De esta manera, se alienta a los estudiantes a dar cuenta de este aprendizaje, efecto de la enseñanza y de lo que haya podido ser transmitido, en textos de diversas temáticas que, a su vez, puedan resultar en un trabajo final de maestría. Estos escritos dan cuenta de los intereses y los deseos que animan una intención de formación en cada uno de los maestrantes, así como de un porvenir del propio psicoanálisis. En el presente libro, el lector podrá encontrar una recopilación de algunos de estos textos, los cuales son el producto/objeto de un esfuerzo de extensión. Brevemente, se resume los trabajos que organizan esta compilación:

En el texto inaugural, *De la tópica freudiana a la topología lacaniana*, Andrés Yépez busca hacer un aporte a la comprensión de la topología como un recurso del que el psicoanálisis puede servirse para su formalización y clarificación, tal como Lacan se lo plantea, interrogándose si, retroactivamente, Freud pudo haber hecho uso de tal recurso. Si bien Freud no habría sido un topólogo, su uso de la tópica puede ser leído como una incipiente inscripción en una topología que otros autores podrán evidenciar mejor contemporáneamente.

Seguidamente, Juan José Quesada, en su artículo *El amor en el discurso capitalista. Un ejemplo de contraste: la doctora Constance*, se

interroga sobre lo central del amor en la construcción de la subjetividad, así como su alojamiento en la cultura en tanto Otro sujeto a los acaecimientos desprendidos del discurso capitalista. El recurso del personaje de la doctora Constance, personaje del filme *Spellbound* (1945), de Alfred Hitchcock, permite ejemplificar las vicisitudes del despliegue del lazo amoroso cuando el discurso prevalente pregona un empuje al consumo y la mercantilización de los otros, en detrimento de un verdadero amor, que implicaría un encuentro cargado de compromiso y de genuino interés por el otro, ya no en tanto objeto, sino en el lugar de sujeto.

El tercer texto, *No todo goce fálico, goce-Otro femenino*, de Miguel Eguiguren plantea una revisión sobre la pregunta enigmática de la feminidad en relación a aquello que quiere una mujer y las respuestas que cierto psicoanálisis ha tratado de brindar al respecto. Para ello, trata de diferenciar a hombres y mujeres desde la lógica significante, lógica de sexuación, que trasciende la mera diferencia genital. La revisión del autor permite indicar que será el significante fálico, en tanto significante del deseo, el que permitirá una organización de los goces, limitando la infinitud del goce Otro con la finitud del goce fálico, operación que se explica gracias a la compacidad.

En cuarto lugar, Gabriela Villacís presenta su texto *La imagen corporal en la anorexia*. Este trabajo nos brinda un recorrido teórico en el cual se hace énfasis en la anorexia como una distorsión de la imagen corporal, acompañada de un esfuerzo efectivo por perder peso. Se destaca la relación del sujeto con el Otro como una manera de conocer el génesis del trastorno y su posible lectura para el tratamiento.

El siguiente texto, *El pasaje del síntoma social al síntoma particular desde la no-relación sexual: una aproximación a la clínica de la adolescencia*, a cargo de Dennis Logroño, se enfoca en la adolescencia como una época de transiciones signadas por síntomas y manifestaciones comunes. No obstante, se presenta una propuesta de escuchar estos síntomas desde su particularidad como una vía para trabajar el malestar que estos recubren.

Posteriormente, Tábata Naranjo con su investigación titulada *Análisis diferencial entre ideas delirantes y fantasía en la infancia: es-*

*tudio desde la clínica psicoanalítica de las psicosis infantiles*, hace una escisión entre los conceptos de ideas delirantes y fantasías, de tal manera que se pueda ceñir su especificidad a los trastornos psicóticos en la infancia. El psicoanálisis, desde esta propuesta, puede permitir una diferenciación entre ambos conceptos, algo que facilita un diagnóstico y marca la dirección de la cura.

Finalmente, Rebeca Manzanares concluye esta compilación con su texto *Manifestaciones contemporáneas de angustia infantil: la adicción de niños y niñas a la pantalla*. Este trabajo sugiere la hipótesis de que el uso prolongado y excesivo de pantallas (dispositivos electrónicos) funciona como una manifestación de angustia cuyo fin es una huida que no da lugar a la palabra. Por esta razón, se propone que esta práctica es una adicción, una práctica sin palabra y una posición que busca alejarse del lenguaje, no sin consecuencias en la subjetividad de los niños.

*Andrés Yépez Garzón y Dennis Logroño Sarmiento*

# DE LA TÓPICA FREUDIANA A LA TOPOLOGÍA LACANIANA

ANDRÉS YÉPEZ GARZÓN

## Introducción

Entre los varios puentes que se han discutido, debatido y presentado para conjugar a Sigmund Freud y a Jacques Lacan en un psicoanálisis del sujeto del inconsciente, aparece uno que merece ser interrogado: el de la topología. A saber, Freud no fue un topólogo, y las referencias a las matemáticas en su obra son escasas o casi inexistentes. Lacan, por otro lado, despliega toda una serie de formalizaciones que inscriben una buena parte de su obra en un esfuerzo por mostrar los registros de su famoso encadenamiento borromeo y, para esto, se sirve de la topología, aunque con su sello particular. Entonces, ¿se puede hablar de la topología como un puente entre ambos autores?

A lo largo de su obra, Freud presenta ilustraciones que apoyan sus ideas en una suerte de mapas de coordenadas. Lo hace desde textos muy tempranos como *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895), *La interpretación de los sueños* (1900), otros paradigmáticos de su clínica como *A propósito de un caso de neurosis obsesiva* (1909) o textos maduros como *El yo y el ello* (1923). Estas ilustraciones pueden pensarse como esquemas, ya que dan cuenta de ciertas relaciones entre los elementos que los componen y que indican la problematización de los lugares, aspecto relevante para el presente trabajo. Varios de los textos mencionados se inscriben en la llamada *primera tópica*.

Por su parte, Lacan hace uso deliberado y explícito de la topología, rama de las matemáticas, para apoyar su enseñanza con una serie de esquemas, grafos, superficies y nudos. Este esfuerzo brinda una riqueza inconmensurable a su trabajo, ya que permite un pasaje de la *demostración* de la geometría matemática a la *mostración* de la topología del sujeto del inconsciente. Esta obra, ignorada o resistida por algunos psicoanalistas, implica un esfuerzo por representar aquello de la clínica analítica, el trabajo tan singular de leer a cada sujeto y sus letras. Las matemáticas y el psicoanálisis se ocupan de esta combinatoria establecida.

Tanto la tópica freudiana, la primera que se ocupa de instancias psíquicas que configuran un aparato, como la topología lacaniana, el esfuerzo de representación de una estructura, comparten una raíz ineludible: el *topos* griego, la referencia a lugares. En ambos autores, tanto Freud como Lacan, se trata de un *topos* no mensurable, no tangible y no cuantificable. Este es un espacio representado donde la importancia está dada por los elementos que conforman dichos lugares y las relaciones entre ellos. Eso es precisamente lo que propone este trabajo: una lectura que permita un posible pasaje de las elaboraciones esquemáticas de Freud a las de Lacan.

Para cumplir este propósito, se ha realizado una revisión de la propuesta de cada autor en cuanto a su obra y al momento de su enseñanza y transmisión. El lazo entre ambos autores también parte de la égida de un *retorno a Freud* que Lacan consideraba posible y necesaria. Es curioso que este retorno tome a las matemáticas como base, campo que, como se mencionó, no fue abordado explícitamente por Freud. Para Jean Brini (2018), al hablar de grandes matemáticos, no solo se habla de la historia de su descubrimiento, también se habla de la historia de su efecto en la subjetividad de su descubridor y es quizás en ese campo donde se pueda captar algo del sujeto.

La topología levanta resistencias. Aparece como un campo cifrado en los libros de psicoanálisis, algo que posiblemente sea prescindible para continuar con la lectura sin el detenimiento forzoso y cansino que esta implica. Sin embargo, dejarla de lado involucra privarse de la mitad de la obra de Lacan (Darmon, 2019).

Si se toma en cuenta que el psicoanálisis es una clínica, concretamente la del caso por caso, ¿qué utilidad tiene la topología? El trabajo que aquí se presenta no ha descuidado esta pregunta y ha intentado responderla sin agotarla. La topología permite leer algo de lo irreductible de la estructura, la muestra.

De esta manera, se ha llevado a cabo un ejercicio de formalización, análisis y descripción de varios textos que permiten pensar en dicho posible pasaje: de lo tópico a lo topológico, de Freud a Lacan. Se espera que no solo se trate de un pasaje, sino que dé cuenta de una articulación. En las próximas líneas se podrá conocer cómo esquemas, como el de la *Carta 52*, pueden tener relación con el *esquema L*, proporcionando encuentros y desencuentros entre la tópica de Freud y la topología de Lacan. Ambos campos marcan sus relevancias en la obra de cada autor y ambos presentan sus límites que abren puertas para trabajarlos.

### ¿Qué es la topología lacaniana?

*“He aquí una aventura conmovedora de matemáticas [...], una fantasía de espacios extraños poblados por figuras geométricas; figuras geométricas que piensan y hablan y tienen todas las emociones humanas”*

**Edwin Abbott**, *Planilandia*.

La transferencia o apuesta de Lacan por las matemáticas inaugura un campo que soporta un sello distintivo en su obra: la topología. Al hablar de topología, es posible plantear la pregunta acerca del espacio, el lugar y, concretamente, por el lugar que trasciende una geometría cuantitativa. El recurso de la topología es temprano en la obra de Lacan; en las nociones de estructura que aparecen desde textos como *Función y campo de la palabra...* (1953) ya se habla de una topología, aunque no esté totalmente explicitada (Eidelsztein, 1992). Es pertinente remitirse a las nociones elementales de la topología, empezando por su origen: es una rama de las matemáticas.

Se trata, entonces, de una de las ramas más nuevas y complejas de la geometría moderna. “Algunas de sus curiosas figuras [...]

son tan extrañas que parecen haber sido inventadas por escritores de ciencia ficción y no por matemáticos de mente sobria” (Gardner, 2007, p. 65). De raíces griegas, la topología se compone de *topos* (lugar, territorio) y *logos* (palabra, estudio o tratado), con la característica particular de que “estudia las propiedades que permanecen invariables independientemente de la manera en la que se retuerza, extienda o comprima una figura” (Gardner, 2007, p. 65). En la topología, ciertas propiedades del objeto se mantienen a pesar de sus deformaciones.

De esta manera, para un topólogo, un anillo es lo mismo que una taza, ya que su propiedad topológica invariable es el agujero que ambos comparten, más allá de las formas, estiramientos, doblamientos y deformaciones de la superficie. Un anillo puede tener diversas modificaciones alrededor de su agujero, incluso si estas suponen formar una taza. El estudio de esta figura, por lo tanto, nada tiene que ver con el tamaño de ambos, ni la forma que puedan presentar al inicio o al final. A diferencia de las geometrías euclidianas, en las cuales ubicamos objetos en el espacio, en la topología el espacio es un objeto en sí.

¿Cuáles son los antecedentes de la topología lacaniana? A partir de las nuevas ramas de las matemáticas descritas por Leibniz en 1679, el estudio por el lugar (*Analysis situs*) empieza a cobrar relevancia. Aportes posteriores de matemáticos como Euler o Gauss resultan determinantes para aclarar esta nueva noción referente al *situs*. Fue un discípulo de estos matemáticos, Listing, quien formalizó el nombre de topología (Amster, 2010). Posteriormente, Moebius, en 1861, descubrió la banda que lleva su nombre y, así, inspiró el interés por las superficies uniláteras y su respectiva teorización (Granon- Lafont, 1987).

Los aportes de Leibniz resultan determinantes para la lectura lacaniana de nociones como la lógica, la topología y el inconsciente, aunque, por supuesto, no el freudiano (Molina Ureta, 2007; Amster, 2010; Cabañas, 2015). Esta invención leibniziana interesó a Lacan desde momentos tempranos en su obra como se evidencia en diversos pasajes como el seminario de *La carta robada* (1956), el *Grafo del deseo* (1960), la introducción de esquemas en el seminario *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoana-*

*lítica* (1954- 1955) y nociones como las de continuidad o grupo que aparecen en seminarios como *La identificación* (1961-1962) o *Aún* (1972-1973).

Posteriormente, Lacan pasó de la topología de esquemas y grafos y la topología de superficies a la topología de nudos, rasgo característico de su última enseñanza (Vappereau, 1997). El presente trabajo recoge una topología más temprana, aquella que responde a un elemento prematuro: la serie de la enseñanza de Lacan. Esta serie “se arma con modelos, esquemas, grafos, superficies topológicas” (Eidelsztein, 2007, p. 9), cadena que es rigurosamente trabajada para responder al problema de las representaciones en psicoanálisis. Ya que, justamente, Lacan estudió y desarrolló una teoría sobre la representación para el sujeto humano.

Como se mencionó anteriormente, la topología se ocupa “de aquellas propiedades de las figuras que permanecen invariantes, cuando dichas figuras son plegadas, dilatadas, contraídas o deformadas, de modo que no aparezcan nuevos puntos” (Macho Stadler, 2002, p. 63). Se trata de la conservación de las figuras a pesar de sus transformaciones para acceder a la estructura que les corresponde. Es decir, no se trata de una métrica ni de una geometría proyectiva; la topología no responde a un sistema de coordenadas cartesianas. Permite la resolución de problemas geométricos, lo cual, según Eidelsztein (1992, p. 19): “implica el paso de la intuición imaginaria a la representación simbólica”.

La transformación de las figuras supone que hay una “correspondencia biunívoca entre los puntos de la figura original y la figura transformada, y que la deformación hace corresponder *puntos próximos a puntos próximos*” (Macho Stadler, 2002, p. 63). Esta propiedad se conoce como continuidad e implica que, tanto la figura original como la transformada, sean homeomorfas. En este punto es posible seguir a Eidelsztein (1992, p. 28) para señalar que la topología es “una rama de la geometría que implica una exclusión absoluta de toda *dimensión mensurable*”, sin problematizar las relaciones espaciales entre interior y exterior y erradicando los problemas vinculados a la forma.

## A propósito de los esquemas

Este concepto encuentra sus orígenes en la matemática y es ubicado en la topología a partir de referencias como el famoso problema de los puentes de Königsberg. ¿En qué consiste? Se trata de un problema topológico elemental (Darmon, 2019) inspirado en la disposición de puentes en la actual ciudad de Kaliningrado, Rusia. En 1700, los habitantes de este poblado “se preguntaban si era posible recorrer esta ciudad pasando una vez y solo una vez por cada uno de los puentes sobre el río Pregel, y volviendo al punto de partida” (Macho Stadler, 2002, p. 66). Más allá de la estructura imaginaria que podría suponer este problema, se trata de un problema de conmutación.

¿Qué es un esquema? Lacan señala que un “esquema no sería un esquema si presentara una solución [...]. Es solo una manera de fijar las ideas, que una imperfección de nuestro espíritu discursivo reclama” (2008, pp. 364-365). Para Lacan, se deben trabajar las nociones que va a proponer en un esquema y, fundamentalmente, sus interrelaciones en forma discursiva. Se puede hacer uso de los esquemas en tanto sustitutos de un discurso. “Se caracterizan por tener varias lecturas, que no reposan ni en la forma ni en la posición, salvo que las tomemos como elementos simbólicos y que, entonces, deben ser «leídos» ellos también” (Eidelsztein, 1992, p. 53).

Los esquemas, tal como lo plantea Lacan, implican la representación espacial de las funciones y sus relaciones. En este caso, la noción de espacio de la cual se trata es topológica. ¿Por qué? Esta espacialidad no implica analogía ni medición alguna, “aunque sí se toma en cuenta la proximidad, vecindad, o continuidad, en oposición a discontinuidad o interposición” (Eidelsztein, 1992, p. 53). Estas nociones están implicadas en la concepción de un espacio topológico. Ante esto, Lacan (2008) señala: “aquí estamos, armados [...] de cierto número de términos y de esquemas. La espacialidad de estos últimos no debe tomarse en el sentido intuitivo del término esquema, sino en otro sentido, perfectamente legítimo, que es topológico” (pp. 11-12). Se trata de interposición, sucesión y secuencia.

La espacialidad de los esquemas permite ubicarlos como una topología, cercana a los grafos, primer momento de la topología lacaniana. Si situamos como un primer eslabón en la enseñanza de Lacan a los modelos, su paso a los esquemas supone un pasaje de *imaginización* a la conceptualización simbólica. Aportes de Lacan como *El estadio del espejo...* (1949), o el llamado *Modelo óptico* (1954) proponen un predominio imaginario, aunque no exclusivo, en el cual se puede ubicar a los modelos. En estos se puede encontrar imágenes reales e imágenes virtuales, y es por esta estructura imaginaria, tal como señala Eidelsztein (1992), que no encajan en una topología.

Los esquemas, según el planteamiento de Lacan y el uso que les da, son topológicos. Como tales, son “geometrificaciones topológicas, cualitativas y no numéricas, de nociones psicoanalíticas expresadas como puntos y sus relaciones como segmentos o vectores” (Eidelsztein, 1992, p. 29). Si bien se habla de una formalización de una topología de grafos como un primer momento en la topología lacaniana (Vappereau, 1997), los esquemas ya presentan propiedades topológicas. Este aspecto será desarrollado posteriormente al introducir las nociones del esquema que Freud presenta en la *Carta 52* y en el *Esquema L* propuesto por Lacan.

## ¿Y lo tópico?

Al ubicar los textos de Freud en una cronología, es frecuente escuchar una *primera tópica* en su enseñanza, en la cual se enfocará el presente trabajo. La misma se acompaña de la presentación de instancias a representar; estas son Consciente, Preconsciente e Inconsciente. Desde su propia etimología, la tópica nos remite a una teoría de los lugares, ya que está compuesta una raíz griega (*topos*) y un prefijo (*ikos*) que permite entender que se trata de una teoría relativa al lugar. Para Chemama (1998, p. 431), la tópica es un “modo teórico de representación del funcionamiento psíquico como un aparato con una disposición espacial”.

Esta teoría supone “una diferenciación del aparato psíquico en cierto número de sistemas dotados de características o funciones

diferentes y dispuestos en un determinado orden entre sí” (Laplanche et al., 2004, p. 430). Se trata, por lo tanto, de lugares psíquicos representados metafóricamente de forma espacial. La enseñanza freudiana indica que, al hablar de lugar, no se hace referencia a una instancia orgánica/anatómica. Se trata de representaciones, pensamientos y productos psíquicos en un lugar no localizable. Para Freud (1992, p. 599), estos productos se encuentran *entre* los elementos orgánicos del sistema nervioso, “donde resistencias y facilitaciones constituyen su correlato”.

Una de las obras tempranas de Freud, *Las afasias*, de 1891, se hace referencia a los lugares anatómicos o, siguiendo a Laplanche et al. (2004), anatomo- fisiológicos de localizaciones cerebrales donde ya se puede vislumbrar una primera teoría de lugares. Este aporte “prepsicoanalítico, es una tesis de Freud sobre las afasias que es efecto de su concepción del lenguaje y entonces con ella da una explicación de diferentes formas de afasia” (Darmon, 2019, p. 26). No obstante, como se señaló previamente, el lugar no se concibe sin sus funciones.

El paradigma contemporáneo de las neurociencias propone una teoría de lugares. Este busca conocer los soportes neurológicos y sus respectivas localizaciones que permiten entender funciones específicas de los centros cerebrales. Freud (1987), en oposición a un determinismo tópico-anatómico, apela a una explicación de tipo funcional para entender las afasias de Broca y Wernicke. Además, indica las limitaciones y contradicciones de centrarse en una teoría exclusiva de lugares sin el detenimiento por la funcionalidad y “sostiene que la consideración de datos tópicos de la localización debe completarse con una explicación de tipo funcional” (Laplanche et al., 2004, p. 431).

Freud señala: “Nuestro punto de partida fue la intención de examinar si el principio de localización puede realmente aportar tanto a la explicación de afasias como se había pretendido, y si se justifica diferenciar entre centros y vías del lenguaje y entre los respectivos tipos de trastornos del lenguaje” (1987, p. 114). Los aportes de Freud y sus contemporáneos permiten concluir que los trastornos no corresponden exclusivamente a una problemática *topográfica* en términos de lesión cerebral

para justificar una afasia; es imperativo entender desde la función afectada y la cercanía de esta con otras áreas su surgimiento y posterior tratamiento.

A partir de una serie extensa de reflexiones, modelos y esquemas, Freud logra identificar el problema tópico en las afasias, concluyendo que “parece que el significado que el factor de localización tiene para la afasia ha sido sobreestimado y [...] haríamos bien en preocuparnos de los estados funcionales del aparato del lenguaje” (1987, p. 117). No es suficiente con un examen del lugar; se debe pensar en términos de función.

Es posible entender a *Las Afasias* como un texto inaugural para pensar en una primera tópica freudiana. Es así como aparecerán aportes posteriores en los cuales se sigue la línea de *lugares* psíquicos diferenciados por el lugar y sus funciones.

Al respecto, Laplanche et al. (2004) menciona que “si bien sobre este terreno surge el descubrimiento freudiano del inconsciente, este no se limita a reconocer la existencia de lugares psíquicos diferentes, sino que asigna a cada uno de ellos una naturaleza y un modo de funcionamiento distintos” (p. 431). En otras publicaciones tempranas, Freud (1992) ya planteaba una escisión de la psique, fundamentada en instancias a manera de un aparato, en el cual la concepción de la consciencia y del inconsciente implican una diferenciación tópica. Esto es planteado por Freud desde las representaciones suscitadas que son accesibles a un saber consciente y a aquellas que son inconscientes.

Para Freud, el inconsciente se organiza en estratos “y la investigación analítica se efectúa necesariamente por ciertas vías que suponen la existencia de un determinado orden entre los grupos de representaciones” (Laplanche et al., 2004, p. 431). El discurso no es cronológico, sino lógico y da cuenta de las diversas representaciones surgidas al asociar libremente. La teoría de lugares también aparece en el paso de las representaciones inconscientes a la consciencia: el trabajo de análisis, en una primera enseñanza freudiana, implica, según Laplanche et al. (2004, p. 432), “la reintegración de los recuerdos inconscientes en el yo se describe como un modelo espacialmente representado” en el cual la consciencia es un desfiladero del paso de recuerdos.

La teoría de lugares de Freud también encuentra pertinencia en el texto *Proyecto de psicología* (1895). La tópica del aparato psíquico es presentada en una dentro del marco de los estudios de un aparato neuronal. Se proponen tres tipos de neuronas: neuronas  $\phi$  (phi), neuronas  $\psi$  (psi) y neuronas  $\omega$  (omega) (1992). Estas neuronas permiten un recorrido que está presente desde las percepciones externas, el forjamiento de huellas mnémicas y el paso de representaciones a la consciencia. Se propone un principio energético en el cual la energía exterior será organizada por los diferentes sistemas neuronales, marcando así criterios de exterior e interior.

Para Darmon (2019, p. 19), hay una apertura de camino entre dichas neuronas: “la parte inconsciente del trayecto está situada en la percepción y la consciencia”. En este trayecto, continúa Darmon “hay un primer sistema de percepción en que los elementos que son percibidos son traducidos en signos de percepción y estos elementos percibidos de esta primera inscripción van a ser redistribuidos en el sistema inconsciente”. Posteriormente, estos elementos percibidos pasarán al preconscious y luego a la consciencia. Con mucha mayor claridad, se establece un aparato psíquico escindido en instancias, las cuales se organizan a manera de lugares: una tópica.

De esta manera, en 1896, Freud propone un esquema en el cual se hace explícita esta escisión entre instancias psíquicas. La larga relación epistolar de Freud con Wilhelm Fliess arrojó una cantidad de correspondencia de inconmensurable riqueza que será el pilar fundamental de varias elaboraciones posteriores. Una de estas cartas, la del 6 de diciembre de 1896, bautizada como *Carta 52*, indica claramente una representación espacial y tópica de la organización de las instancias psíquicas en relaciones de continuidad y vecindad, aspecto que podría suponer una lectura topológica en Freud, algo que será abordado posteriormente en el presente artículo.

La *Carta 52* puede considerarse como una contribución no oficial dentro de la literatura producida por Freud, ya que se trata de una pieza de correspondencia personal que mantenía con Fliess. Por esta razón, varios autores mencionan que la primera concepción tópica explícita del aparato psíquico aparece en el célebre texto *La interpretación de los sueños* (1900). En este texto Freud presenta un esquema, conocido como *Esquema del peine*

(1992). Este esquema presenta una sucesión de sistemas mnémicos “constituidos por grupos de representaciones caracterizados por leyes de asociación distintas” (Laplanche et al. 2004, p. 432).

Queda claro que la tópica, tal como lo presenta Freud, no se trata de una teoría de lugares anatómicos. “Queremos dejar por completo de lado que el aparato anímico de que aquí se trata nos es conocido también como preparado anatómico, y pondremos el mayor cuidado en no caer en la tentación de determinar esa localidad psíquica como si fuera anatómica” (Freud, 1992, p. 529). Esto, no obstante, no resta la importancia de un sustento anatómico, presente en teorizaciones como el *Proyecto de psicología*, donde los órganos de los sentidos tienen una importancia capital en el proceso de percepción y la entrada de energía externa al interior.

El aspecto espacial de la teoría de los lugares de Freud queda reforzado cuando, además de las separaciones entre instancias psíquicas, se sitúan censuras (fronteras o barreras, como también son llamadas) que vienen a marcar distinciones entre Consciente, Preconsciente e Inconsciente. Estas censuras, advierten Laplanche et al. (2004, p. 432), inhiben y controlan el paso de contenidos y representaciones entre una instancia y otra. Cada instancia psíquica posee su función, procesos y energía específica que diferencia una de otra. Estos lugares, aunque diferenciados, se mantienen ordenados y permiten el paso de energía entre ellos.

Se trata del *Esquema del peine*, el cual será desarrollado con mayor rigurosidad en próximos apartados. Sin embargo, es posible adelantar que, al hablar de aparato psíquico, en la teoría freudiana, se habla de instancias. El esquema expuesto presenta un recorrido estímulo-percepción-respuesta (motriz). A partir de percepciones externas, se forjan registros mnémicos que quedan conservados, aunque no se tenga acceso a ellos. Todo proceso psíquico tiene un origen inconsciente y, a su vez, aquello del inconsciente es rastreable según las huellas mnémicas que se originan en procesos perceptivos. Aquello registrado ocupa un lugar y un espacio.

¿Cómo se articulan las teorías lacanianas de una topología de esquemas y la teoría de los lugares de Freud? A partir de las nociones de continuidad y vecindad, es posible pensar los esquemas freudianos desde una topología (Darmon, 2019), sin que eso im-

plique la afirmación de un Freud topólogo. Estos esfuerzos serán desplegados a continuación al utilizar principios topológicos, como el plegamiento, bajo la premisa de que el espacio es un objeto en sí. De esta manera se podrá identificar, tal como lo propuso Lacan, representaciones espaciales que permitan las funciones y relaciones de los elementos que conforman el esquema.

## Esquema de la *Carta 52*

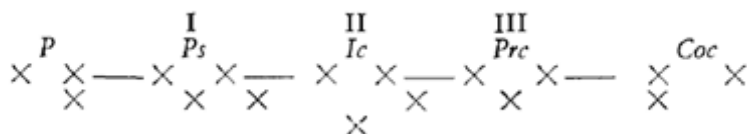
Dentro de la llamada primera tópica freudiana, se encuentran una serie de textos y escritos en los cuales se habla del problema del contenido del aparato psíquico y su respectiva traducción, transcripción y ordenamiento. En la *Carta 52* dirigida a Fliess, “Freud traza un *schema* que corresponde a su hipótesis de que el aparato psíquico se constituye mediante traducciones sucesivas. Los segmentos corresponden a conmociones producidas por traducción” (Vappereau, 1997, p. IV). En este esquema, se puede apreciar un esfuerzo por representar las instancias psíquicas y sus funciones desde un polo perceptivo hasta la consciencia.

Asimismo, en el esquema de la *Carta 52* ya es posible hablar de un primer intento de Freud por ilustrar la escisión de instancias Inconsciente, Preconsciente y Consciente en el aparato psíquico. Esta referencia ya sugiere un esquema en el cual se vislumbra una teoría de lugares. Freud inicia esta carta indicando los avances en su trabajo respecto a la memoria. Todavía enmarcado en un momento anátomo-fisiológico, las referencias de Freud respecto a sus hallazgos hablan de un “material preexistente de huellas mnémicas [que] experimenta un *reordenamiento* según nuevos nexos, una *retranscripción*” (1992, p. 274).

Lo fundamental de esta teoría freudiana es la preexistencia de signos con una capacidad móvil. Estas huellas mnémicas mencionadas por Freud tendrán al menos tres transcripciones, las cuales serán ubicadas claramente en sus aportes. Freud habla explícitamente de un esquema al señalar: “He ilustrado todo esto con el esquema siguiente, en el que se supone que las diversas transcripciones están separadas también según sus portadores neuronales”

(1992, p. 274). De esta manera, se atribuye un lugar específico a cada función del aparato propuesto por Freud, en el cual se observa un pasaje, un recorrido y un reordenamiento del material mnémico.

**Figura 1.** Esquema Carta 52



El esquema se presenta con una disposición lineal, aunque movедiza, en la que se observa un conjunto de X organizadas indistintamente. Este aspecto representa la reescritura y la retranscripción de los estímulos percibidos, posteriormente huellas mnémicas, en cada uno de los estratos o lugares del aparato psíquico. Estos trazos, o signos, indican el paso de las huellas mnémicas de un lugar a otro. De esta manera, según la instancia psíquica donde se encuentren, habrá un tipo de asociación que se ordena y organiza de diferente manera. Se trata, como lo indica Freud (1992), de un *Umschrift*, una reescritura, retranscripción o sobre escritura.

Freud (1992, p. 275) señala que “P son neuronas donde se generan las *percepciones* a que se anuda la conciencia, pero que en sí no conservan huella alguna de lo acontecido”. Es posible pensar en un soporte material —las neuronas— donde se generan o producen las percepciones, posteriormente anudadas a la conciencia. Se trata de percepciones tanto internas como externas. En este punto nos vemos abocados a relaciones de vecindad y continuidad, aspectos necesarios para pensar en una transformación de un esquema lineal, tal como lo ilustra Freud, en uno organizado a manera de un polígono.

Posteriormente aparecen los *Ps*, *signos de percepción* en los cuales se ubica la primera transcripción de las percepciones, todavía desprovistas de conciencia y asociadas por simultaneidad. Al seguir con los hallazgos de Freud en su texto *Estudios sobre la histeria* (18893-1895), es posible entender que el material psíquico, tal como alcanzaba a leerlo en ese momento, “se figura como un

producto multidimensional de por lo menos *triple estratificación*” (Freud, 1992, p. 293). Inicialmente, y como un núcleo, aparecen los recuerdos traumáticos que dan lugar a la(s) idea(s) patógena(s). En este núcleo se encuentra una vasta cantidad de material mnémico.

La segunda transcripción es la *Ic*, *inconsciente*, donde aparecen huellas correspondientes a recuerdos de conceptos; es decir, ideas, pensamientos, unidades cognitivas provistas de un significado. Estas huellas permiten comprender las experiencias que se ordenan con otros nexos de manera causal. “He designado como formación de un *tema* ese agrupamiento de recuerdos de la misma variedad en una multiplicidad estratificada en sentido lineal, al modo de un fajo de actas” (Freud, 1992, p. 294). Se habla de que en el inconsciente hay una organización diferente a la que se produce en la primera transcripción. El material mnémico se agrupa.

Mientras más profundo se encuentra el registro mnémico, más difícil es que este aflore en la consciencia. Por eso hay una instancia intermedia donde también se produce una reescritura. La tercera retranscripción es *Prc*, la preconsciencia, “ligada a las representaciones-palabra, correspondiente a nuestro yo oficial” (Freud, 1992, p. 275). Es también referido como un tercer tipo de ordenamiento según el contenido del pensamiento. Mientras las dos retranscripciones anteriores pueden pensarse en un esquema espacial mediante líneas uniformes en una disposición lineal, la tercera podría pensarse como una línea en zigzag (Freud, 1992, p. 295).

El esquema de la *Carta 52* brinda una representación tópica (aunque no exclusivamente) de la escisión que existe en el aparato psíquico y los diferentes lugares presentes en él. Cada lugar procura una disposición y organización diferente a los demás. El último elemento del esquema es la *Coc*, la *consciencia*, que para Freud sería “un *producto* estructurado de percepciones internas, recuerdos y percepciones externas. El acceso a la consciencia y no inmediato desde la percepción” (Bauzá, 1997, p. 3). El acceso a la consciencia implica un pasaje complicado ya que, como señala Freud (1992, p. 276), cada reescritura posterior inhibe parcialmente a la anterior.

## Una tópica en *Die Traumdeutung*

Si se entiende el esquema de la *Carta 52* como un antecedente, este sería para el llamado *Esquema del Peine*, presentado en *La interpretación de los sueños* (1900). A partir de la psicología de los sueños, Freud (1992) propone una explicación para entender cómo se construyen las imágenes oníricas tomando como referencia un recorrido de la percepción a la consciencia. Al pensar el sueño como una modalidad alucinatoria, Freud propone una inversión: cuando se sueña, la actividad cerebral fluye en sentido contrario a la vigilia. Es decir, las imágenes oníricas se construyen de atrás hacia adelante, del inconsciente al polo perceptivo.

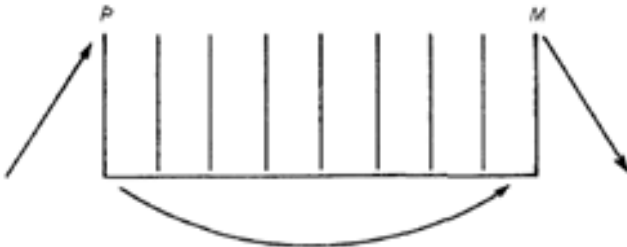
En este texto, Freud emplea el término tópica en un sentido metafórico para indicar que no se puede entender el aparato que él venía proponiendo sin un modelo espacial capaz de representar sistemas con modos de funcionamiento particulares y relaciones mutuas. Este período de la obra de Freud es conocido como la primera tópica, en la cual los sistemas implicados son: inconsciente, preconscious y consciente. Esta primera tópica es de suma utilidad para que Freud desarrolle su teoría de los sueños, cuya premisa es que el sueño es la realización de un deseo sexual infantil reprimido y alucinatorio.

Freud explicita una teoría de lugares: “La idea que así se pone a disposición es la de una *localidad psíquica*” (1992, p. 529). Se trata de una tópica, en la cual, continúa Freud, “queremos dejar por completo de lado que el aparato anímico que aquí se trata nos es conocido también como preparado anatómico, [...] pondremos el mayor cuidado en no caer en la tentación de determinar esa localización psíquica como si fuera anatómica” (1992, p. 529). De esta manera, Freud bautiza a los elementos del aparato psíquico como instancias, las cuales tienen una orientación espacial y temporal, la misma que es anticipada ya en el esquema de la *Carta 52*.

Esta serie ordenada es llamada “sistemas  $\psi$ ” (Freud, 1992, p. 530) y supone que toda actividad anímica parte de estímulos internos y externos. Estos estímulos terminan su recorrido en inervaciones que darán lugar a manifestaciones motrices a manera de una descarga de energía. El contenido del aparato psíquico co-

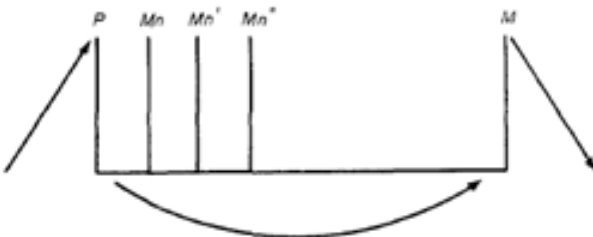
mienza por percepciones que se organizan en el sistema P. Estas percepciones devienen en huellas mnémicas (Mn) cuya función será la memoria. La memoria se organiza con huellas permanentes (Mn, Mn', Mn'') y las percepciones se enlazan a la memoria por asociación. Una primera representación del aparato psíquico es la siguiente:

**Figura 2.** Representación del aparato freudiano



Como se puede observar, se cuenta con un polo perceptivo y un polo motriz. El polo perceptivo (P) es sensorial y funciona como un receptor de estímulos, mientras que el polo motor (M) es el encargado de abrir paso a la motilidad de acuerdo al estímulo recibido. Este esquema se presenta de manera general y solo muestra que el aparato psíquico está construido como un aparato de reflejos. Las líneas verticales que se pueden observar indican la presencia de las huellas mnémicas. Esto permite entender que el aparato psíquico ya no funciona solamente como un arco reflejo de estímulo-respuesta, sino que conserva todas las alteraciones provenientes del medio.

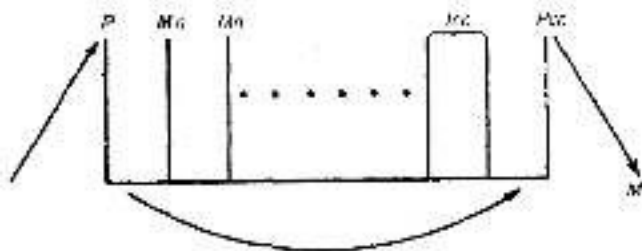
**Figura 3.** 2da Representación del aparato freudiano



En este segundo esquema se observa un sistema que percibe y uno que guarda como huella mnémica lo que es percibido. Las huellas mnémicas adquieren el carácter de duraderas y permanentes (Freud, 1992). Cuando un estímulo ingresa por el polo perceptivo, no es descargado directamente por el polo motriz, sino que se inscribe en una huella mnémica, mientras continúa su progresión al tiempo que deja marcas o inscripciones en la psique. Lo que se percibe se transcribe, se inscribe en la memoria y puede ser asociado, recordado y evocado. Para esto es necesario que las resistencias sean reducidas, ya que no todo puede ser recordado con facilidad.

El sistema P, tal como lo señala Freud, no posee memoria alguna, por lo tanto, tampoco tiene la capacidad de conservar alteraciones, “brinda a nuestra conciencia toda la diversidad de cualidades sensoriales” (1992, p. 533). En oposición, los recuerdos son inconscientes, y a pesar de la posibilidad de hacerlos conscientes, al mantenerse inconscientes “despliegan todos sus efectos” (1992, p. 533). Una última instancia antes de la manifestación motriz es el preconsciente (Pcc), capaz de brindar el paso a la conciencia de lo que se mantenía inconsciente siempre que queden satisfechas ciertas condiciones, como la intensidad del contenido psíquico. “Lo que está en el inconsciente se halla separado de la conciencia, pero puede llegar a ella por el estadio previo del preconsciente” (Lacan, 2008, p. 213).

**Figura 4.** Esquema del peine



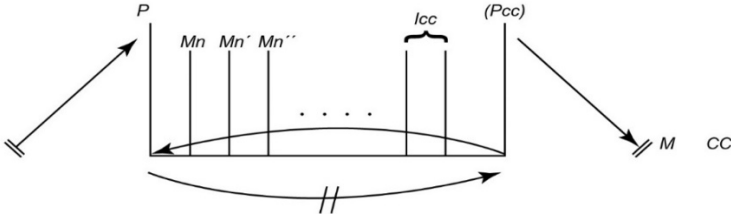
En el esquema completo se puede observar un recorrido. Los estímulos ingresan al polo perceptivo y continúan su dirección a la descarga, pero se encuentran con el sistema preconsciente. Este

sistema actuará a modo de filtro, dejando pasar solamente al polo motriz las huellas mnémicas que no generen displacer. Algunas inscripciones de las huellas mnémicas van a estar en otras instancias que no son la consciencia, algunas quedan contenidas en el inconsciente o en el preconscious. Todo esto sucede así durante la vigilia. Pero ¿qué pasa al dormir?

Freud propone que lo que ocurre en el sueño se describe de la siguiente manera: “La excitación toma un camino *de reflujo* [...]. En lugar de propagarse hacia el extremo motor del aparato, lo hace hacia el extremo sensorial, y por último alcanza el sistema de percepciones” (1992, p. 536). Cuando el sujeto duerme, el polo motor se encuentra cerrado, y la barrera preconscious que actúa a manera de censura disminuye. La energía atraviesa esa censura sin problemas hasta llegar al polo motriz que se encuentra inhibido. Ante esta imposibilidad de descargarse, la energía toma un camino regresivo; es decir, va de atrás hacia adelante, generando así la vuelta al polo perceptivo, lo sobrecarga de energía y produce la alucinación del sueño.

Este proceso es conocido como regresión (*Regression*) y es “con seguridad, una de las peculiaridades psicológicas del proceso onírico” (Freud, 1992, p. 536). La regresión implica una vuelta al polo perceptivo, el cual supone un paso de la energía por las huellas mnémicas más recónditas, aquellas relacionadas a lo infantil. En estos esquemas tempranos, dice Lacan (2008, p. 208), “Freud nos muestra que, cuando se estudian la estructura y determinación de las asociaciones, lo que en el sueño aparece más cargado en cantidad es aquello hacia lo cual convergen más cosas por significar”. Justamente la regresión da cuenta de esta carga.

**Figura 5.** Esquema de la regresión



Este esquema propuesto permite representar el vector regresivo que viene a dar un carácter paradójico al esquema de Freud. La flecha inferior que se mueve de derecha a izquierda “recibe el nombre de *regrediente* por oposición al sentido progresivo del funcionamiento normal, despierto, del aparato psíquico” (Lacan, 2008, p. 216). Se trata de una regresión tópica, tal como lo señala Lacan, en la cual la idea de una linealidad queda suspendida al moldear un espacio determinado; en este caso, el espacio del aparato psíquico. Cabe recalcar que no solo el espacio es de/formado, también lo es su funcionalidad, produciendo lo que Freud llama alucinación.

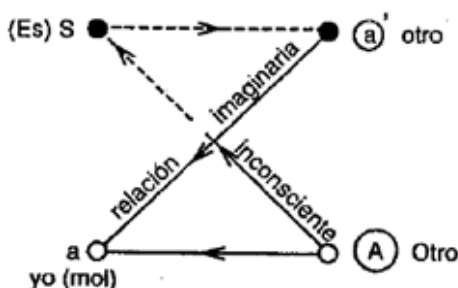
En este esquema aparece una primera referencia a una lectura topológica en Freud. Al recordar las características de la topología, tenemos la transformación del espacio, sin que esto implique el apareamiento de nuevos puntos en el esquema o una deformación del cuerpo (Macho Stadler, 2002). Se mantiene, como cuerpo conceptual, un esquema del aparato psíquico que, pese a su retrogresión, no queda alterado en cuanto a sus líneas, vértices o puntos. Está presente todo un movimiento adelante-atrás y atrás-adelante. Se trata de un espacio topológico en tanto es un espacio abstracto compuesto por “fenómenos, estados, funciones, figuras, valores de variables, entre los cuales existen relaciones similares a las relaciones espaciales usuales” (Eidelsztein, 1992, p. 22).

## **El esquema L**

Uno de los primeros esquemas presentados por Lacan fue el llamado *esquema L*, el 25 de mayo de 1955 y lo introduce con estas palabras: “Hoy quisiera proponerles un pequeño esquema que ilustrará los problemas suscitados por el yo y el otro, el lenguaje y la palabra” (Lacan, 2008, p. 364). Se trata de un esquema, una manera de fijar las ideas del discurso. Como lo señala Eidelsztein (1992, p. 53), los esquemas “son sustitutos de discurso, se caracterizan por tener varias lecturas, que no reposan ni en la forma ni en la posición, salvo que los tomemos como elementos simbólicos” que deben ser leídos.

El *esquema L* es una producción que Lacan irá elaborando durante varios años de su enseñanza. En un momento, lo retoma para indicar su estructura en tanto esquema: “aquí estamos, armados [...] de cierto número de términos y de esquemas. La espacialidad de estos últimos no debe tomarse en el sentido intuitivo del término de esquema, sino en otro sentido, perfectamente legítimo, que es el topológico” (Lacan, 2008, pp. 11- 12). Este espacio mencionado, al igual que en los esquemas freudianos, no implica medición alguna; toma en cuenta las relaciones de proximidad y continuidad, características propias del espacio topológico.

**Figura 6.** Esquema L



El *esquema L*, o Lambda, se trata de un esquema en el que, al igual que en el álgebra, hay expresiones a ser descifradas mediante signos generales que permiten operar las incógnitas (Eidelsztein, 1992). En un primer momento se pueden apreciar cuatro lugares que se conectan por dos ejes entrecruzados que son el imaginario (vector  $a-a'$ ) y el inconsciente o simbólico (vector  $S-A$ ). La finalidad de este esquema es mostrar que el eje simbólico, o relación simbólica, se halla siempre bloqueado por el eje imaginario (García et al, 2011). No obstante, este aspecto será abordado más adelante.

¿Qué significan los lugares propuestos en el esquema? En esta elaboración lacaniana, enfocada en esclarecer la posición del Yo en la obra de Freud, se toman en cuenta cuatro lugares necesarios para soportar la palabra, y son: Sujeto ( $S$ ), yo/*moi* ( $a$ ), el otro semejante en posición de objeto ( $a'$ ), y el gran Otro, tesoro de los significantes ( $A$ ). El *esquema L*, como lo señala Darmon (2008), presenta una gran riqueza clínica en tanto hace una referencia cla-

ra al recorrido de la palabra, la cual toma como punto de partida el gran Otro, palabra fundadora, para llegar al sujeto de forma invertida, definido como *discurso del Otro*.

Con respecto a su estructura, además de los cuatro lugares, aparece los ejes: simbólico (A-S), imaginario ( $a-a'$ ), interrelación de lo simbólico con lo imaginario (S- $a'$ ) y una interrelación otra (A- $a$ ) (Eidelsztein, 1992). Este esquema posee una estructura cuatripartita, tetraédrica, característica de otras formalizaciones lacanianas como son el *esquema R*, *esquema Z*, e incluso el *grafo del deseo*. En estos esquemas se observan cuatro elementos, cuatro vértices y cuatro lugares. Esto se lo toma en cuenta para conceptualizar al sujeto de la experiencia analítica. Darmon (2008) anticipa que estos lugares son: madre imaginaria, niño real, pene imaginario y padre simbólico.

A propósito de estos lugares, es pertinente indicar que dan cuenta de los registros propuestos por Lacan, los agentes de la falta, su operación y su objeto. Se puede observar un movimiento entre registro que habla de una consistencia entre ellos. “El agente, su acción y el objeto no se encuentran jamás en el mismo registro” (Darmon, 2008, p. 68). Es decir, el agente Padre real permitirá la operación de la castración (deuda) simbólica mediante el falo imaginario; la madre y padre simbólicos tendrá como operación la frustración (daño) imaginario y el objeto será el seno o el pene real. El padre imaginario, por su lado, producirá una privación real al niño simbólico como objeto.

¿Qué podemos entender de este movimiento? Podemos leer algo de la estructura del sujeto, causada por la inscripción en el lenguaje y en la falta según la operación producida por el agente y sobre el objeto. Los lugares mencionados se organizan en 4 puntos, tal como encontramos 4 vértices en el *esquema L*, que dan cuenta de un movimiento de la palabra y de un recorrido que da cuenta de una estructura. Los vértices homologables, tal como lo propone Darmon (2008) son los siguientes: madre imaginaria en el lugar de S, niño real en el lugar de  $a'$ , pene imaginario en el lugar de  $a$ , y Padre simbólico en el lugar de A.

La estructura del esquema nos remite a un aspecto importante a ser abordado que es, justamente, el de la estructura topológica.

La importancia del número 4 responde al trabajo de Lacan sobre el grupo de Klein, en el cual una estructura es definida como “un conjunto de elementos elegidos caprichosamente, pero entre los cuales se definen una o varias [...] operaciones” (Barbut, citado en Eidelsztein, 1992, pp. 58-59). A diferencia de la estructura de grupo, donde existen relaciones de asociación, un elemento neutro y un elemento inverso a todo elemento presente, la estructura topológica implica proximidad entre sus elementos.

La proximidad entre los elementos del *esquema L* no está dotada por una distancia cuantitativa, se trata de una distancia otra, topológica, donde poco importa si los elementos están sumamente cercanos o absolutamente lejos. Se trata de relaciones de parentesco (Eidelsztein, 1992) que no solo indican las relaciones entre los elementos del esquema, sino que dan cuenta de su estructura. La continuidad, no obstante, aparece y desaparece en el *esquema L*, ya que los entrecruzamientos de los vectores y los ejes implica relaciones de interrupción y discontinuidad en algunos puntos. Este aspecto muestra una topología temprana en Lacan.

Aunque el *esquema L* indica “el circuito de la palabra cuando un sujeto se dirige al Otro como absoluto” (Darmon, 2008, p. 63), es importante revisar los componentes o elementos que están presentes. El *yo/moi* es representado con la letra *a* por su traducción del francés, *autre*, y supone el lugar en el cual se intenta producir una representación propia unificada; es el lugar del espejismo y de las identificaciones especulares (García et al, 2011). El otro con minúscula, *a'*, vendría suponer el lugar de las proyecciones en el semejante, a manera de espejo, donde el yo se muestra como la persona en la vida cotidiana, procurando un eje imaginario. Se trata de un *me presento ante ti*, lugar del yo.

En el vértice superior izquierdo aparece el sujeto, *S*, diferente del yo, aunque gramaticalmente similares. “El inconsciente es el sujeto ignorado por el yo” (García et al, 2011, p. 36), lugar de disimetría absoluta y producto de una operación de alienación (Lacan, 1997). Se trata del lugar de quien enuncia más allá del enunciado y que da cuenta de una fractura irreparable causada por el lenguaje. Por último, el Otro (*A*) que constituye una alteridad fundamental que trasciende lo ilusorio y lo imaginario. Es

desconocido para el Yo, ya que es el lenguaje que precede el nacimiento, y organiza estructuras que serán determinantes para el sujeto (García et al, 2011).

El eje que conecta al S con el A es el eje simbólico, ya que supone la realización simbólica del sujeto: “En la verdadera palabra, el Otro es aquello ante lo cual se hacen reconocer. Pero solo pueden hacerse reconocer por él porque él está de antemano reconocido” (Lacan, 2009, p. 78). Se trata del eje del *tú eres*, vectorizado del A al S, el “poder discrecional que detenta el Otro a nivel simbólico, el poder de asignar o no un lugar al sujeto” (Eidelsztein, 1992, p. 70). Se puede observar que Lacan utiliza el *esquema L* para evidenciar la dimensión intersubjetiva de la palabra, haciendo una distinción entre palabra y lenguaje.

Con respecto a los vértices, se observa que algunos aparecen coloreados con negro y otros blancos. Darmon (2019) indica que se trata de la presencia de elementos conscientes, círculos llenos, y de otros inconscientes, círculos vacíos, aspecto que permite una representación “que va a estar a la vez en lo inconsciente y va a tener un efecto en el significante consciente”. De esta manera, se obtiene un esquema de cuatro puntos que permite identificar su estructura. Para ceñir esta definición/concepto al campo de la topología, se puede entender que se trata de un “conjunto co-variante de elementos significantes” (Eidelsztein, 2008, p. 49).

La estructura de este esquema está brindada por el grupo de Klein, que permite la construcción de un tetraedro. Esto indica una relación irreductible de cuatro términos, a diferencia de relaciones duales, ya que:

tanto el lado del sujeto como el lado del otro son dobles. Del lado del sujeto se deben diferenciar el sujeto del inconsciente (S) y el otro (*a*); del lado del otro, se obtendrá al otro como semejante (*a'*) y al Otro (A) como alteridad radical. (Eidelsztein, 1992, p. 67)

La estructura de grupo no toma en cuenta los elementos del conjunto, estos pueden ser números, letras o funciones, puesto que lo importante es la interacción entre sus elementos.

Al hablar de estructura, se puede entrar en un campo complejo que demandaría una revisión exhaustiva para entender cómo esta noción-concepto se transforma en la obra de Lacan y en otros campos, como las matemáticas. El presente trabajo sugiere la estructura como aquello irreductible que soporta una organización significativa o una posición frente a la palabra. Para la topología, la estructura es aquello que respalda una organización espacial, como el caso del grupo de Klein, cuyas propiedades indican una composición de 4 vértices, algo que ya se puede observar en el *esquema L*, tal como se lo presentó.

Un desarrollo minucioso del grupo de Klein o de la estructura en psicoanálisis o matemáticas, es un trabajo importante a realizar. No obstante, se trata de temas que demandarían un seguimiento que escapa al alcance de los objetivos planteados en el presente texto. Se puede resaltar que en la topología existen ciertas características *estructurales* que son las ya mencionadas: contigüidad y continuidad en un espacio determinado (Prieto de Castro, 2013). Esta puntualización nos permite avanzar a la torcedura o plegamiento que se ha propuesto desde un inicio, y es el que se propone de los aportes de Freud a los de Lacan.

### **Una plegadura: de la Carta 52 al esquema L**

Se puede observar que las elaboraciones realizadas hasta el momento se enfocan en el problema de la representación. Freud presenta diversos esquemas en los cuales la linealidad es cuestionada al hablar de la regresión en el sueño. Su tópica es susceptible de ser leída en direcciones que no sean de izquierda a derecha. Por su parte, Lacan presenta un espacio explícitamente topológico para representar el recorrido de la palabra y del lenguaje, tomando cuatro lugares necesarios para este ejercicio y apoyándose directamente en la topología para este fin. Ahora se propondrá un pasaje entre ambas concepciones.

El 6 de diciembre de 1896, fecha en la cual es registrada la *Carta 52*, es posible encontrar a un Freud todavía neurólogo, con lo cual hay una cierta búsqueda de formalizar un aparato psíquico

desde su comprensión de la mente hasta entonces. Lacan, para no extraviarse en la cuestión neuronal y en los signos, lee en la *Carta 52* una “verdadera topología de significantes, de la que no se nos escapa que, si uno sigue la articulación de Freud, es de lo que se trata la *Carta 52* a Fliess” (1958, p. 24). Al continuar con esta línea, se encuentra un espacio para juntar a Freud y Lacan en el terreno de la topología y, con precisión, la topología de esquemas.

Si se toma en cuenta el esquema de la *Carta 52*, llamado por Vappereau *grafo de las líneas* (1993), encontramos seis términos que Freud hipotetiza para indicar cómo el aparato psíquico se constituye por una serie de traducciones sucesivas que poseen cierta historicidad. Es decir, para Freud hay un desarrollo temporal de los fenómenos en la construcción de un aparato psíquico: inicia con el sistema perceptivo y tiene su fin en la consciencia. En Lacan se trata de estructura, aquellos “rasgos o invariantes, de acuerdo con algunos principios que regulan los actos a efectuar” (Vappereau, 1997, p. VII). Se trata de un pasaje que permite un plegamiento.

El contexto en el cual se produce esta propuesta de plegar la enseñanza de Freud es importante a destacar. Lacan consideraba que la obra freudiana se había estancado en un predominio imaginario, donde el problema de las identificaciones suponía todo su edificio teórico y clínico (Vappereau, 1993). Lacan consagró la primera época de su enseñanza a una simbolización de lo imaginario “mediante una alternancia de lo semejante y lo desemejante, para sacar a lo simbólico de un enlameamiento imaginario en que había caído el psicoanálisis después de Freud” (Vappereau, 1997, p. VII). Este plegamiento responde a la estructura del lenguaje.

Si se somete al esquema de la *Carta 52* a un espacio topológico, este puede encontrar vértices entre sus segmentos, ejercicio que permitirá proponer un acercamiento a una mostración topológica. Ya no se trataría de una línea recta, sino de una figura en la cual se destacan las relaciones de continuidad. Esto se realiza para trasladar el imaginario a la instancia de lo simbólico: pasar de la representación algebraica (tal como se lo plantea en el esquema de la *Carta 52*) al terreno de la palabra y del lenguaje (como se destaca en el *esquema L*). En un primer momento, se puede pre-

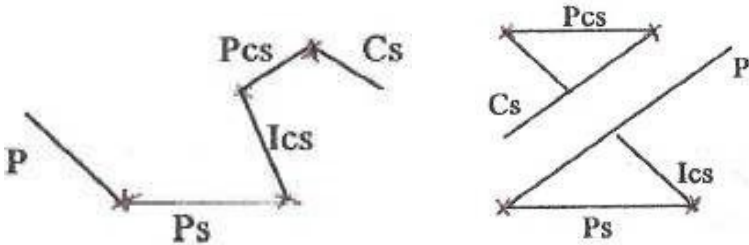
sentar otra escritura para el esquema freudiano mencionado, tal como lo hace Vappereau (1997, p. VII):

**Figura 7.** Esquema de la Carta 52



De este esquema lineal, donde los procesos están organizados y son distinguibles, Vappereau (1993) hace un paso a un plegamiento que reemplaza los segmentos por puntos y los puntos por segmentos. Se encuentran los mismos términos, pero con un doblez que apertura una lectura topológica del esquema freudiano de la *Carta 52* y su posterior presentación como esquema:

**Figura 8.** Esquema F

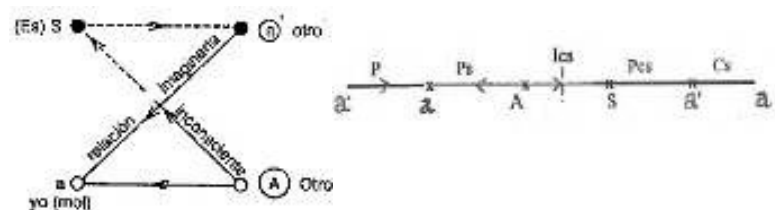


El esquema resultante es bautizado por Vappereau como *esquema F* (1997, p. VIII) y no solamente da cuenta del ejercicio de someter un esquema lineal a un espacio topológico, sino que permite orientarse en los esquemas de Lacan contemporáneos de la primera época de su enseñanza, entre ellos, el ya descrito *esquema L*. Es importante señalar que los segmentos del *esquema F* pueden aparecer deformados o alargados, aspecto irrelevante si se toma en cuenta que el espacio topológico no es medible. De igual manera, se observa un segmento inconexo entre el vértice Ics y el vértice que inaugura el segmento de Pcs. Esto responde netamente a una representación del esquema para diferenciar su recorrido.

En el esquema presentado, también se logra observar una estructura de tetraedro, tal como se mencionó anteriormente, y se puede asociar con facilidad la semejanza de la invención de Vappereau con el *esquema L*. En ambos casos se trata de una estructura cuatripartita. Los seis segmentos que Freud propone en su esquema dan lugar a cuatro vértices y dos ejes en el esquema de Vappereau, características compartidas por el *esquema L* de Lacan. Como lo señala Vappereau (1993), se observa una cuestión de conjunción, que atraviesa los extremos del aparato psíquico, percepción y consciencia, y se apoya en el inconsciente.

Con respecto a los vectores, se puede retomar el *esquema L*, en el que se presenta claramente la circulación que se hace entre sus cuatro lugares:

**Figura 9.** Vectores del Esquema L



En el segundo gráfico se puede observar la vectorización de los segmentos del esquema de la *Carta 52* a los vértices y lugares del *esquema L*. Gracias al *esquema F*, se pueden trasladar al esquema de Freud las letras y las orientaciones de las aristas del esquema lacaniano. En ambos esquemas, tanto en el de Freud como en el de Lacan, se observa conjuntos particulares cuyos elementos están en condición de vecindad. El interés se centra en la disposición de los puntos, “de puntos unos con otros, sin tener en cuenta obligatoriamente la distancia o la medida” (Darmon, 2019, p. 25). Ambos autores proponen una lectura de un pasaje, de un trayecto por esos puntos.

Todo un campo de estudio y un recurso para la transmisión del psicoanálisis surge de un problema y un interés tan cotidiano como fue la pregunta sobre cómo atravesar cada puente sin pasar por él dos veces, planteamiento que ocupó a Euler y dio bases a una

rama de las matemáticas que permite ir a lugares que solo parecen posibles en sueños. El debate respecto a una topología freudiana, en pleno sentido, queda abierto a las diversas lecturas. Lo que queda claro, es que el trabajo de Freud puede ser tomado y revisado desde la topología, y esto al acercarlo (en relación de vecindad) a la tónica que él presentó. Como se mencionó, se trata de un problema de lugares no anatómicos.

### **A manera de adenda, ¿para qué la topología?**

Un paciente acude a consulta tras una mudanza. Su madre, con quien mantiene un vínculo muy fuerte, vive en un pueblo remoto en la Sierra central del país. Debido a las exigencias laborales, este paciente no puede ir de visita a su pueblo natal con la frecuencia que él quisiera. A pesar de eso, el potente vínculo con su madre se mantiene, tal como si ella estuviera a su lado. La distancia geográfica resulta irrelevante para él respecto a su investidura ¿Se trata de una distancia topológica? El espacio topológico no implica una medición numérica ni cuantitativa, aspecto que hace que ella sea apta para pensar en la vida mental dentro de sus dominios.

La pregunta respecto al lugar de la topología en la clínica psicoanalítica por momentos parecería distanciarse de la exigencia de su estudio. Sin embargo, es una pregunta que puede ser respondida desde diversos puntos. Uno de ellos puede ser tomado desde el estudio del *esquema L*. En este esquema se marcan nociones como el gran Otro que envía hacia el sujeto su propio mensaje de forma invertida al ir más allá de la relación de espejo y la rejilla imaginaria. Pasa por el discurso inconsciente hasta llegar al sujeto, quien va a dirigirse al otro semejante, que a su vez va a determinar el lugar del yo (Darmon, 2019). Desde el lugar del Otro se puede saltar el muro del lenguaje.

Como se puede observar, en un esquema se despliega una teoría extensa que da cuenta de todo un recorrido del sujeto. La topología puede tener la función del matema en tanto aquello que es capaz de transmitirse y lo único que puede enseñarse. La enseñanza de la topología permite leer al sujeto en sus manifesta-

ciones como un *más allá*. El uso que Lacan hace de la topología es pertinente en tanto ella es “la estofa misma en la que él talla” (Albornoz, 2013, p. 33). La teoría del significante, pensada como una cadena, es más bien un tejido de palabra capaz de sostener posturas y posiciones subjetivas.

El *esquema L*, tal como se lo menciona, indica un recorrido. El esquema de la *Carta 52* nos presenta al inconsciente como un lugar, no anatómico, y una instancia precedida por la percepción y sus signos, y seguida por el preconscious. En el *esquema L* vemos todo un movimiento, donde los vectores rompen el espacio euclidiano y se disparan para formar un tetraedro a manera de un recorrido. Esta es la propuesta del *esquema F* y el pasaje que procura. Se trata de someter un esquema euclidiano a un espacio topológico, un espacio matemático.

¿Por qué introducir matemáticas en el psicoanálisis? El número cobra relevancia para el psicoanálisis ya que se trata de un medio para contar. Es un trazo que soporta una marca del sujeto (Hasenbalg-Corabianu, 2019) y que simboliza la presencia de un real. Las matemáticas permiten pensar el paso del Uno al Otro, sea este un dos, un tercero, o un número consecutivo. Así como las matemáticas pueden llenar libros o pizarras con ecuaciones o *problemas* a ser resueltos, el analista tiene otros libros y pizarras frente a él: el inconsciente como *eso* que llama a descifrar sus manifestaciones. Se podría pensar que la topología permite al analista dar cuenta de los números que cuenta el paciente.

La fórmula de Lacan: «el inconsciente está estructurado como un lenguaje», no solo cuestiona la denominación del psicoanálisis como «psicología de las profundidades», sino también, al mismo tiempo, revela que aquello que está en el lugar de lo inaccesible para el sujeto, su marca, es algo que encontramos en la superficie, puesto que materialmente se localiza en la superficie del decir. (Albornoz, 2013, p. 31)

La topología permite trabajar con aquello irreductible de la estructura, demostrada en representaciones como los esquemas, grafos, superficies o nudos y cadenas. Se trata de un esfuerzo por

materializar el discurso, consiste en trabajar explícitamente con el significante y su capacidad para moverse, re/torcerse, juntarse a otros, o funcionar como su continuación. “La topología nos deja la libertad de descifrar un orden ligado a una geometría y ya no al sentido o a la significación” (Darmon, 2008, p. 21). De esta manera, se puede pensar a la topología como un recurso más, no el único ni el mejor, para el oficio del psicoanalista en su relación con un sujeto del inconsciente.

## Referencias

- Abbott, E. (2008). *Planilandia*. Laertes.
- Albornoz, E. (2013). *Pensar con los pies. El psicoanálisis como crítica de la razón kantiana*. Letra Viva.
- Amster, P. (2010). *Apuntes matemáticos para leer a Lacan: 1. Topología*. Letra Viva.
- Bauzá, J. (1997). *Carta de Freud a Fliess del 6 de diciembre de 1896 (Carta 52)*. <https://1library.co/document/eqol4vjq-carta-freud-fliess-diciembre-carta-traducc ion-notas-bauza.html>
- Brini, J. (2018). Epílogo. En V. Hasenbalg-Corabianu *De Pitágoras a Lacan. Una historia no oficial de las matemáticas para psicoanalistas*. Rayuela editores.
- Cabañas, L. (2015). Dinamismo inconsciente en Leibniz. *Cultura. Revista de História e Teoria das Ideias* (32), 1-8. DOI: 10.4000/cultura/2016
- Chemama, R. (1998). *Diccionario de psicoanálisis. Diccionario actual de los significantes, conceptos y matemas del psicoanálisis*. Amorrortu.

- Darmon, M. (2008). *Ensayos acerca de la topología lacaniana*. Letra Viva.
- Darmon, M. (2019). La topología en la clínica psicoanalítica de Jacques Lacan. Seminario de Marc Darmon. *Abcdiario* (11), 6-88.
- Eidelsztein, A. (1992). *Modelos, esquemas y grafos en la enseñanza de Lacan*. Manantial.
- Eidelsztein, A. (2007). *El grafo del deseo* (2da. Ed.). Letra Viva.
- Eidelsztein, A. (2008). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan. Vol. I*. Letra Viva.
- Freud, S. (1987). *La afasia*. Nueva Visión.
- Freud, S. (1992). Estudios sobre la histeria. *Obras Completas Vol. II* (1-317). Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Proyecto de Psicología. *Obras Completas Vol. I* (323-446). Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 52. *Obras Completas Vol. I* (274-280). Amorrortu.
- Freud, S. (1992). La interpretación de los sueños. *Obras Completas Vol. V* (527- 542). Amorrortu.
- García, J. y Domínguez, M. (2011). Aproximación al “esquema L” de Lacan y sus implicaciones en la clínica (parte II). *Revista de la Asociación española de neuropsiquiatría*, 31(2), 197-211. <https://scielo.isciii.es/pdf/neuropsiq/v31n2/02.pdf>
- Gardner, M. (2007). *Matemáticas para divertirse*. RBA Libros.
- Granon-Lafont, J. (1987). *La topología básica de Jacques Lacan*. Nueva Visión.

- Hasenbalg-Corabianu, V. (2019). *De Pitágoras a Lacan. Una historia no oficial de las matemáticas para psicoanalistas*. Rayuela editores.
- Lacan, J. (2008). *Seminario 2. El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Paidós.
- Lacan, J. (2009). *Seminario 3. Las psicosis*. Paidós.
- Lacan, J. (2008). *Seminario 4. La Relación de Objeto*. Paidós.
- Lacan, J. (1958-1959). *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. <https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/08%20Seminario%206.pdf>
- Lacan, J. (1997). *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.
- Macho Stadler, M. (2002). ¿Qué es la topología? *Sigma. Revista de matemáticas* (20), 63-77. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=803774>
- Molina Ureta, J. (2007). Filosofía del Inconsciente. *Sociedad peruana de filosofía* (13), 57-62. <https://www.redalyc.org/pdf/686/68601307.pdf>
- Prieto de Castro, C. (2013). *Topología básica* (2da ed.). FCE.
- Vappereau, J.-M. (1993). (4=3) *La teoría de la identificación según Freud*. <http://www.alalettra.com/archivos/4=3-web-19-5-18.pdf>
- Vappereau, J.-M. (1997). *Estofa*. Ediciones Kliné.

# EL AMOR EN EL DISCURSO CAPITALISTA. UN EJEMPLO DE CONTRASTE: LA DOCTORA CONSTANCE

JUAN JOSÉ QUESADA REVELO  
MARIE-ASTRID DUPRET

## Introducción

El amor es el tema universal por excelencia y difícilmente habrá un consenso para definirlo. En todo caso, asume un protagonismo notable tanto en la formación del sujeto como en la construcción de la cultura.

En *Introducción del narcisismo* Freud se refiere al amor como una superación de la libido del yo narcisista en favor de la carga de objeto: “un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por la fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar” (1914/1976, p. 82). Sin embargo, pensamos que esta descripción nos remite al sujeto neurótico freudiano que ha perdido protagonismo por injerencia del sujeto del discurso capitalista, del que nos ocupamos hoy, puesto que no parece mostrar interés alguno en el amor, mucho menos en reconocer como causa de su malestar/enfermedad a la imposibilidad de amar.

Todos los padecimientos llenos de ambigüedad, contradicciones y enredos que se escucharon en la clínica freudiana con la bandera del amor están en duda en este “amor sin riesgos” (Badiou y Truong, 2012) del discurso capitalista y de su versión más actual, el neoliberalismo, que ha tomado el lugar del amor clásico para promover una sociedad individualista y de consumo desenfrenado que aleja al sujeto de todo cuestionamiento sobre sí mismo. Como refiere Alemán (2016), “el neoliberalismo se propone fabricar un «hombre nuevo», sin legados simbólicos, sin historias

por descifrar, sin interrogantes por lo singular e incurable que habita en cada uno” (pp. 16-17).

Como una forma de contrastar las descripciones expuestas sobre el discurso capitalista, se expone la película *Spellbound* de Hitchcock (1945), donde la protagonista, la Dra. Constance, se enamora y, producto de aquello, toma la decisión radical de escapar con su amado para comprobar su inocencia, ya que sufre un cuadro de amnesia disociativa que le ha llevado a suplantar la identidad del nuevo director del hospital, quien ha sido asesinado. En este sentido, la Dra. Constance asume muchos riesgos que le pudieron llevar a la ruina e incluso la muerte.

## El amor y el discurso capitalista

En alusión al amor, desde el psicoanálisis, la teoría de la libido se presenta como un buen punto de partida. De esa forma, en los *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud (1978) distingue dos corrientes de la libido: tierna y sensual, que de la pubertad en adelante llegan a ser entendidos como amor de meta inhibida y amor genital (sexual), respectivamente. En efecto, nos emerge la intención de pensar estas dos nociones del amor en el lazo social a través de una comparación entre el sujeto neurótico freudiano de la modernidad y el sujeto posmoderno en el discurso capitalista, ya que, en este último contexto, nos adentramos a Lacan, el 6 de enero de 1972 en el Hospital Sainte-Anne:

Lo que distingue al discurso del capitalismo es la *Verwerfung*, el rechazo hacia afuera de todos los campos de lo simbólico, con las consecuencias que ya dije. ¿El rechazo de qué? De la castración. Todo orden, todo discurso, que se emparente con el capitalismo deja de lado, amigos míos, lo que llamaremos simplemente las cosas del amor (Lacan, 2012, p. 106).

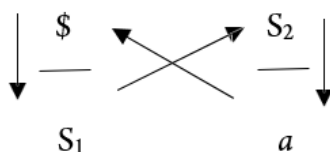
Estaríamos tentados a decir que la castración en los temas del amor implica encontrarse con una “casualidad causal”. El amor es casual por su valor de *acontecimiento*, un hecho sin precedentes,

que irrumpe en la vida del sujeto (Žižek, 2016); y es causal precisamente porque esa casualidad no es más que efecto de la escisión, del inconsciente, del desconocimiento del sujeto de sí mismo y de las formas de relacionarse con los demás. Las descripciones más fieles del sujeto castrado en alusión al amor las encontramos en los *Estudios sobre la histeria*, pues las pacientes que Freud (1893-1992) expuso en sus complejos sintomáticos no hacían más que mostrar el dolor moral que implicaba amar, en el desconocimiento y más que todo, deseo de desconocimiento (olvido) de sus sentimientos amorosos contrariados por las prohibiciones de la realidad y todas las limitaciones que caracterizan al sujeto neurótico que Freud más tarde expuso en *El malestar en la cultura* (1930 [1929]).

En este punto vale preguntarse sobre el dilema del amor en el discurso capitalista. Para ello, es necesario un recorrido teórico de valor incuestionable. De gran apoyo es la distinción de Dufour (2007) entre el sujeto neurótico freudiano de la modernidad y el sujeto posmoderno del discurso capitalista, que representa la transición a una nueva economía psíquica en la que “pasamos de una cultura basada en el rechazo de los deseos, y por lo tanto de la neurosis, a otra que recomienda su libre expresión y promueve la perversión” (Melman, 2005, p. 15).

Tres años después de la formalización de la teoría de los cuatro discursos de Lacan en el *Seminario 17, El reverso del psicoanálisis* (1969), tuvo lugar la Conferencia de Milán el 12 de mayo de 1972, donde Lacan describió el discurso capitalista como una inversión del discurso del amo entre el sujeto (\$) y el significante amo ( $S_1$ ) y con un sentido de los vectores que mantiene una continuidad sin restricciones entre sus elementos.

El lugar de agente le corresponde a \$ y el  $S_1$  se ubica en el lugar de la verdad. El esquema es el siguiente:



Los cuatro discursos como forma de hacer lazo social se instauran a partir de una “imposibilidad”, es decir, de un circuito que queda incompleto porque en todo momento algún elemento queda “afuera”. No es ese el caso del discurso capitalista, en el que el sujeto, en el lugar de agente, comanda la verdad y al parecer tiene una forma de llegar al objeto *a*. Tal omnipotencia no puede tener lugar más que en la supremacía de lo imaginario sobre lo simbólico, de la subjetividad sobre el sujeto y del yo sobre el inconsciente. Como menciona Alemán: “el capitalismo contemporáneo nace tal como lo confirma la cultura norteamericana con la primacía del yo y los distintos relatos de «autorrealización» formulados para sostenerla” (2016, p. 16).

El sujeto del discurso capitalista ya no necesita cuestionarse ni pensar porque está dominado por la certeza y sus deseos se corresponden con la inmediatez. Es curioso que Lacan hable de rechazo (*Verwerfung*), pues sabemos que este mecanismo es constitutivo de la psicosis, pero una vez que se piensa en estas características del sujeto del discurso capitalista evocamos a Freud (1976) en *Introducción del narcisismo*, describiendo las dos características que atribuye a la parafrenia: 1) el delirio de grandeza y 2) la pérdida del interés por el mundo exterior, las personas y las cosas.

Sin que pretendamos ser precisos en nuestras conjeturas, pensamos que el sujeto del discurso capitalista, si bien no desarrollará un delirio de grandeza, actúa como si sus deseos fueran omnipotentes, pues la cultura lejos de ser obstáculo (como antes), ahora se muestra como garante. Por otra parte, el extrañamiento del mundo exterior, las personas y las cosas implica reducir al otro a vehículo de goce de la certeza (imaginaria) que asume al objeto de consumo del Mercado como objeto de deseo. Ampliando esta noción, Melman (2005) refiere que el deseo ya no se justifica en el Otro, ahora “depende sobre todo de la imagen del semejante en tanto que el semejante es poseedor del objeto o de los objetos susceptibles de suscitar envidia” (p. 37). De esta forma, el otro puede servir al goce del sujeto o gozar lo que el sujeto no goza y deviene en envidia.

En todo caso, lo que pone en evidencia al discurso capitalista, es un cambio radical en el sujeto y el lazo social, como refiere Dufour (2007):

Nos encontramos en un espacio que no es ni “autónomo” ni crítico, ni siquiera neurótico, sino un espacio anómico, sin referencia y sin límite donde todo se invierte, vale decir, un espacio en el que no todos los individuos se vuelven necesariamente psicóticos, pero donde abundan las condiciones para que eso suceda (pp. 70-71).

### **Las consecuencias del amor en el discurso capitalista**

A partir de lo expuesto, parece atinado que develemos al amor en su profunda crisis. De tal forma, nos conviene preguntarnos qué pasó con las corrientes tierna y sensual del amor que tanto hemos hablado.

La ternura no es necesaria si hay ropa, viajes, comida, gimnasio, propiedades; sin embargo, también es usada de manera exhibicionista en la medida en que puede proporcionar alguna ganancia social (visualizaciones, reacciones, comentarios en redes sociales). Los objetos ya no representan una prueba de amor del otro, ahora los objetos importan por sí mismos, por su utilidad, por el favor narcisista que recibe el sujeto. De esa forma, si el otro no sirve, entonces es desechado y la sociedad se transforma en una contienda en la que no necesariamente aniquilamos al otro de manera directa, pero si participamos en su aniquilación. Esta lógica sigue la siguiente idea: “no mato al otro, pero es un obstáculo para mí y de su aniquilación depende mi alegría”.

La realidad del amor sensual/genital no es menos triste, ya no conoce los límites de la represión, pues se cree que existe un goce sexual absoluto, completo, sin riesgos y accesible con los dispositivos del Mercado (Badiou y Truong, 2012), en la medida que uno puede encontrar una pareja, parejas, objeto, objetos y las formas de goce que mejor le seduzcan. En este sentido, el sexo es como un objeto de consumo puesto en el Mercado por una estra-

tegia astuta de publicidad, es decir, los sujetos no acuden al sexo por una “necesidad” determinada por ellos mismos, sino que el Mercado crea la necesidad de gozar del sexo de formas variadas e ilimitadas, incluso impone una moral en la que el sujeto puede defender su goce.

En este escenario ¿qué lugar tiene el apuntalamiento? No hay indicios de las huellas psíquicas infantiles ni de la castración porque en esa lógica el sujeto era ajeno a sí mismo, estaba escindido e imposibilitado de disfrutar, mientras que ahora es dueño de la verdad, no tiene que pensar más que en aquello que le ofrece la sociedad para olvidar cualquier tensión. Pensaremos entonces que no hay lugar para el apuntalamiento porque el sujeto, contrario a lo que mencionaba Freud (1986), ya no requiere generar estima psíquica por aquel que le ha provisto la satisfacción sexual, pues parece que el otro ha sido degradado al nivel de los dispositivos tecnológicos, productos y condiciones específicas para este goce sexual, que se reducen a ser un medio para un autoerotismo, pues no suponen ninguna transferencia”. Por lo tanto, si no son reusados, terminan siendo desechados.

Sabemos que el placer sexual es en sí mismo egoísta, pero la militancia para romper las ataduras de su pleno disfrute nos hace pensar más que nunca en “la no existencia de la relación sexual” que refiere Lacan (1992). En efecto, no hay complementariedad en la relación sexual, por más deseo anhelado que sea. Por tal motivo, pensar en un amor que soporte los impases de la relación sexual y devuelva al sujeto el interés por el otro se nos presenta como una causa noble.

### **El caso de la Dra. Costance o sobre lo que no pasa en el discurso capitalista**

La película *Spellbound*, de Alfred Hitchcock (1945) no es de cerca el mejor ejemplo para analizar todo lo que se ha expuesto. Seguramente, se podría sacársele mejor partido en relación con otros temas y también seguramente se pudo disponer de otro material para analizar nuestro tema. En todo caso, la motivación sub-

yacente para referenciar a esta película nace más bien del deseo de describir los obstáculos que el sujeto neurótico experimenta en los temas del amor que, con base en todo lo expuesto, diremos que no sucede en el sujeto posmoderno del discurso capitalista.

La película muestra el dilema en el que se encuentra la doctora Constance Petersen, una psiquiatra y psicoanalista que sigue el rumbo natural de su vida hasta que llega el nuevo director del hospital, el Dr. Edwardes, de quien se enamora inesperadamente. Sin embargo, pronto logra descubrir que este personaje no es el auténtico doctor y, más aún, se sospecha que lo asesinó y se hizo pasar por él. Pero una vez enamorada, la Dra. Constance tiene la firme determinación de llevar hasta las últimas consecuencias su lucha por comprobar la inocencia de su amado, que devino amnésico y olvidó su verdadera identidad. Lo relevante del filme es que la doctora, en un inicio, se muestra muy controlada y distante en los temas del amor, pero una vez conoce al supuesto Dr. Edwardes está dispuesta a arriesgar su trabajo y hasta la vida, en algo que podríamos considerar un dilema ético. De esta forma enunciaremos algunas peculiaridades de la película que consideramos aportan al tema.

De alguna manera, la Dra. Constance se desenvuelve en un entorno médico de hombres, a quienes no les tiene ninguna admiración. Incluso es capaz de rechazar y ridiculizar al doctor que la pretende y no encuentra forma de sorprenderla. Él la besa y llegará a decir: “me parece que le estoy aburriendo”, frente a lo cual la doctora más bien le responde con estima y respeto, ¿no es esa actitud parecida a la del analista ante las ocurrencias del analizante? La película proyecta una comunicación formal entre sus personajes, mostrando cada uno bastante autocontrol en sus palabras, acciones y deseos. Sin embargo, este doctor se presenta como una excepción, delatándose así mismo en su deseo y no siendo correspondido por la doctora que, además, racionaliza todo; y precisamente, esa racionalización da explicaciones frías, con “agudeza clínica”, es lo que le vale la estima de los demás, que son ordinarios e intrascendentes para ella.

Otra realidad se produce con la llegada del presunto Dr. Edwardes, de quien la Dra. Constance ya tiene cierta preconcepción, pues refiere haber leído sus libros, pero no será hasta que lo vea

personalmente en el comedor cuando llegue el profundo flechazo. El formalismo y autocontrol desaparecieron y estuvo dispuesta a mostrarse con sus ocurrencias como nunca antes, pues fue un completo acontecimiento, un hecho sin precedentes.

Lo que sigue es el desconocimiento de sí misma, la irrupción del Dr. Edwardes en su vida, en su rutina, en su trabajo, en sus pensamientos y en su sueño. Como hemos visto en Freud, la transferencia tiene representaciones que son accesibles a la conciencia y otras que no. Entonces, ¿qué tanto de sí misma tiene el Dr. Edwardes? Ella tampoco lo puede explicar y al menos es consciente de aquello cuando bajo el pretexto de buscar un libro de la biblioteca termina en la habitación del doctor con un argumento infantil sobre su proceder. Sin embargo, con todo eso, terminó dispuesta al beso de su amado.

Se puede pensar en cierto recato de la época para la inmediatez del sexo, pero más allá de aquello, se montan escenas que en efecto parecen evitar el encuentro sexual. En todo caso, hasta ese momento, la doctora estaba reconociendo que estaba enamorada, pero no sabía todavía quién era el Dr. Edwardes. Quizás la escena clásica de un nuevo director de hospital era la imagen de un tipo que, aunque conocedor de mucho, se presentaba fastidioso, abusivo e intratable. Mientras que, en este caso, la Dra. Constance se encuentra con un sujeto que, si bien es cierto generó un primer impacto, más adelante es todavía más misterioso. Frente a esos eventos, la curiosidad de la doctora le llevó a descubrir que, en efecto, el sujeto de quien se enamoró no era el verdadero doctor Edwardes.

Con todo esto, hay algo que mantiene en su deseo a la doctora con el riesgo de que, recuperada la identidad de ese hombre, no sea como ella esperaba. Al parecer, una vez enamorada no había vuelta atrás. Se puede poner objeción a su proceder desde el punto de vista ético, claro está. Ella pretende ayudar a Edwardes analizándolo o, por lo menos, haciendo uso de sus conocimientos de psicoanalista. Este hecho es impensable en la realidad del análisis, ya que no puede haber correspondencia afectiva entre analista y analizante; la transferencia como motor de la cura debe surgir con afectos tiernos y no eróticos hacia el analista y, finalmente, la demanda de análisis debe surgir del analizante y no del analista.

Aunque sabemos que lo referido no es una regla general, pues no se puede garantizar el bloqueo de la moción erótica del analizante en el analista. De hecho, quizá sea un paso inevitable para el análisis. Lo que sí es curioso es la insistencia de la Dra. Petersen en curar a Edwardes, tomándolo como prioridad por encima de un posible encuentro sexual. En este sentido, hay cierta tendencia de la doctora en mantenerse en el discurso analítico, induciendo en el otro el deseo de saber lo que atañe a su amnesia.

Por otra parte, se puede pensar que Petersen nunca consideró al sujeto como un paciente, pero si lo trató como tal con la finalidad de curarlo. A la final, era la forma en que podía ayudarlo. Lo interesante es que la película no formaliza su interés en el dilema ético de una psicoanalista enamorándose de su paciente, sino de una mujer ayudando a un supuesto criminal. La respuesta es el amor como capacidad de discernimiento, quizás una apuesta, ya que en otros contextos parecidos pudo equivocarse al defender a la persona equivocada. En esta película, por su parte, con lo riesgoso que significa enamorarse, la doctora pudo hacer uso de su lucidez y temeridad para demostrar la verdad.

Por otra parte, en un análisis más cercano a su condición de mujer, valdría pensar que la doctora se abstiene de tener intimidad no bajo una consideración “ética” en el proceso de curación de Edwardes, sino por su búsqueda de “construir” su objeto amado, su amo, para acceder a él con la ilusión de la plenitud. En otras palabras, como en el caso de la histeria, en su insatisfacción, en la postergación de su goce que aspira un final feliz. En definitiva, motivada mucho por el conocimiento, también muestra su dominio, su habilidad clínica aun en condiciones no óptimas y, en efecto, quizá lo que la Dra. Constance quiere comprobar es que aquel hombre podrá seguirle amando aun después de que sea otra persona, es decir, luego de que recupere sus recuerdos y su identidad. Vale en este punto recurrir a Lacan cuando se refiere al querer de la histérica:

Quiere que el otro sea un amo, que sepa muchas cosas, pero de todas formas que no sepa las suficientes como para no creerse que ella es el premio supremo por todo su saber. Dicho de otra manera, quiere un amo sobre el que pueda reinar. Ella reina y él no gobierna (Lacan, 2008, p. 137).

Por decirlo de una manera cursi, el falso Dr. Edwardes se convirtió en amo de su corazón, pero, una vez expuesto su defecto (falsa identidad-trastorno amnésico), ella tuvo la oportunidad de mostrar que, a más de ser su amo, ella lo gobierna. Esto puede inducirle a un saber, a un deseo de saber, como refiere Lacan, que en la película parece ser el saber de su propio trastorno e historia olvidada, pero en realidad es el saber que quiere la histérica que se sepa: “en qué objeto precioso se convierte ella en este contexto de discurso” (Lacan, 2008, p. 35).

## Discusión

Hay varios puntos críticos que nos hacen pensar en el caso de la Dra. Constance como un contraste con el discurso capitalista. Lo primero que habrá que considerar es que en este discurso toda acción humana tiende a la racionalización, como si resultara lógico todo proceder. De esa forma, los riesgos tomados por la doctora tendrían que ser entendidos en forma de ganancia u oportunidad de complacer un deseo narcisista (aun en la postergación del goce sexual) y no como una apuesta al vacío, a lo desconocido del amor, pues, como refiere Badiou (2012), los dos enemigos del amor son: el “amor sin riesgos” y el goce limitado.

En la misma oposición a la racionalización de la acción humana está lo azaroso del amor que determina su cualidad de acontecimiento, pues no puede verse en la Dra. Constance un enamoramiento producto de una intención perversa de ascender económica o laboralmente, sino como una experiencia que ni ella misma podía explicarse. Era ajena a lo que le pasaba y sobre aquello depositó su confianza, aun en la posibilidad de equivocarse. Esa confianza es un riesgo que en palabras de Žižek (2016) se expone de la siguiente manera:

Cuando amamos nos exponemos al ser amado en toda nuestra vulnerabilidad: cuando estamos desnudos juntos, una sonrisa cínica o un comentario de nuestra pareja puede hacer que algo atractivo se convierta en ridículo. El amor implica confianza ab-

solita: al amar al otro, le doy el poder de destruirme, esperando/  
confiando que no usará ese poder. (p. 164)

En este riesgo se produce la búsqueda del otro; y en el amor, tanto en su variante tierna y sensual, existe tal interés. Como menciona Badiou (2012):

el encuentro entre dos diferencias es un acontecimiento” (p. 34), por tanto, implica la sinceridad de reconocer que algo de uno depende del otro con todas las desventajas que pueda implicar: “nunca estamos menos protegidos contra las cuitas que cuando amamos; nunca más desdichados y desvalidos que cuando hemos perdido al objeto amado o a su amor. (Freud, 1986, p.82)

## Consideraciones finales

En este punto vale citar los versos del gran poeta Federico García Lorca en *Canción otoñal*:

¿Qué será del corazón  
si el Amor no tiene flechas?

Al menos dos interpretaciones nos sugieren estos versos. Las flechas del amor como un acto violento y doloroso; y las flechas del Amor (Cupido) como una voluntad ajena al sujeto. El amor es esa sensación de experimentar una exterioridad que irrumpe en cualquier preconcepto, en cualquier defensa y se vuelve directriz en la vida.

En la primera interpretación de los versos, se concluye que el sujeto del discurso capitalista no podría exponerse a un sufrimiento causado por el amor, ya que rechaza los afectos y encamina sus acciones al goce sin límites garantizado por el Mercado, en el que está incluido el amor genital (en términos freudianos). En otras palabras, aquello que le provee sufrimiento es la incapacidad de obtener los objetos que demanda y son causa de envidia hacia el otro, al que le no le guarda ninguna estima o lo considera

solo en base a un fin utilitario. Por otra parte, en la acepción de las flechas del Amor (Un dios o el inconsciente) como una voluntad ajena al sujeto, en el discurso capitalista, el sujeto está en el lugar del agente y no puede dar razón a ninguna causa que no sea percibida por su propio yo.

La descripción más fiel que tenemos sobre el discurso capitalista es la promoción a viva voz de todo aquello que antes era limitado o prohibido. En esta nueva economía psíquica se pierde el amor, por ello, siguiendo a Badiou, hay que pensar en una forma de reinventar el amor, en el que se retome la estima y la ternura hacia el otro y puedan coexistir con un fin trascendental las diferencias entre ambos amantes.

## Referencias

Alemán, J. (2016). *Horizontes neoliberales en la subjetividad*. Grama.

Badiou, A. y Truong, N. (2012). *Elogio del amor*. Paidós.

Dufour, D.-R. (2007). *El arte de reducir cabezas*. Paidós.

Freud, S. (1992). Estudios sobre la histeria. En *Obras Completas Volumen II*. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1992). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas Vol. XIX*. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1978). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas Vol. VII*. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1986). El malestar en la cultura. En *Obras Completas Vol. XXI*. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1986). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II). En *Obras Completas Vol. XI*. Amorrortu Editores.

- Lacan, J. (1972). *Del discurso psicoanalítico (Conferencia en Milán, 12 de mayo de 1972)*. Inédito.
- Lacan, J. (1992). *El Seminario Libro 20, Aún*. Paidós.
- Lacan, J. (2012). *Hablo a las paredes*. Paidós.
- Melman, C. (2005). *El hombre sin gravedad: gozar a cualquier precio*. Universidad Nacional de Rosario.
- Selznick, D. (Productor), y Hitchcock, A. (Dirección). (1945). *Spell-bound* [Película]. Estados Unidos.
- Žižek, S. (2016). *Acontecimiento*. Editorial Sexto Piso.



# “NO TODO GOCE FALICO, GOCE-OTRO FEMENINO”

MIGUEL EGUIGUREN  
MARÍA ISABEL DURANGO  
CARLOS TIPÁN

## Introducción

Esta investigación surge de varias lecturas y de un especial interés alrededor de la pregunta imposible por la sexualidad femenina y por la cautivante y diversa literatura que el psicoanálisis ofrece sobre el tema. Es indiscutible que es un asunto que ofrece una oportunidad de adentrarse en los diversos procesos y enigmas que la sexualidad femenina posee.

La sexuación femenina es un asunto que merece un minucioso estudio. Ya Freud nos invita con la pregunta *¿qué quiere la mujer?* a involucrarnos en el tema. Es indiscutible que, en el complejo de Edipo, la niña genere una admiración particular por el padre, sin embargo, en ella este pasaje tiene una complejidad única. A lo largo de este trabajo, se intentará desarrollar aspectos que en la particularidad femenina se alojan desde el complejo de Edipo para posteriormente darse un encuentro de la niña con su propia feminidad. Es pertinente iniciar dicho recorrido resaltando que el concepto mismo se origina en Freud y se continuará haciendo una articulación con el concepto lacaniano del goce como efecto de la castración, el lenguaje y el más allá del goce fálico, goce particular de la posición femenina.

El primer concepto del que se trata es el complejo de Edipo, término que Freud delimita con el afán de darle nombre al flujo de amor del infante hacia su madre. Freud se sirve de la tragedia griega *Edipo Rey*, de Sófocles (1990) como punto de partida para este término. En este drama, Edipo, el rey de Tebas, quien ignora-

ba la identidad de sus padres, se involucra con su madre afectiva y sexualmente, trayéndose desgracias a sí mismo. Edipo se casa con su madre Yocasta, sin saberlo, y mata a su padre, también sin saberlo. Esta eventualidad lleva a Edipo y a sus descendientes a la desgracia. Es de esta tragedia, brevemente explicada, de donde Freud (1992) cosecha este término y lo expone por primera vez por su nombre en la “Interpretación de los sueños”, aunque realiza un preámbulo en la Carta 71. Posteriormente, pasará a ser un punto fundamental dentro del psicoanálisis.

Lacan (2018) se refiere a este término en el *Seminario V*. Es aquí donde señala que en el complejo de Edipo entran en juego los deseos del infante por la madre, y de la madre por el infante, en el sentido de que el niño completaría imaginariamente a la madre y a éste le basta eso, ser el falo (Lacan, 2018). Para tener una concepción integral del concepto del complejo de Edipo, se debe primero tener en claro qué es un complejo. Lacan (2018) propone que un complejo es una reproducción de la realidad de un ambiente. Es decir, el mismo es la manifestación de algo que en un inicio no se ve.

Es evidente que, durante el desarrollo de la niña, hay constantemente un cambio de orientación de la energía libidinal. Klein (1952) indica que este cambio constante de la energía libidinal es una propiedad de la misma, lo que invita a contemplar al Edipo como un proceso de abundante complejidad. Este estudio se acerca desde un ángulo que permite una mejor comprensión del tiempo lógico del Edipo. Es fundamental para la comprensión adecuada de esta investigación deslindarse del pensamiento del desarrollo sexual femenino en un marco cronológico.

## **Paradojas de la sexualidad femenina**

Freud trabaja sobre *la feminidad* en la Conferencia 33 (1916/1992). Es aquí donde Freud se permite ir más allá de las diferenciaciones anatómicas entre los sexos. La feminidad está construida alrededor de la tenencia o no tenencia del falo. Freud en esta conferencia ya plantea que la respuesta ante la pregunta sobre

*qué es una mujer* está por fuera del entendimiento psicoanalítico. Dentro de este mismo texto, indica que el desarrollo de las niñas es más complejo que el de los varones. En la fase fálica de la niña, el clitoris es lugar de estímulo y tanto para el niño como para la niña el primer objeto de amor es la madre. Posteriormente, en un desarrollo normal, este amor se dirige hacia la figura del padre para que se constituya el Edipo. La primera etapa es la ligazón- madre, etapa pre edípica. Dicha ligazón está constituida por la necesidad biológica de la niña.

Es fundamental deslindarse del significado biológico del pene por un momento, para dar lugar a la comprensión del falo. El falo, sinónimo de la palabra pene, es de un complejo significado dentro del psicoanálisis. Freud (1992) indica que, en el inconsciente, el pene y el hijo están inscritos bajo el mismo significante. El falo, en este contexto, refiere a una función activa (tener/no tener).

La tenencia del pene en esta etapa es algo que impacta al desarrollo tanto de los niños como de las niñas. Por un lado, el varón, cuando entra en la etapa fálica, donde comúnmente comienza a jugar y a explorar su pene, se encuentra con represalias sociales. Esta amenaza está indiscutiblemente invocando la función del padre. Por supuesto, dicha amenaza se refuerza cuando el niño tiene la oportunidad de mirar la región genital de la niña, al ver que le falta un pene la angustia se agudiza. Es decir, para el varón la exposición gráfica a los genitales masculinos es un punto referencial de lo que le podría ocurrir a su falo.

Un elemento constitutivo de la feminidad es la castración. El complejo de castración fue expuesto por Freud por primera vez en el caso del Pequeño Hans (Freud, 1992). Freud plantea que la castración es la salida del Edipo para los niños mientras que, para las niñas, implica la entrada. Desde los primeros contactos, la niña mira al niño desnudo y es ahí cuando la misma puede ser consciente de que ella no tiene un pene. Es común que la niña atribuya dicha falta como herencia femenina de su madre. Esta herencia, dice Freud, la ubica y sitúa en una idea de inferioridad frente al varón.

En *El sepultamiento del complejo de Edipo*, Freud apunta a que “El complejo de Edipo se iría al fundamento a raíz de su fracaso,

resultado de su imposibilidad interna” (1992, p. 181), situando a este fenómeno como un asunto con un fin o una disolución. Sin embargo, dicho fenómeno se enfrenta a un momento crucial donde la intensidad de éste se verá reducida. Freud se permite comparar el complejo de Edipo con los dientes de leche del infante para ilustrar cómo los mismos se caen durante los primeros años de vida.

Para Freud (1992), el complejo de Edipo es un elemento fundamental en la primera infancia. Es el que dará origen al inconsciente a través de la represión. Parafraseando a Freud, la niña se encuentra en un momento idílico con su padre, sin embargo, en algún momento vivenciará un asunto que la desanime de esta idea fantástica de quién es su padre. Es necesario agregar que, en algún momento, la niña comienza a percibir que su enamoramiento por su padre es de naturaleza platónica. En una nota al pie, James Strachey comenta que inicialmente Freud quería referirse a este fenómeno como “trauma del nacimiento”. Fue un colega quien lo desanimó de referirse así a este fenómeno por la contundencia de dicho sintagma (1992).

Para Freud (1992), “el Edipo es un fenómeno psíquico que inevitablemente debe disolverse, de la misma manera que los dientes de los bebés se caen” (p.178). Se corrobora al planteamiento del Edipo como una energía libidinal cambiante. Dentro de este mismo texto, se aborda la relación de la niña con la ausencia del pene. Se comprende que la niña asume que ella carece de pene porque este le fue amputado. Esto ubica a la niña en un plano donde el Superyó se construye con la amenaza de amputación del pene.

Mientras que en el texto *El Yo y el Ello* (1923), Freud plantea la posibilidad de que la elección de objeto de amor en el complejo de Edipo sea producto de la bisexualidad orgánica del sujeto.

A raíz del sepultamiento del complejo de Edipo, las cuatro aspiraciones contenidas en él se desmontan y desdoblan de tal manera que de ellas surge una identificación-padre y madre; la identificación-padre retendrá el objeto-madre del complejo positivo y, simultáneamente, el objeto-padre del complejo invertido; y lo análogo es válido para la identificación-madre. Dentro de la lógica de dicho texto, el sepulta-

miento del complejo de Edipo, marca también la dirección hacia la que el sujeto va a orientar su identificación (p.35).

En este texto, Freud hace una puntualización crítica sobre la diferencia del desarrollo entre los varones y las niñas. Por un lado, el varón prosigue con su desarrollo sexual hasta que sus genitales toman un papel titular. Por otro lado, la niña aún no descubre su falo, por lo tanto, la misma se ve condicionada a una represión y a sumergirse en un periodo de latencia (1992).

Freud hace un esbozo de cómo este fenómeno es un actor protagónico en la constitución del Superyó. Son los límites impuestos por padre y madre los que se interiorizan, constituyéndose el núcleo del Superyó. “Dados los límites que se han impuesto a la libido, el mismo se desestructura y por lo tanto se sublima” (Freud 1992, p. 184). En los varones, dicho proceso está capitaneado por la angustia de ser castrado. En las niñas se da por hecho de que el mismo ya fue cortado.

Asimismo, Freud (1992) muestra que, mientras el varón ya ha descubierto su falo, la niña aún no descubre el uso de sus genitales. La niña asume que el clítoris es un pene, sin embargo, posteriormente, frente a la comparación con el genital masculino, se da cuenta que el mismo es muy corto y que fue atrofiado, generando en ella una sensación de inferioridad.

En este punto del desarrollo, se marca una diferencia que divide el desarrollo masculino del femenino. Si bien el varón ha de ser limitado por el miedo a que su pene sea cortado, la niña asume que a ella ya se lo cortaron. Por lo tanto, la constitución del Superyó está ligada a la educación y al miedo de pérdida de un ser querido (Freud 1992, p.185).

Freud (1992) indica que el fin de esta etapa deja lugar a que este amor se transfiera al padre. Esta transición concluye con hostilidad de parte de la niña hacia la madre. Para comprender esta transición, se debe entender la envidia del pene. Esto sucede a partir del encuentro visual con el órgano reproductor masculino. Es a partir de ahí que la niña desarrollaría una frustración con las limitaciones del clítoris. Esta frustración, en gran medida, se vuelca hacia la madre y la desestima.

La desestimación a la madre no se da instantáneamente. Freud (1992, p. 117) explica lo siguiente:

Es cierto que el extrañamiento respecto de la madre no se produce de un golpe, pues la muchacha al comienzo considera su castración como una desventura personal, sólo poco a poco la extiende a otras personas del sexo femenino y, por último, también a la madre". La niña comienza a generar un cierto menosprecio por las limitaciones de su sexo.

El amor pre edípico está marcado por un entendimiento de que la niña ha elegido una madre fálica como objeto de amor. Esto comienza a desanudarse en el momento en que la niña asume la castración de su madre.

Es fundamental abordar el asunto del onanismo en el contexto de la masturbación femenina. Freud (1992) indica que la masturbación es la parte fundamental de la satisfacción en la infancia. Sin embargo, ésta sufre un cambio fundamental cuando la niña asume su castración.

Cuando la envidia del pene ha despertado un fuerte impulso contrario al onanismo clitorídeo y este, empero, no quiere ceder, se entabla una violenta lucha por liberarse; en esa lucha la niña asume ella misma, por así decir, el papel de la madre ahora destituida y expresa todo su descontento con el clitoris inferior en la repulsa a la satisfacción obtenida en él (p. 118).

Es indiscutible que el acto masturbatorio cambia en la naturaleza de su satisfacción frente a la frustración de tener un clitoris en lugar de pene. La renuncia a la masturbación del clitoris marca cómo la mujer se sitúa en un lugar de pasividad (Freud, 1992).

Es muy importante desarrollar en torno a la envidia del pene previamente referida en el fragmento de texto presentado en el anterior párrafo. La niña asume dicha envidia de una manera central en su vida. Ella se queda atravesada por la idea de que la falta del pene la ubica en una posición de carencia. Es este afecto el que impulsará una cantidad contundente del existir de la niña. Esto se

manifestará cuando la niña trata de suplir el pene con otros objetos y comportamientos.

En *Los tres ensayos de teoría sexual* (1905), Freud habla de la meta sexual infantil, la cual permite esbozar la naturaleza de la masturbación en esta etapa del desarrollo.

Freud (1992) indica que la sexualidad de la niña es de índole masculina. Las inhibiciones sexuales en las niñas se constituyen antes que los niños. Dentro del texto *Diferenciación entre el hombre y la mujer*, Freud se permite indicar que la zona erógena en varones y en mujeres está ubicado en el mismo sector. Además, habla de cómo es que, para comprender la metamorfosis de la niña a la mujer, se debe hacer un seguimiento a la masturbación del clítoris.

La necesidad de un objeto fálico permanece en la mujer. Esto se da cuando ésta sustituye al pene por el deseo de un hijo. Freud (1992, p. 119) indica: “Sin embargo, la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en lugar del pene”. Es interesante remarcar cómo Freud indica que la feminidad está condicionada al deseo por un hijo.

Este deseo por el hijo tiene también un elemento del poder producir hijos. De este modo, la niña comienza a percibir que el pene es lo que hace posible su embarazo, por lo tanto, creando una admiración por el mismo. Sin embargo, la niña siempre tiene una envidia del pene, ésta se le manifiesta con las ganas de poseer el pene de su padre.

El recorrido de este desarrollo invita a cuestionar cuáles son los posibles destinos de la sexualidad de la niña. En *La Feminidad* (1994), Freud plantea algunas posibles salidas: 1) un complejo de masculinidad, donde la niña busca emular las condiciones masculinas en un afán de suplir su carencia de un falo; 2) la maternidad, en donde el hijo es situado en el lugar simbólico del falo y, por último, 3) una instancia donde la sexualidad es inhibida.

La identificación de la niña como objeto de goce de la madre es fundamental. Se genera un vínculo con la madre nutricia, más allá que con la madre propiamente dicha. Es importante detenerse en el texto *Introducción del Narcisismo*, de Freud (1992), donde explica cómo el sujeto elige a su primer objeto sexual. En este texto

se manifiesta que, en un primer momento de la infancia, la satisfacción sexual está constituida a partir del contentamiento de las pulsiones yoicas. Por lo tanto, la madre o el primer cuidador está en el lugar de objeto de este amor.

La niña vuelve sus ojos al padre, pues la pregunta sobre su feminidad queda sin respuesta desde su madre, pero la niña enfrenta un momento crítico cuando comprende que la figura engrandecida del padre tiene sus limitaciones. Este momento abre campo para que la niña vuelva nuevamente a alzar la mirada hacia su madre. Permite que la niña comience a fijarse en el inventario de cualidades femeninas que hacen “única a su madre” y la posibilidad de que ella quede para responder a la feminidad de su madre. Es en este momento donde la niña puede empezar a emular las cualidades femeninas.

Freud (1992, p. 232) plantea entonces: “El endoso de ligazones afectivas del objeto-madre al objeto-padre constituye, en efecto, el contenido principal del desarrollo que lleva hasta la feminidad”. Es clara la propuesta de Freud con respecto al proceso que finalmente desemboca en la constitución de la feminidad.

Dicho paso a la feminidad es solo posible si es que los vestigios de la ligazón con la madre pre edípica no interfieren (Freud, 1992). El texto *Sobre la sexualidad femenina* es escrito por Freud en un momento de madurez de su obra y en él Freud dice que evita entrar en el campo de lo que sucede cuando la niña se desilusiona del padre y tiene un retorno a su ligazón con la madre, por la obvia complejidad del fenómeno, dejando abierta a la sexualidad femenina como una pregunta sin respuesta, como un “continente oscuro” a descubrirse.

Es fundamental comprender a cada mujer como una excepción. Una mujer, a diferencia del varón, no se siente conforme con la uniformidad, más bien la misma busca la unicidad. Para Lacan (1999), por lo tanto, esto la caracteriza como un sujeto impredecible, ya que la naturaleza edípica de la mujer se encuentra en un más allá y más acá (del goce). Esta compleja explicación se fundamenta en que la mujer siempre estará atravesada por el amor hacia la madre, pero también por la función fálica. De tal manera que ella no tiene un referente universal, sino un particular, una

por una. Existe una ambivalencia entre la madre y lo fálico, por lo tanto, deja una pregunta sin respuesta: ¿cómo goza la mujer?

La feminidad sigue siendo enigmática, pensarla implica profundizar e ir más allá en relación con el goce. Hay un goce del cual ella nada quiere saber, goce femenino. El goce femenino se escapa al lenguaje, de ahí la imposibilidad de nombrarlo. Ella goza a partir de *ser* objeto, objeto que está en el campo de lo *Real*, en la condición de *ser*, escapando a la lógica del tener/no tener efecto de la castración. Goce que no se satisface por la imposibilidad misma de la posición.

### **La mujer no existe, Lacan**

Entrando en el campo que plantea Lacan y que es el del lenguaje, la de Freud sobre ¿qué quiere una mujer? toma otra *dit-mention* (decir – mención) para colocar la cuestión en ¿cómo goza una mujer? Cuando Lacan trabaja *La Metáfora Paterna* en el *Seminario V* (2018) retoma cuestiones sobre la etapa pre- edípica. Sin la interdicción del Superyó, el sujeto se encuentra envuelto en un sin-límite de tal manera que la asocia con la perversión e invita a comprender que los sujetos, en su mayoría, son desplazados de este momento perverso por la influencia del Superyó.

En un momento posterior, cuando el sujeto ya se encuentra dentro del Edipo, ubica los elementos que interfieren con el deseo del sujeto hacia la madre (el Otro). Aquí, se plantea cómo el sujeto supone no solo al padre como una amenaza sino potencialmente a otros.

Lacan (2018) indica que el complejo de Edipo también es el responsable de la génesis de la represión propia del periodo de latencia. Dicha represión llegará a una atenuación al momento en el que el sujeto alcance la pubertad. El que la sexualidad esté reprimida automáticamente nos invita a comprender que la misma no desaparece, sino más bien que se sublima.

Cuando Lacan habla sobre el tercer tiempo del Edipo, hace una puntualización fundamental, distinguiendo a esta etapa de la genitalización del sujeto.

Aquí Lacan recuerda que el Edipo es un factor en la identificación del sujeto con un sexo: “(...) la mujer asume cierto tipo femenino, se reconoce como mujer, se identifica a sus funciones de mujer. La virilidad y la feminización, he ahí los dos términos que son esencialmente la función del Edipo” (1958, p.73).

En un primer momento, el infante está completamente inmerso en el deseo de la madre (Lacan, 2018). Es evidente que la madre ahora está en posesión del tan deseado falo, en tanto el niño es el objeto de deseo de ella y hay una implicancia, pues él también se identifica como *falo imaginario*.

En un segundo momento, se establece el “no” (Lacan, 2018). El padre aparece en la ecuación para evitar que la madre reintegre su producto. Este momento está marcado por el niño quien percibe que lo que la madre desea lo tiene Otro. Por lo tanto, el *infans* inscribe a la madre como un sujeto en falta. El padre interviene privando al niño de ser el falo de la madre, pero también priva a la madre de tomarlo como su falo que, imaginariamente, la completaría. En el caso de la niña, ella interpreta que es el padre quien interfiere entre la madre y ella, pero porque el padre es poseedor de aquello que colma a la madre. En este momento, la niña asume un debate interno entre *ser* el falo o abandonar ese lugar a los ojos de la madre.

En un tercer tiempo del Edipo, el sujeto asume su sexo (Lacan, 2018) porque en este tiempo opera la *Metáfora* en tanto el Significante 1 (S1) es sustituido por el significante *Nombre del Padre* (S2) como operador. El sujeto entonces sustrae goce, mismo que entra a las leyes del lenguaje: goce sexuado, goce fálico. Es decir que hay un pasaje que viene como efecto del padre como significante que opera, pasaje que va de *ser falo* a *tener / no tener falo*. El padre es función primordialmente, establece una Ley, pero es una Ley que es de la cultura.

Lacan en el *Seminario XX* (1996) plantea la sexuación como efecto de la castración, así como la posición femenina y masculina con relación al goce. La posición femenina dirá que, “dada la naturaleza de ella”, hay un goce que le es propio y que es suplementario al goce fálico. Es decir que para la mujer hay un goce que excede, goce que no pasa por las leyes del lenguaje y que da cuenta que, de alguna manera, ella queda suspendida como objeto de

goce del Otro (JA); de tal manera que ella, en tanto goce femenino, es objeto de goce del Otro. Otro goce que es femenino y que tiene como límite al goce fálico.

“El ser no-toda en la función fálica no quiere decir que no lo esté del todo. No es verdad que no esté del todo. Está de lleno allí. Pero hay algo de más.” (Lacan, 2018, p. 30). Dentro de este mismo texto, en el acápite subtítulo por Jacques- Alain Miller como *Dios y al goce de La Mujer*, Lacan propone que existe un goce del cual la mujer a menudo no es consciente a menos que ella misma lo sienta.

La mujer, no-toda ella, se inscribe en el goce fálico, pero también hay un goce que la excede: otro Goce.

En tanto otro Goce, goce femenino, la relación entre madre e hija se vuelve estrago (*ravage*). La feminidad como pregunta incesante y no resuelta de la madre es sostenida por la hija, quedando entonces identificada como objeto de goce del Otro. El estrago es un término propuesto por Lacan para referir a que, en la relación madre-hija, hay algo que escapa a las leyes del lenguaje.

## Articulaciones (im)posibles

El recorrido de esta investigación lleva a pensar en lo imposible de la posición femenina, imposible en tanto no cesa de no escribirse. Lacan en el *Seminario XX* retoma la cuestión del goce, se agarra del concepto de plusvalía para pensar en aquel que “goza de un bien” y lo toma para diferenciar el concepto de goce de lo útil, pues el goce es “aquello que no sirve para nada” (2018, p. 11). Se goza siempre con el cuerpo y por tanto siempre está en relación al lenguaje. Cuando el cuerpo es hablado, el sujeto ya no goza de la misma manera, hay algo que escapa, ya no hay un “goce total”.

Esta investigación invita a interrogar la naturaleza del Goce femenino. No se puede pasar por alto el hecho que se ha tratado en su mayoría de entender el Goce femenino a partir del goce fálico (JΦ).

La pregunta sobre *qué quiere una mujer* es la que constituye el enigma femenino. En efecto, si el falo es el significante que marca la sexuación, la feminidad está rechazada del saber. El inconsciente

no toma el sexo biológico, sino que el inconsciente reconoce al falo como símbolo sexual. Sin embargo, si la diferencia sexual no se escribe en el inconsciente, en su lugar se inscribe un defecto de goce que Freud lo designó como castración, dando efectos diferentes para hombre y mujer.

Freud no utilizó el término *estrago* para designar la relación madre – hija. Sin embargo, a lo largo de su elaboración sobre la sexualidad femenina, da mucha importancia al punto enigmático que hay en esta relación. Lacan es quien advierte con el término *ravage*<sup>1</sup> que, en esta relación la madre, ante la imposibilidad de respuesta de su propia feminidad, coloca a la hija como objeto de su goce, entrando la niña a ocupar el lugar de *ser* objeto de goce del Otro.

En Freud, si hay estrago, se refiere al primer objeto de amor de la hija y que tiene como consecuencia redirigir la pregunta sobre la feminidad hacia el padre. Esto es lo que encontramos todavía hoy en día en la clínica de la histeria. Sin embargo, Freud ya observaba que un remanente de esta relación subsiste indefectiblemente en algunas mujeres, desde entonces perjudicial y ruinoso, advirtiendo incluso que este remanente será puesto en el objeto de amor elegido. En efecto, si el amor de la madre tiene como primer efecto erogenizar el cuerpo de su hijo, la influencia de la madre sobre las pulsiones sexuales de la hija representa siempre una verdadera catástrofe para la feminidad de ésta.

El estrago inscribe una estampa en la niña. Zawady (2016) dirá que esto se traduce a manera de la necesidad de interpretar la sexualidad femenina a través de una lógica fálica. Es pertinente que este estrago empuje a la mujer a encontrar el Goce a través de la maternidad, ubicando a su bebé en el lugar del falo. El estrago también tiene un rol protagónico al momento de diferenciar a la madre de la mujer (Zawady, 2016). Dicha separación solo se pueda dar tras la interdicción de la función paterna.

Es interesante mirar como el complejo de Edipo es una fuerza psíquica que acompaña al sujeto durante toda su vida. Si bien se presenta con mayor intensidad en los primeros años de vida, el

---

1 Traducido como *estrago* y que denota devastación, destrucción o daño.

mismo siempre contará con una influencia en el sujeto por la conexión que involucra con la madre nutricia. Esta conexión es tan influyente que la misma siempre podrá volver a interferir con el sujeto. Es pertinente, cuestionar la palabra que ocupa Freud (1992) en el título de su texto: *El Sepultamiento del complejo de Edipo*. Este estudio ha hecho evidente que no hay un *sepultamiento* del Edipo propiamente dicho, así, esta palabra se podría sustituir por la palabra *cambio*.

Una de las características que este estudio ha podido resaltar del Edipo es que es una fuerza psíquica en constante cambio. El sujeto se estructura dentro de la lógica del Edipo. Es pertinente mencionar que es el primer encuentro con el amor que él mismo atraviesa, además de ser una pieza constitutiva en la imagen que el sujeto genera sobre el sexo opuesto.

No está por demás agregar que no es suficiente con limitarse a denominar a la sexualidad femenina como algo complejo. Tampoco es una respuesta satisfactoria el pretender comprender a la sexualidad femenina como un paralelo absoluto a la sexualidad masculina. La femineidad pone de manifiesto la dimensión de *lo imposible* en la sexuación del *parlêtre*.

Es válido explorar la influencia de estos procesos psíquicos en la ubicación de la mujer con referencia al varón. Benjamín (1996) ilustra cómo la circunstancia de sujeto en falta ha permitido ubicar a la mujer como objeto determinado por el *falo* y que, no en todas aparece un excedente, siendo en esta particularidad *no-toda* ella goce fálico.

## Referencias

- Beleño Pacheco, M., y Sierra Díaz. (2017). Función paterna en la estructuración de personalidad de mujeres adolescentes con hijos. *Psicología USB Cartagena*, 3- 51.
- Benjamin, J. (1996). Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. *Gaceta*, 16-19.

- Camps, V. (2014). La ética aplicada. En V. Camps, *Breve historia de la ética* (pp. 392- 406). RBA Libros.
- Fernández, D. (2018). Deseo materno y psicosis. Una salida posible. *Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires*, 1-6.
- Freud, S. (1897). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 71*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de la teoría sexual. En S. Freud, *Obras Completas* (pp. 109-202).
- Freud, S. (1909). Análisis de la fobia de un niño de Cinco años (pequeño Hans). In *Obras Completas*. (pp. 1-118). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas* (p. 84). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1916). 33 Conferencia. La feminidad. En S. Freud, *Obras Completas* (pp. 112-124). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1999). El sepultamiento del complejo de Edipo. In S. Freud, *Obras Completas XIX* (pp. 177-189). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992). Sobre la sexualidad femenina. En *Obras completas* (pp. 223- 244). Amorrortu Editores.
- Hurtado Arboleda, J. (2018). El escenario del inconsciente. Edipo en Sófocles y Freud. *Pontificia Universidad Javeriana*, 4-25.
- Klein, M. (1945-1975). El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas. En M. Klein, *Obras Completas*. Paidós.
- Lacan, J. (2018). La Familia. En *Otros trabajos de Jacques Lacan* (pp. 106-122). Bibliopsikol.

- Lacan, J. (1958). La Metáfora del Padre. En J. Lacan, *Seminario V: Las formaciones del Inconsciente* (pp. 71-79). Psikol.
- Lacan, J. (1958). Los tres tiempos del Edipo. En J. Lacan, *Seminario V: Las formaciones del Inconsciente* (pp. 89-95). Psikol.
- Lacan, J. (1959). El deseo de la Madre. En J. Lacan, *Seminario V* (pp. 104-112). Paidós.
- Lacan, J. (1973). Dios y el goce de La Mujer [La barrada]. En *Seminario XX* (pp. 26-31). Psikolibro.
- Lerude, M. (2003). La feminidad: ¿cómo se construye? *Ecuador Debate*, 79-87. Rutenberg, M. (2018). El superyó en las mujeres desde el psicoanálisis y el feminismo: revisión clínica y crítica. *X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigación*.
- Sófocles. (1990). *Edipo Rey*. Norma.
- Winnicott, D. (1964, marzo). El recién nacido y su madre. *Biblioteca D. Winnicott*. Recuperado de Biblioteca D. Winnicott.
- Zawady, M. (2012). La clínica del estrago en la relación madre-hija y la forclusión de lo femenino en la estructura. *Desde el jardín de Freud: revista de psicoanálisis*, 169-189.
- Zawady, M. (2016). El estrago materno y la inexistencia de La mujer. *Instituto de Altos Estudios Sociales*, 47-74.



# LA IMAGEN CORPORAL EN LA ANOREXIA

GABRIELA VILLACÍS TOBAR  
IVÁN SANDOVAL CARRIÓN  
GRACIELA RAMÍREZ I.

## Introducción

Hoy en día nos encontramos en la sociedad de la abundancia, dentro de un discurso donde se pagaría cualquier precio con el fin de estar delgado a cambio de consumir, cada vez, menos alimentos. Las narraciones históricas acerca de la alimentación diaria no solo apuntaban a las ideas estéticas o de salud, sino que también apuntaban a una preparación física para afrontar los malos tiempos, como la guerra o el invierno. Es por esto que la anorexia no fue un tema propio de esta época de “abundancia”, existen registros de que esta condición cobró presencia a finales del siglo XIX hasta la actualidad (Fernández, 2015). Lo que sucede en la actualidad es que las estadísticas se han elevado porque los casos se han multiplicado, no solo por el bombardeo audiovisual que enseña a las nuevas generaciones cómo comer y cómo lucir, esa influencia poderosa que ejercen los medios de comunicación masiva que promueven un prototipo ideal de belleza, sino también porque la sociedad está más conectada: absorbe mayor información y se expone de forma casi infinita. Vemos más, nos exhibimos más y nos ven mucho más, haciendo que, paradójicamente, la convivencia sea todavía más complicada. Es así que surge la necesidad de abordar la anorexia desde el campo de la psicopatología, planteando como tema principal la *imagen corporal*.

Con base en lo antes mencionado, este trabajo busca reflexionar sobre la constitución subjetiva de la imagen corporal a la luz del psicoanálisis y la deformación que sufre en la anorexia. La im-

portancia de abordar este tema radica en el aumento progresivo de las cifras que muestran que 70 millones de personas sufren de trastornos alimentarios a nivel mundial. Entre ellos la anorexia, que tiene la tasa de mortalidad más alta, afectando al 0.4% de las mujeres en algún punto de su vida (National Eating Disorders Association, 2018). La anorexia puede presentarse tanto en hombres y mujeres, sin embargo, su prevalencia es mayor en mujeres jóvenes. Estadísticamente se estima que el sexo masculino representa entre el 5% y el 10% del universo de los casos registrados (Oyebode, 2015); por esta razón, la presente investigación delimita su alcance teórico al análisis de la anorexia como predominante en sujetos de sexo femenino, específicamente durante la adolescencia, con el respaldo de diversos estudios previos (Lock, Y Kirz, 2013; Levenkron, 2001; Oyebode, 2015; Raevuori et al., 2009; Recalcati, 2003; Schust, 2002). Se excluirán las consideraciones de este trastorno respecto a los hombres. Adicionalmente, no se tomará en cuenta la anorexia de inicio tardío en ninguno de los dos sexos.

Otra razón de importancia para el abordaje de la anorexia en el marco de la constitución de la imagen corporal, es que dicho trastorno aumenta 10 veces más el riesgo de muerte entre jóvenes de 15 a 24 años, esto sin contar las elevadas tasas de suicidio en esta población (Oyebode, 2015). Lamentablemente, en el Ecuador no existen cifras exactas para determinar la prevalencia de la anorexia, ni tampoco hay investigaciones cuantitativas claras acerca de sus causas y consecuencias a nivel del país. Por lo tanto, la necesidad de realizar una investigación en este campo se hace imprescindible. Una de las causas posibles radica en que la imagen corporal es parte esencial en la constitución subjetiva de la persona e influye desde su infancia en la relación que tiene el sujeto consigo mismo y los otros durante toda su vida.

Este trabajo se centrará en las distorsiones y perturbaciones de la imagen corporal que llevan a la evolución de trastornos alimentarios, específicamente, la anorexia y su incidencia en la relación con el espejo, el otro y el Otro, usando como guía los siguientes cuestionamientos: ¿Cuál es la función de la imagen corporal en la adolescencia? Considerando esta etapa como un duelo y un

periodo de fragmentación, el cual da paso al surgimiento de un nuevo estadio del espejo y la búsqueda de la identificación sale del entorno primario para posarse en los pares o en los estándares sociales. Y, desde dicha perspectiva, ¿es posible que esta identificación con el entorno y los estándares sociales pueden aportar al desarrollo de la anorexia durante esta etapa?

## **El sujeto, el yo y el espejo**

La imagen del yo da cuenta de la relación del sujeto consigo mismo, por lo cual se iniciará el presente artículo con la revisión del texto de Lacan (2009) *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je]*, que habla sobre la transformación que sufre el sujeto por la imagen asumida, es decir, una primera identificación imaginaria. En esta etapa, el sujeto logra verse completo en una *Gestalt* externa que hace las veces de continente al que el sujeto aspira. Es decir, en el espejo se muestra una figura que es constituyente, más no constituida. Es en esta fase que la imagen especular del cuerpo del bebé da cuenta de la relación que tiene el niño con el espejo, imagen que se ve influenciada por la presencia del Otro, un otro al cual recurre en busca de una “mirada cómplice y tranquilizadora” (Nasio, 2008, p. 86) para afirmarse en ella.

La imagen del espejo es triangular, donde el adulto que sostiene al niño hace un gesto decisivo al confirmar que la imagen especular es la del infante. De este modo, el sujeto puede diferenciarse de las otras figuras del entorno, percibiéndose como diferente y homogéneo (Nasio, 2008). El bebé adquiere una noción que anuncia el yo [je] en el campo simbólico y anticipa “su futuro sí mismo” en el campo imaginario [moi]. El niño hace esta identificación primordial al asumir la imagen como suya, constituyéndose por el modelo del Otro. A partir de ahí, la segunda identificación es con el semejante humano, con el ser amado. La forma de comportarse de una persona da cuenta de su relación consigo mismo y con los otros y el estadio del espejo permite decir que, a través de estas identificaciones, el niño se percibe en los otros y a los otros en él (Oyebode, 2015; Nasio, 2008). Es de aquí que se

desprende el flujo de amor y odio que pueda aflorar respecto a la propia imagen y hacia el otro.

En dicha relación triangular, la madre es quien usualmente ocupa el lugar de ese Otro, cuya atención es necesaria para la supervivencia del sujeto, como por ejemplo en el acto de comer. La alimentación es la que pone al hijo como representación de la falta en la madre, razón por la cual procura a su hijo a través del pecho (Amigo, 2005). Y es por medio de este acto que ella también da mirada y palabra, introduciéndole en el lenguaje para invocarlo y fundarlo como sujeto (Bergès-Bouines, 2014, Flechner, 2007). Dicha interacción es anterior al estadio del espejo y continúa al momento de la aprehensión de la imagen especular, cuando el niño deviene *parlêtre*, y sucede también la experimentación del *fort-da* (Amigo, 2005). La dinámica de la presencia y ausencia influirá a lo largo del devenir del sujeto (Flechner, 2007).

Se puede decir entonces que la comida no solo es alimento para nutrición corporal, sino también un anudamiento de pulsiones que convergen en el acto de comer del pecho como pulsión de vida. La prematuración en el desarrollo del niño lo muestra en una primera indefensión (original), poniéndolo en una posición a merced del Otro del lenguaje. Esta matriz simbólica es la unificadora y es precursora del superyó que se conforma inicialmente en la crítica parental (Lacan, 2009). Una interacción amorosa en el inicio de la vida del niño le enseña cómo verse a sí mismo, aprendiendo características de sí en un nivel no verbal, características sobre cómo él es visto a partir de la mirada de sus padres (Levenkron, 2001).

La constitución del *yo* se plantea como no descriptible desde lo fenomenológico, puesto que, si se habla del sujeto, “la cosa y lo que observa esa cosa no pueden ser lo mismo” (Oyebode, 2015). El cuerpo es la manifestación física del sujeto, a través del cual experimenta el entorno. Pero es también experimentado como un objeto y puede comunicar malestar para expresar sentimientos inconscientemente. Cabe entonces abordar la diferencia entre el *yo* [*je*] del *sí mismo* [*moi*]. El primero denota la singularidad del sujeto diferenciado de los demás humanos, atravesado por necesidades, deseos y la propia historia, mientras que el segundo es una

instancia diferente, es la condición de sentirse, “el sentimiento de ser uno mismo” (Nasio, 2008, p. 84), y es un atributo que permite decir “para mí, me pertenece, es mío” (Bergès-Bounes, 2014, p. 107). En otras palabras, el *yo* se expresa como una afirmación simbólica y social del ser, mientras que el *sí mismo* es imaginaria y afectiva. Dicha diferenciación es importante porque la identificación imaginaria del sujeto con el yo ideal [*moi*] será también “el tronco de las identificaciones secundarias” (Lacan, 2009, p. 100).

Entre los diferentes términos que se han usado para hablar de los aspectos que componen al yo [*moi*], está el de “imagen corporal”, donde el esquema del cuerpo se compone por las sensaciones, como una imagen del cuerpo que creamos en la mente, es decir, cómo es para nosotros (Oyebode, 2015). Este da cuenta de la ilusión de unidad que está en la base del *yo* y busca recuperar la omnipotencia preedípica, ya que el júbilo ante la identificación del espejo lo determina sumergiéndole en una “insatisfacción surrealista” (Lacan, 2009).

La ilusión de unidad surge por la voz de la madre, quien, al dar vida, también da muerte. Ella da lo real como cuerpo y muerte, temas de los que el sujeto no habla, encontrándose en la necesidad del imaginario, para “poner palabras y fantasmas” y así defenderse (Bergès-Bounes, 2014). La dificultad radica, sin embargo, en cómo hablar del cuerpo sin distorsionarlo, entonces este queda relegado y pasa desapercibido hasta que se lo siente, ya sea a través del dolor o del hambre. Flechner (2007) habla de una imagen ideal “especialmente vinculada al cuerpo” (p. 206). Sin embargo, no hablamos del cuerpo porque el sujeto se encuentra en la obligación de dominarlo, controlando cada uno de los orificios de nuestro cuerpo para no caer en lo obscuro (Bergès-Bounes, 2014). Es así que más tarde, en la adolescencia, hay un paso necesario por la depresión ante el “cambio de posición subjetiva” de la persona (Lerude, 2008, p. 723).

El dominio de los esfínteres, por ejemplo, es realizado por el deseo imperativo de la madre, representando una “restricción en el goce” para el niño por el pedido del Otro, lo que da paso al surgimiento de manifestaciones infantiles que son una “afirmación de la subjetividad” (Bergès-Bounes, 2014, p. 105). Con esto en

mente, el hambre sentida ante la decisión de no alimentarse se convierte en una afirmación del sujeto como apartado del otro, es decir, completo (Levenkron, 2001). El no comer es una acción que provoca un rompimiento de la cercanía del sujeto con la madre, un límite con la relación con el Otro para no pertenecerle. En la relación con la madre se muestra la oralidad del lado del amor, del lado del vientre, del “ñam-ñam” (Lacan, 1973), es decir como objeto del Otro, para “mordisquear o a tragar, a consumir” (Bergès-Bouines, 2014, p. 105).

Dado que la alimentación no solo es comida, la palabra de los padres es crucial para nutrición del niño y su devenir sujeto. No solo hace falta que este escuche palabras que edifiquen la percepción de sí, sino que el infante debe creerlas. Por otro lado, el no escuchar ninguna palabra también tiene un efecto negativo importante en el sujeto (Levenkron, 2001), puesto que la ausencia de palabras lo vuelve “invisible”, tanto para sus padres como para sí mismo. Ya que de las palabras depende el desarrollo del “sentido de sí mismo” (p. 25).

### **Complejo de Edipo femenino: descubrimiento, fascinación e identidad**

El estadio del espejo es una etapa que anticipa el conflicto edípico del sujeto, por lo tanto, el paso de la niña por este complejo dará cuenta del proceso de la formación de su imagen corporal y la influencia que esto podría tener en el desarrollo de la anorexia. El análisis de esta etapa se centra en la relación de la niña con la madre donde los cariños y cuidados proporcionados por ella activan la noción de sexualidad en el infante a través de la ternura (Freud, 1988), a la vez que es su objeto sexual hasta la intervención del padre (Nasio, 2010b). En el Edipo, el sujeto se apega a los padres atrayéndolos hacia sí en una fantasía de poseerlos, por lo que se puede decir que el Edipo es “un asunto de cuerpo, de deseos, de fantasías y de placer” (Nasio, 2010b, p. 14). Sin embargo, en esta fantasía hay cierto temor a la ley y a la prohibición.

Específicamente en la niña, al complejo de Edipo le antecede una etapa preedípica en donde su interés primario es la madre. Posteriormente, la decepción ante la diferencia sexual le confronta con la ausencia del apéndice del varón, alejando su omnipotencia. La niña descubre así que “la fuente del poder” no está en su cuerpo, sino en el del otro (Nasio, 2010 b). Este desengaño pone en juego la propia omnipotencia de la madre, razón por la cual la niña la rechaza, para así buscar la satisfacción del deseo en el padre, pero este también le es negado (Freud, 1961). Esta negación es una nueva restricción de goce en tanto *parlêtre*, que es más devastadora pues es vivida como un “desamor”, ya que es el padre quien legitima esa demanda del sujeto al ser él quien podría proveer a la niña ante su falta de órgano, es decir, el “vehículo significativo” en lo real del cuerpo (Amigo, 2005; Recalcati, 2003).

La niña acude al padre para sanar su amor propio herido por asumir la pérdida, a diferencia del niño, quien teme la posibilidad de que aquella se consume (Freud, 1961, p. 186). De esto se puede extraer el hecho de que la niña depende más de la relación del padre, y más tarde del varón que le dará un hijo, porque el don fálico es el que enmarcará los objetos de pulsión, dando paso a la formación del fantasma. En algunos casos severos de anorexia, el fracaso de la formación del fantasma implica que el objeto oral no se enmarque, que no posea el brillo agalmático, lo que trae como consecuencia que, en el futuro, el sujeto anoréxico no coma (Lacan, 2003; Amigo, 2005). Se puede decir entonces que, en estos casos, la experiencia del Edipo puede provocar una adhesión al objeto oral como fuente de goce dañino que provoca que ante el “¿qué me quiere?”, la respuesta sea “me quiere muerta” (Amigo, 2005, p. 138).

A lo largo de la vida del infante, muchas situaciones pueden influenciar en el desarrollo de la confianza, tan necesaria en la construcción de la identidad. La pérdida de la confianza por situaciones que implican cambios repentinos y traumáticos en la rutina de los sujetos, da como resultado el perfeccionismo en el sujeto, y dicho sesgo cognitivo dicotómico mina por completo la imagen que el sujeto tiene de sí (Levenkron, 2001, p. 21). Al final del Edipo, la niña se identifica con la madre y se inspira plenamente en

ella, adoptando su deseo en su búsqueda por poseer al padre (Nasio, 2010b). Se identifica con su feminidad y también se identifica con las palabras que le construyen a lo largo de su infancia. La madre es una guía para su hija, es el Otro que hace entrar al sujeto en el lenguaje, es la mirada y la palabra donde el sujeto se reconoce (Bergès-Bounes, 2011). Sin embargo, la pregunta acerca de la feminidad se manifiesta incesante pero imposible de responderse toda; al ser una pregunta que inicia en la niña, se mantiene aún cuando es madre y pasa a la hija, quien se cuestionará en su propia infancia.

### **Imagen corporal**

Oyebode (2015) habla de la imagen corporal, la cual se relaciona con lo inconsciente, el aspecto físico y experiencial de la consciencia corporal y su catexis. Lacan (2009) describe la imagen especular como el umbral a un mundo invisible donde “se manifiestan realidades psíquicas” con efectos formativos. En otras palabras, es lo que nos posibilita a ser y nos aliena, permitiendo la identificación en donde la belleza es tomada como “formativa y como erógena” (p. 101). Frente al espejo, el sujeto-niño sufre una transformación al asumir la imagen, un *imago* que se fija en el inconsciente, el cual, al ser internalizado, podría provocar un trastorno en el sujeto si esta imagen fue investida de forma negativa (Lacan, 2009; Chemama, 1998).

Al identificarse con una imagen especular de totalidad unificada por el deseo materno, el sujeto, que aún no es independiente, toma esta imagen como propia, ya que el ideal se construye al ser mirado idealmente (Lacan, 2009). Cabe mencionar también que el *yo* tiene tres amos que busca complacer armónicamente, más no lo logra, estos son el mundo externo, el superyó y el ello (Freud, 1964), fracasando en sus intenciones puesto que las exigencias de cada uno son diversas y contradictorias, lo cual genera la angustia ante el intento de complacerlas. Los diversos aspectos que conforman al *yo* pueden verse trastornados, provocando una sensación de muerte, pasividad, ilusiones nihilistas e incluso por

problemas de diferenciación entre el *yo* y lo que no lo es (Oyebode, 2015).

En Lacan, la imagen corporal del sujeto se explica desde el modelo óptico, que da cuenta del lugar que ocupa el Otro y, además, plantea la imagen completa como distorsionada. El esquema del ramillete invertido permite visualizar que el Otro es aquel que permite la formación de una imagen virtual, lugar ocupado por la mirada de la madre en el estadio del espejo y, más adelante, en la adolescencia, ese puesto le pertenece a los pares y a la cultura misma. Asimismo, en este esquema óptico se puede ver la mirada del sujeto, que puede crear una distorsión en la construcción de la imagen con un simple movimiento (Lacan, 2015). Esta imagen se devuelve igual de distorsionada desde el espejo plano, es decir el Otro, y es cuando el sujeto se identifica con aquello que el Otro de cierta forma le otorga, determinándolo así a nivel inconsciente. Desde esta percepción del sujeto se articula una relación de lo imaginario con lo real (Amigo, 2005).

El sujeto no puede percibir su imagen real ya que se hace una idea de sí mismo gracias a la imagen virtual que obtiene del Otro y se dirige a este para saberse en el campo imaginario, encontrando a su “yo ideal” (Amigo, 2005). Abízano y Fernández (2019) explican que “el avance de lo real sobre lo imaginario” puede distorsionar la percepción de la imagen corporal (p. 128). Es a partir de esa distorsión que la relación con el Otro es transformada. El Otro se vuelve un filtro a través del cual el sujeto se constituye, es el espejo que le permite decir “soy yo”, al incorporarse lo simbólico, dando sentido a lo percibido (Lacan, 2015).

Por esta interacción con el espejo, el sujeto pasa a verse como lo vería el Otro, y esto desde la visión de la cultura, desde lo normativo. La identificación con las insignias del Otro se da por la reflexión de las palabras de su primera conexión con el lenguaje, y el aprendizaje de este, por tanto, el sujeto “aprende a acomodar [las insignias] a distancia adecuada” (Lacan 2015, p. 147). El hecho de que el cuerpo pueda ser experimentado como un objeto físico implica que tiene tanto un “valor simbólico como estético” para el sujeto (Oyebode, 2015, p. 227). Esta relación con el cuerpo deja resaltar el planteamiento de Marika Bergès, quien cues-

tiona si el cuerpo es nuestro o si hacemos uso del mismo. Ante lo cual la autora manifiesta que el cuerpo es, en realidad, “propiedad del Otro” (Bergès, p. 105). La construcción de la imagen corporal es un proceso que no se da sin problemas, porque “la ilusión de totalidad de la imagen corporal siempre corre riesgos de resquebrajarse” (Abínzano y Fernández, 2019, p. 118).

## **La anorexia y la Nada**

La anorexia nerviosa es una enfermedad desconcertante, llena de contradicciones y paradojas (Bruch, 2001). Médicamente, se caracteriza por una constante reducción de peso, fatiga, malnutrición, entre otros padecimientos físicos (Craighead et al., 2013), ya que el cuerpo deja de gastar la misma cantidad de energía en los procesos corporales vitales para así poder mantenerse con vida. Conductualmente, la anorexia se define como las acciones que causan la pérdida progresiva de peso, ya sea con un consumo calórico menor, ejercicio físico, abuso de laxantes y diuréticos, entre otras conductas (Levenkron, 2001). Empero, ninguna descripción es certera en cuanto al sufrimiento de las anoréxicas, ni explica el porqué de su comportamiento tan difícil de detener.

Bruch (2001) manifiesta que el sujeto anoréxico está confundido sobre sus verdaderas sensaciones, ya que la inanición tiene un “efecto desorganizador” en el funcionamiento general del sujeto, alterando gravemente el cuerpo e influenciando el pensamiento, las sensaciones y el comportamiento. La complejidad de este trastorno hace que la imagen corporal distorsionada en la persona con anorexia pueda ser tanto la causa como la consecuencia de lo que ocurre (Oyebode, 2015). Según las estadísticas, solo un porcentaje menor de pacientes se recuperan sin la ayuda de otros; no obstante, los números también indican que alrededor del 70% de los pacientes nunca se recuperan por completo y el 9% muere (Levenkron, 2001; Oyebode, 2015).

Desde el psicoanálisis, la anorexia puede describirse a través del objeto *nada*, lo que puede arrojar cierta luz sobre este padecimiento al diferenciar la clínica de la falta y la clínica del vacío.

En primer lugar, está la clínica de la falta, es decir, la clínica de la neurosis, la cual aborda la *nada* en tanto objeto separador. La anoréxica come *nada* y aleja la demanda asfixiante del Otro, defendiéndose del deseo, pero sin anular al sujeto (Recalcati, 2003). La *nada* rechaza y aparta al Otro, mas no lo excluye; en realidad, hace las veces de llamada, como una respuesta a la falta y a la mirada del Otro, ofreciendo su propia “cadaverización”, para así llamar al deseo del Otro a través de la propia aniquilación (Amigo, 2005, p. 137). Es un chantaje para el Otro, exigiéndole un signo de amor, una señal (Lerude, 2008).

Esta clínica de la neurosis, tal como la enuncia Recalcati (2003), permite insertar a la anorexia en la lógica histérica, al reducir la *falta* a una mera falta de alimento, en donde solo satisface “el propio deseo de la insatisfacción perpetua” (p. 24). Para Melman (1993), la demanda de alimento es considerada por una madre como un signo de amor, por esta razón, un rechazo a la comida tiene un efecto de corte, ya que el no comer es una forma de romper con el Ideal, es decir, con la madre (Grosser, 2010, p. 1). Rompimiento que el sujeto “estará condenado a repetir de forma indefinida”, lo que puede acarrear conductas como las “neurosis orales” (Lacan, 2003, p. 138). La repetición es el recuerdo del trauma psíquico y del afecto producido convertido en un problema, y afecta con la misma intensidad en el presente como lo hizo en el pasado (Freud, 1955).

En la infancia, la madre se hace objeto que puede ser devorado por el niño, como, por ejemplo, el pecho (Bergès, 2014), de tal forma que el sujeto absorbe y es absorbido (Beaumont, 2017). El amor viene del vientre (Lacan, 1973, p. 173), por lo tanto, se puede decir que la anorexia es un rechazo abierto a este lazo de amor que forma con quien nutre al sujeto, un rechazo al vínculo, e incluso a la identificación que tiene con la madre al desestimar su propia feminidad y su sexualidad. En otras palabras, se da un rompimiento de la relación primitiva que tiene el niño con la madre al dar cuenta del fantasma de la devoración al margen del deseo (Lacan, 2003; Mathelin, 2001).

Desde esta misma perspectiva, se evidencia un deseo de la madre sobre su hijo, donde puede predominar el “no me come” (p.

8), dando pie a una relación ambivalente entre el hijo y su madre (Melman, 1993). Las perturbaciones en la percepción corporal en los sujetos con anorexia sugieren una prevalencia del odio como pasión, con una directa relación del ideal del yo y del superyó en la formación de la imagen (Abínzano y Fernández, 2019), las cuales se marcan de forma ambivalente por el imago de la madre (Lacan, 2003).

La anorexia puede surgir en la estructura neurótica, en donde se posiciona como un “eje identificatorio” que le permite mostrarse al Otro (Amigo, p. 128) y, sin embargo, no es su único recurso en este juego de deseo. Por ejemplo, este podría producirse como respuesta a una situación detonante, como un trauma, que es, por lo general, un evento en la infancia (Freud, 1955). Este trauma, vivido como experiencia provocadora de angustia o dolor psíquico, puede conjugarse con un elemento o periodo específicos, adquiriendo la condición de trauma y conservándose así. Esto sucede incluso si parece una situación parcial o poco relevante, puesto que estos procesos “investidos de afecto, deseos y aspiraciones” han sido frustrados a causa de la represión (Freud, 1978).

Ahora bien, para algunos sujetos el no comer es la única forma de relacionarse con el Otro (Amigo, 2005), lo que permite el abordaje de la clínica del vacío en tanto “nuevo estatuto de goce” inconsciente, en el cual la problemática del fantasma lo desvincula del Otro (Recalcati, 2003). Esta clínica se caracteriza por su dimensión entendibles solamente desde las psicosis y por los casos considerados más graves, ya que prima el rechazo total al lazo con el Otro. En este punto ya no se habla del “deseo de nada”, sino de la “*reducción del deseo a nada*”, es decir un goce asexuado que excluye al Otro, al falo y a la castración, siendo esta una total aniquilación del ser (Beaumont, 2017; Recalcati, 2003). Por esta razón hay un avance imparable hacia la muerte, que es vivido como un apetito, un “*apetito de muerte*”, una tendencia cuya forma original se ve en el destete. (Lacan, 2003) y se manifiesta en la forma oral.

En la anorexia “grave”, tanto la relación con la comida como con la imagen corporal dan cuenta de una desvinculación afectada con el Otro, razón por la cual la clínica del vacío habla de

una repetición incesante y vacía que no se historiza, un afecto del que no se habla (Amigo, 2005). En otras palabras, un vacío que se muestra como innombrable y va mucho más allá del no comer (Recalcati, 2003). Aquí el problema no es el síntoma por causa del deseo del Otro, sino la angustia sin nombre.

Autores como Recalcati (2003) hablan de la imposibilidad de reducir la sintomatología de la anorexia a la neurosis o a la psicosis, dadas las posiciones que ocupa el sujeto. Desde la lógica histérica, el sujeto sacrifica su cuerpo como demanda de amor, y desde la lógica psicótica, este se vuelve a la nada, reduciendo a cero la tensión interna del sujeto (Freud, 1976; Recalcati, 2003). Lo único que se interpone a dicha reducción es la vida, lo que nos hace pensar en un total impulso hacia la pulsión de muerte. Se puede decir entonces que un desorden de la conducta alimentaria puede surgir en cualquier estructura clínica.

Para esta investigación el enfoque será a partir de la estructura neurótica. Desde esta perspectiva se puede describir el trastorno y su relación con el Otro a través de algunas etapas propuestas por Levenkron (2001). La primera es la de “realización”, que comienza con el deseo de adelgazar para ser aceptada por sus pares, llegando incluso a decirse que en la anorexia hay una fobia a la ganancia de peso y al aumento del tamaño del cuerpo (Craighead et al., 2013; Oyebode, 2015), por esta razón, el poder adelgazar genera sentimientos internos de éxito. La segunda etapa es la de “seguridad”. Aquí el sujeto busca llegar a un peso ideal, instalándose así la distorsión corporal en la mente del sujeto, creando un sentido de identidad en esta meta ideal. De esta forma, la persona se siente bajo control mientras que sigue perdiendo peso.

Es así como el trastorno puede leerse como un intento de enunciar, un camino a la palabra, un gesto dirigido al otro. Puesto que el sujeto anoréxico, por lo general amable, complaciente y obediente en la infancia, crece en un ambiente íntimo donde algunos de sus familiares más cercanos pueden ser casi tiránicos. Por lo tanto, la tercera etapa es la “asertividad”, ya que ahora su comportamiento es desafiante en defensa de su conducta alimentaria, ya que volver a comer normalmente implicaría perder esta nueva identidad. Finalmente, la cuarta etapa es la “pseudo-iden-

tividad”, en la que la anoréxica hace “una declaración de guerra” a su entorno y otras mujeres con las que compete por el control y la reacción en el otro.

En la anorexia se puede ver cómo el entorno, e incluso el estatus socioeconómico influye en el desarrollo de este trastorno, sobre todo al habitar en una cultura que impulsa la delgadez como símbolo aceptado de belleza. La cultura en tanto *superyó* es crucial para comprender la construcción de la imagen corporal, así como su autodestrucción (Lacan, 1981, p.161). Freud (1961) introduce el término *superyó* como una instancia que asegura el goce del ideal con el cual se mide al yo (Abíznano y Fernández, 2019). Esta instancia se forma en un inicio por la influencia de los padres desde la advertencia y la prohibición, siendo más riguroso su imperio en tanto “conciencia moral” y como un sentimiento de culpa a nivel inconsciente sobre el yo. Esto dependiendo de cuán intensa, rigurosa y rápida haya sido la represión (Freud, 1961, p. 36). Sobre esto, Amigo (2005) habla de la significación del padre y el banquete totémico, puesto que la prohibición del incesto es dada al sujeto por la boca y la ley ingresa como comida a modo de ritual, como un pacto solemne que implica un nuevo límite para el goce. Por esta razón, se puede decir que la persona anoréxica se rehúsa a comer, rechazando una alimentación con reglas. Ya que la comida, el banquete, el acto de comer también tiene pausas y escansiones para hablar y comer; para hablar y mirar.

Hoy en día el entorno inunda los sentidos con mensajes que impulsan a la persecución de aquello que es considerado bello por las reglas de la sociedad sobre la comida, el físico, la moda, el cuerpo. Oyebode (2015) explica que muchas de las experiencias distorsionadas en el cuerpo son a causa de una consciencia incrementada de un “aspecto objetivado del cuerpo” (p. 189). Ahora bien, es importante acotar que la distorsión de la imagen corporal puede darse independientemente de la aprobación o disgusto con el cuerpo, puesto que esta podría remontarse a formaciones inconscientes anteriores a las conductas de abstinencia que experimenta en el momento presente (Oyebode, 2015).

## El duelo de la adolescencia

La adolescencia y la adultez temprana son los años de mayor vulnerabilidad para el apareamiento de la anorexia, es decir, la etapa comprendida entre los 11 y los 22 años de edad, especialmente para aquellos entre los 14 y 18 años (Craighead et al., 2013; Levenkron, 2001, Recalcati, 2003). Sin embargo, este no es un rango rígido. En primer lugar, porque esta etapa del desarrollo no es fija para el sujeto y en segundo lugar porque este trastorno puede surgir como consecuencia de un evento estresante que rompa con la rutina y altere las percepciones del sujeto (Garibaldi, 2014), proceso que despertará traumas infantiles que no solo se remontarán al conflicto edípico, sino también a la identificación primaria que se dio en el estadio del espejo antes de los 18 meses de edad.

La adolescencia es un momento de desorganización y reorganización (Flechner, 2007), proceso en el que pueden describirse tres momentos que Álvaro Nin conjuga con los tres momentos de duelo descritos por Freud (1984). En primer lugar, la pubertad inicia con los cambios corporales, es decir, la renuncia al cuerpo infantil y la pérdida de los padres infantiles. En esta etapa lo que sobresale es la pérdida del objeto, pues el cuerpo se vuelve extraño y ajeno, dando pie a un “desajuste del esquema corporal” (Nin, 2004). En segundo lugar, en la adolescencia, el duelo involucra también las identificaciones y el alto valor dado a la amistad, lo cual le pone a salvo de “las vivencias de vacío” (p. 157) tan intensas en esta etapa. En tercer lugar, se podría hablar de un retorno al objeto, en donde el adolescente se define más, sobre todo, en relación a lo sexual y se formaliza en otros aspectos del desarrollo y de la vida (Nin, 2004). De esta forma, la percepción de su imagen corporal se mantiene en movimiento, pues el sujeto está rodeado de forma permanente por las imágenes corporales de los otros (Oyebode, 2015). Esto será transformado por el sujeto, convirtiéndose en una nueva identificación y los otros idealizados operan como una metáfora de aquello que fueron los objetos primordiales significativos del sujeto (Garibaldi, 2014). La búsqueda de nuevos objetos significativos idealizados por un sujeto moviliza sus defensas, y se pone en

juego de diversas formas, como en la proyección, la omnipotencia, la escisión o la negación (Nin, 2004, p. 155). Negación manifestada en la anorexia como la negación de sí misma, del Otro y, finalmente, la negación de la vida.

La adolescencia puede experimentarse como un tiempo de crisis, siendo la crisis entendida como un “punto decisivo” y de vital importancia del estado de las cosas (Douglas Harper, 2001-2020), es decir, un punto clave si la evolución va a la vida o a la muerte, donde se decide el porvenir del sujeto, y en donde todo lo que se conocía en la infancia es puesto en juego. Lerude (2007) plantea que la adolescencia implica la manifestación de una depresión a causa del vaciamiento del Otro en tanto “figura colmada” (p. 728). Como crisis, entonces, la adolescencia es un momento en donde se da un anudamiento entre el narcisismo junto con la vergüenza y la fragilidad de la autoestima del sujeto, surgida de la “nueva dimensión corporal”, dando paso al conflicto sexual (Nin, 2004). Por esta razón el sujeto siente una “necesidad del amparo” de un otro durante la adolescencia a causa de la vulnerabilidad que sufre (Garibaldi, 2014).

Dentro de la perspectiva de la adolescencia como un duelo, es importante reconocer que se dan una serie de pérdidas, siendo esta una etapa en donde la joven vive una desorganización en su “sentimiento de identidad” que permite, además, la reconstitución de mecanismos defensivos (Flechner, 2007; Nin, 2004). En la adolescencia se busca que el otro parental reconozca al sujeto, que lo mire y lo escuche (Flechner, 2007). Es por eso que, cuando el sentido de identidad de un infante no se ha formado de la manera adecuada y no tiene a donde ir emocionalmente, su atención se dirige a los estándares de aceptación y pertenencia que la sociedad arroja, en especial a niñas y mujeres a través de los ideales de belleza (DW Documental, 2019). Una persona con predisposición a la anorexia, caerá rendida al mensaje de la sociedad que la condenará (Levenkron, 2001), ya que su subjetividad se constituye en el campo del Otro, “dentro de una cultura, en un determinado orden simbólico, haciendo lazo social” (Garibaldi, 2014, p. 214), lo que implica el ingreso a un mundo ajeno y peligroso como lo es el mundo de los adultos (Nin, 2004).

Bergès-Bouines (2014) afirma que en la adolescencia se puede observar que hay una pérdida de energía, una “caída fálica depresiva” en la que el adolescente se decepciona a sí mismo, por lo que se relega y margina (p. 101). Específicamente en el caso de la anorexia, la joven usará su cuerpo para “expresar su necesidad de perfeccionismo” (Levenkron, 2001, p. 22), el cual se erige como la solución para acabar con los problemas que la dominan.

En la anorexia, el ideal del yo se constituye como una forma de recuperar la satisfacción perdida (Abízano y Fernández, 2019). El goce del sufrimiento toma tendencias sádicas que se han volcado al sujeto mismo, manteniéndolo fuera del juego erótico a causa de la pérdida de sus atributos femeninos en su cadaverización, a la vez que sostiene el deseo del Otro en su muerte (Amigo, 2005). Lacan (1981) plantea el ideal como una defensa que nunca se alcanza, pero que, sin embargo, prolonga la satisfacción de completitud del sujeto, colocándolo en una situación de relativa indefinición y de fragmentación (Nin, 2004).

## **El adolescente fragmentado y la maduración del yo**

La visión de la adolescencia como un proceso que desencadena una nueva fragmentación en el sujeto, dirige nuevamente la atención a lo dicho por Lacan (2009) acerca del estadio del espejo. La constitución de la imagen corporal no es estable a causa de las diferentes identificaciones que suceden posteriormente al encuentro en el espejo, creando así un espacio de “*yoes fenomenológicos*” que forma una especie de “cebolla” de la cual el sujeto percibe tan solo una parte de auto-imágenes, que dependen de varios factores (Oyebode, 2015, p. 189).

Nasio (2010), en su texto *¿Cómo actuar con un adolescente difícil?*, retoma estos aportes lacanianos sobre el espejo, pero desde una observación hecha a la adolescencia como un proceso transformador que da una nueva mirada y una nueva identificación, el Otro ahora se encuentra vaciado pues los padres pierden su fiabilidad para ocupar ese espacio (Lerude, 2008). A diferencia de las demás identificaciones que constituyeron ese espacio fe-

nomenológico, la adolescencia se muestra como una etapa de encuentro que marca un nuevo inicio, como en su momento lo hizo el estadio del espejo, solo que en este caso es con el fin de alcanzar de su *yo* (Nasio, 2010); es momento en el cual el sujeto tiene muchas “fantasías todopoderosas idealizadas” (Flechner, 2007, p. 201). Ahora bien, la contradicción que encuentra el sujeto va más allá de un cuerpo limitado en lo motriz, sino que se da entre su cuerpo en desarrollo puberal y los autojuicios severos a los que se somete a sí mismo. Es decir, el conflicto se halla entre “su cuerpo desbordante de deseo y su superyó que lo condena” (Nasio, 2010, p. 128). Es así que, en reemplazo de la expresión de júbilo en el bebé, el adolescente se “histerizará” buscando canalizar esa pulsión, sea al amor por sí mismo desmedido, o al autodesprecio profundo (Nasio, 2010), marcando sin duda una ruta posible para el desarrollo de un trastorno alimenticio.

Cuando el infante se encuentra con su imagen en el espejo, es la *pregnancia* la que permite entonces que el sujeto diga “yo”, siendo algo de orden en medio de su desorden interior. De esta manera el sujeto se transforma por la imagen y también por una “identidad alienante” que sirve de armadura y de estructura que marca su desarrollo mental, es decir, la constitución de un *yo* (Lacan 2009, p. 103). Dicha transformación ocasiona que tanto el alienarse como el separarse de aquella imagen tenga sus consecuencias (Restrepo, s.f.). Al conectar esta etapa infantil con la adolescencia, se coloca nuevamente al sujeto en un estado de prematuración, en donde se altera la relación entre el interior y el exterior establecida en el estadio del espejo. De esta forma, se revive aquella “discordancia primordial” a causa del encuentro con este nuevo cuerpo en desarrollo, que es ajeno para la adolescente, y nuevamente surge el nombrado “inacabamiento” mencionado por Lacan (2009, p. 102). Sin embargo, ya no es a causa del propio desvalimiento del hombre naciente, sino por la incompatibilidad que sufre el sujeto al perseguir la maduración de su *yo*. Entonces, una vez más frente al espejo, el sujeto busca ir de la “insuficiencia a la anticipación” (p. 102), identificándose de forma ilusoria con la imagen que allí encuentra con la *venia del Otro*.

## Discusión

La relación que existe entre el Ideal y el yo puede dar paso a ciertas dificultades a nivel de la percepción, provocando afectos como la depresión o la melancolía, donde el ideal del yo despliega su condena con sentimientos de insignificancia y autodenigración, siendo este el punto de vista desde el cual el sujeto se ve como lo mira el otro. Esa mirada del Otro convierte ese punto de medición en un Ideal que se forma mentalmente en cada persona a medida que se desarrolla como sujeto, y se relaciona con el Otro y los otros. La formación de la identidad del sujeto está directamente relacionada con la interacción con sus padres o figuras de amor y cuidado primarios, por tanto, la manera en que el otro/Otro ve al sujeto se convierte en la verdad del niño. Esa verdad con la que el sujeto crece es uno de los pilares de la formación de la identificación del sujeto, y puede contribuir en la transformación del sujeto al ser desde la base de la imagen corporal. Es a partir de la identificación con el adulto que el niño sabe quién es él. En la anorexia, esta imagen se distorsiona e influencia las creencias, expectativas o juicios del sujeto, lo cual revive traumas pasados, impulsando a la persona a buscar el regreso a la satisfacción de la que gozó en algún momento.

Las alteraciones en la conducta alimentaria podrían representar una transmisión en la familia, una predisposición surgida y compartida por la boca, a través de palabras. Aquellas que al ser pronunciadas otorgan vida o muerte, palabras que son del Otro pero que pasan por el sujeto de la misma forma que lo hace la comida, en un cuerpo que no es solo imagen, sino que está atravesado por la voz del Otro. Estas distorsiones afectan la conducta del sujeto y eso provee información de sí mismo, de su relación con el Otro y con su entorno, lo que implica un juego en donde el Otro mira y el sujeto se muestra. Es así que la anorexia cumple la misma función que un tatuaje o un corte en la piel durante la adolescencia, ya que estas son formas de mostrarse ante la mirada del Otro/otro. Sin embargo, dichas acciones hacen surgir una dualidad entre mostrarse y ocultarse, haciendo alusión a aquella entre amor y odio.

Desde el primer día del infante, la mirada de la madre y su palabra son una imagen de la que el sujeto se apropia en anticipación a la formación de su *yo*, ya que esa hipótesis que le arroja el Otro es lo que hace que el niño responda. Esta es la alienación inicial que se ve claramente en el estadio del espejo de Lacan, donde el sujeto se muestra dependiente del deseo del Otro, puesto que el sujeto estructura su imagen tomando las palabras que el Otro le confiere. Es así que, el rehusarse a comer, puede ser descrito como un rechazo a la alienación del Otro, a la madre; sin embargo, el infante no deja de depender de esa figura. Por tanto, en la adolescencia, el recuerdo del conflicto edípico en unión con un estadio del espejo revivido a causa de la pubertad, da pie a que se manifiesten nuevas dificultades, llegando a la adultez en forma de neurosis. Esto, sumado a complicaciones sociales o psicológicas que pueda vivir el sujeto, podría relacionarse con una pérdida de peso fuera de control.

En la anorexia, el no comer genera un rompimiento con los padres en tanto gran Otro, ya que el deseo de ellos ya no es el del sujeto. La madre, en especial, al ser la representación del ideal femenino con el que alguna vez se identificó la niña en el complejo de Edipo, es rechazada por medio del ayuno voluntario al que se somete el sujeto. Esa fuente de identificación, que en su momento la unificó en el espejo, ahora, en la adolescencia, es colocada detrás de un límite, una barrera que defiende incluso de forma agresiva. Ahora, la mirada de la anoréxica se posa en el gran Otro, en un nuevo ideal que la perfeccione cuando haga suyo el deseo de aquel (el Otro). El sentido de identidad que ha formado a través de la anorexia la mantiene perdiendo peso ante la mirada imperativa del Otro que le lleva a alcanzar ese ideal.

La adolescencia es la etapa vital del abordaje de la presente investigación, dada la desorganización que trae para el sujeto el hecho de llegar a la pubertad, a causa de los cambios impactantes propios de esa edad. Esta transición se convierte en una pérdida, un duelo para el adolescente, quien debe adaptarse a una nueva imagen y a un nuevo modelo que le ayude a reafirmarse de forma autónoma, a través de la búsqueda de nuevos objetos significativos. Todo este proceso, natural en la vida del sujeto, se puede ver

influenciado por el ideal que se ha formado en la joven anoréxica, ya que este ideal se plantea como una defensa que coloca a la adolescente en una situación de relativa fragmentación, tal como lo plantean Nasio (2010) y Nin (2004). El sujeto, una vez más prematurizado, busca, ya no la formación de su *yo*, sino la maduración de este a través de un espejo adulto o de pares. En palabras de Nasio, una maduración garantizada por la mirada del gran Otro que lo unifique nuevamente, un Otro que antes era materno y ahora es un Otro social.

Es a causa de lo mencionado que la adolescencia se describe como un punto crítico que marca la existencia del sujeto, la cual se pone en juego mientras la balanza se debate entre la vida y la muerte. De esta forma, el proceso de separación de los padres en tanto gran Otro, además del conflicto por los cambios y procesos propios de la pubertad, pueden llevar a que el sujeto encuentre soluciones poco realistas que provocan síntomas y desórdenes.

El adelgazamiento extremo plantea muchas hipótesis que permiten el cuestionamiento del sujeto desde su llegada al mundo y su interacción con su figura de cuidado, cuando su grito fue calmado con un pecho y con una palabra. La imagen del cuerpo ideal y lo que ello implica, representan la mirada del Otro que confronta al sujeto en su día a día en el espejo y en la pantalla. La delgadez de ensueño y el cuerpo atlético son ideales de perfección a la que se aspira para estar *in*, como dicen algunos. Es que ahora lo *in* es estar en forma, en forma para todo, pero ¿en forma de qué? El ideal de la belleza intenta revocar la muerte como límite a la vida en lo real, colocando al sujeto en una eterna persecución por la juventud y lo bello. El cuerpo es ubicado netamente como un objeto con el que se busca separar, llamar, ser, e incluso romper todo vínculo por el módico precio de la propia muerte.

## **Alcances y conclusiones**

A través de este trabajo se realizó una revisión bibliográfica y se analizó la constitución de la imagen corporal a través de la teoría psicoanalítica y su deformación en la anorexia, lo que permite

concluir que este trastorno puede ser una consecuencia de una nueva identificación subjetiva en aquellos casos comparables con la estructura neurótica, fruto del re-surgimiento de un estadio del espejo en la adolescencia.

La adolescente, al encontrarse una vez más con una prematuración, busca un nuevo ideal que la unifique, que puede llegar a ser un ideal que la empuje a la anorexia. La distorsión en la imagen corporal da cuenta de la relación afectada del sujeto con el Otro y se revela a través del cuerpo.

Esta investigación aborda como tema principal la formación de la imagen corporal y su deformación en la anorexia, esbozando de forma secundaria la complejidad de dicha condición en un marco psicoanalítico. Por lo tanto, es necesario que se realicen futuras investigaciones para explorar la imagen corporal desde una mirada centrada en la estructura psicótica o como una clínica de borde.

## Referencias

- Abínzano, R. y Fernández, L. (2019). El cuerpo y sus vicisitudes en la anorexia mental: entre el odio y el superyó. *Desde el Jardín de Freud* 19, 117-130. 10.15446/djf.n19.76701
- Amigo, S. (2005). *Clínica de los fracasos del fantasma* (2da. Ed.). Homo Sapiens Ediciones.
- Beaumont, J. (2017). *Anorexie quant au mental. L'affemée: études sur l'anorexie*. Journées ALI.
- Bergès-Bouines, M. (2011). *Le corps, porte-parole de l'enfant et de l'adolescent*. ERES. 35-42. Para este trabajo se ha utilizado la versión traducida de Pinos, V. (2020). *Cuerpo de la madre, cuerpo del niño*. <https://evaposgrado.puce.edu.ec/mod/resource/view.php?id=17224&redirect=1>

- Bergès-Bounes, M. (2014). Anudamiento cuerpo-lenguaje. *Clínica psicoanalítica con niños. a.b.c.. diario Freud↔Lacan*
- Bruch, H. (2001). *The Golden cage: the enigma of anorexia nervosa*. Harvard University Press.
- Chemama, R. (1998). *Diccionario del psicoanálisis*. Amorrortu editores S. A. Craighead, E., Miklowitz, D. y Craighead, L. (Ed). (2013). *Psychopathology* (2nd ed.). John Wiley & Sons, Inc.
- Douglas Harper (2001-2020). *Online Etymology Dictionary*. <https://www.etymonline.com/search?q=crisis>
- DW Documental (2019). *Ideales de belleza en las redes sociales*. YouTube. [https://www.youtube.com/watch?v=HfsMnKVfspY&ab\\_channel=DWDocumental](https://www.youtube.com/watch?v=HfsMnKVfspY&ab_channel=DWDocumental)
- Fernández, A. (2015). Historia de la anorexia nerviosa. *MoleQla*, 20, 15-17.
- Flechner, S. (2007). Simbolización en la adolescencia: la dificultad de devenir adulto. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. 104, 201-219. <https://www.apuruguay.org/apurevista/2000/16887247200710411.pdf>
- Freud, S. (1955). Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud). *Obras completas, Volumen II* (2a ed.). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1978). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras completas, Volumen VII*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1988). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I). *Obras completas, Volumen XI* (2a. ed.). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1984). Duelo y melancolía. *Obras completas, Volumen XIV* (2a. ed.). Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1976). Más allá del principio del placer. *Obras completas, Volumen XVIII* (2a. ed.). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1961). El yo y el ello. *Obras completas, Volumen XIX* (2a. ed.). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1961). El sepultamiento del complejo de Edipo. *Obras completas, Volumen XIX* (2a. ed.). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1964). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. *Obras completas, Volumen XXII* (2a. ed.). Amorrortu Editores.
- Garibaldi, A. (2014). Adolescencia: duelo, crisis o prematuración. Una revisión del concepto, a la luz de la enseñanza de Lacan. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires.
- Grosser, K. (2010). Anorexia: un conflicto entre la niña y la adolescente. *Actualidades Investigativas en Educación*, 10 (2), 1-17. <http://revista.inie.ucr.ac.cr>
- Lacan, J. (2008). *El seminario de Jacques Lacan: libro 4: La relación con el objeto*. Editorial Paidós SAICF.
- Lacan, J. (2015). *El seminario de Jacques Lacan: libro 6: El deseo y su interpretación*. Editorial Paidós SAICF.
- Lacan, J. (2003). *El seminario de Jacques Lacan: libro 8: La transferencia*. Editorial Paidós SAICF.
- Lacan, J. (2009). *Escritos 1* (3ra ed.). Siglo XXI Editores.

- Lacan, J. (1973). *Le séminaire de Jacques Lacan: livre XI: Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse* [El seminario de Jacques Lacan: Libro 11]. Éditions du seuil.
- Lacan, J. (1981). *Le séminaire de Jacques Lacan: libro 1:Escritos técnicos de Freud*. Editorial Paidós SAICF
- Lacan, J. (2003). *La familia* (5ta ed.). Editorial Argonauta.
- Lerude, M. (2008). *La cuestión de la adolescencia. Trayectoria: 20 años de transferencia con la Asociación Lacaniana Internacional* [Naranjo, G. compilador]. Rayuela.
- Levenkron, S. (2001). *Anatomy of anorexia*. W. W. Norton Company
- Lock, J. y Kirz, N. (2013). Anorexia nervosa. In Craighead, D. Miklowitz y L. Craighead (Eds.). *Psychopathology* (pp. 482-510). John Wiley & Sons.
- Melman, C., Lacote, P. Sainte Fare Garnot, D y Salama, S. (1993). *La oralidad*. Homosapiens
- Nasio, J. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Editorial Paidós SAICF
- Nasio, J. (2010). *¿Cómo actuar con un adolescente difícil?* Editorial Paidós SAICF
- Nasio, J. (2010b). *El Edipo: el concepto crucial del psicoanálisis*. Editorial Paidós SAICF
- Nin, A. (2004). Algunas peculiaridades en el tratamiento psicoanalítico de pacientes adolescentes. *Revista Uruguay de Psicoanálisis*. 99, 153-168. <https://evaposgrado.puce.edu.ec/>
- Oyebode, F. (2015). *Sims' symptoms in the mind* (4ta ed.). Saunders Elsevier Ltd. Raevuori, A., Hoek, HW., Susser, E., Kaprio, J., Rissanen A. y Keski-Rahkonen, A.

(2009) Epidemiology of Anorexia Nervosa in Men: A Nationwide Study of Finnish Twins. *PLoS ONE* 4(2). <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0004402>

Recalcati, M. (2003). *Clínica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis*. Síntesis S.A

Restrepo, C. (s.f). *Boletín-29 a-ritmo propio: El cuerpo imaginario*. Nueva Escuela Lacaniana. <http://www.nel-amp.org/index.php?file=Carteles/Boletin-de-carteles/029/Productos-de-carteles/El-cuerpo-imaginario.html>

Schust, J. (2002). De la mirada y el espejo: reflexiones sobre la anorexia. *Fepal- XXIV Congreso de psicoanálisis "Permanencias y cambios en la experiencia psicoanalítica"*. 1-9.

[http://www.fepal.org/images/congreso2002/adultos/schust\\_j\\_anorexia.pdf](http://www.fepal.org/images/congreso2002/adultos/schust_j_anorexia.pdf)

# **EL PASAJE DEL SÍNTOMA SOCIAL AL SÍNTOMA PARTICULAR DESDE LA NO- RELACIÓN SEXUAL UNA APROXIMACIÓN A LA CLÍNICA DE LA ADOLESCENCIA**

DENNIS ROBERTO LOGROÑO SARMIENTO

## **Introducción**

La adolescencia trae consigo un pasaje de sentido que busca ser escuchado. Los caminos para que dicho sentido pueda ser alojado en una escucha son múltiples, pero pueden enfrentarse a la dificultad de ser banalizados o desdeñados por quienes consideren una cuestión menor el decir adolescente. Precisamente, el presente texto buscará señalar cómo ha sido apreciada desde lo social la adolescencia para luego producir un viraje hacia una lectura particular a partir de la óptica del Psicoanálisis lacaniano. Esto por cuanto se buscará resaltar más bien el valor y la importancia que el discurso adolescente guarda, especialmente cuando en él subyace un padecimiento que no es evidente de inmediato. En efecto, la clínica invita al acercamiento hacia el sufrimiento en demasía y el considerar las particularidades que la adolescencia trae para ello es siempre fuente de interrogación sobre las variantes que allí se suscitan en la dirección de la cura.

La clínica psicoanalítica se ha interesado por la adolescencia desde una diversidad de aristas que, sin embargo, se encuentran con el obstáculo de cómo ubicarla para propiciar un abordaje. Si se parte de la consideración de que la clínica psicoanalítica es la clínica del sujeto, ¿cómo pensar en una especificidad de una clínica de la adolescencia que remita a una formalización estructural invariante y no a cuestiones fundamentalmente evolutivas, biológicas o fenomenológicas que puedan ser difusas? Este texto pretende brindar algunas luces al respecto que permitan orientar una posi-

ble aproximación a la clínica de la adolescencia y parta de una formalización estructural desde la referencia a la no-relación sexual y a la primacía del significante.

En tal medida, el considerar a la adolescencia como significante posibilita que se aloje una multiplicidad de efectos de sentido atados a las posibilidades de co-variación que se generan en una red particular de significantes que configuran a un determinado sujeto. De esa forma, “adolescencia” se constituirá como un significante que invita a un desciframiento de sentido que no es evidente de inmediato de manera aislada. Es a través del decir de un hablante, identificado como “adolescente”, que se podrá discernir el sentido que aquel significante guarda y su incidencia en un padecimiento a revelarse. Por ello, recurrir a una explicación unívoca de lo que significa la adolescencia para distintos hablantes impide asir los sentidos particulares que se generan en torno a aquel significante.

Sin embargo, aquella consideración se ve enfrentada a las imposiciones e ideales sostenidos por el discurso social reinante acerca de la adolescencia. Así, se construye desde el Otro social una universalización y una homogeneización de la adolescencia donde se la aprecia incluso como disruptiva. Aquello generaría una cristalización de sentido, sin el recurso a la equívocidad significativa, donde la adolescencia sería relegada al lugar de síntoma social. Esto implicaría una consideración residual para con los adolescentes, al encontrarse en una posición de fuerza laboral de reserva que no puede responder ante las exigencias de producción y consumo provenientes del discurso capitalista. Pese a esto, aquello que fue rechazado y reprimido buscará un retorno que dé cuenta de las posiciones particulares silenciadas por el discurso universalizante, valiéndose de la adolescencia para ello.

Es aquel retorno el que podrá ser escuchado en el direccionamiento de la palabra de un adolescente hacia un otro que pueda escuchar su padecimiento. Aquí es donde el analista puede operar en la clínica para que el síntoma social, cargado de una significación universal, se diversifique en las múltiples posibilidades en las que puede constituirse un síntoma particular. El reposicionamiento con respecto al Otro, a través del reconocimiento de su vaciamiento y su barradura, propiciada por la confrontación con la no-rela-

ción sexual, permitirá aprehender las respuestas formuladas por el adolescente a nivel de síntoma frente a aquella imposibilidad. En suma, es así como un sujeto podrá encontrar un lugar posible en el campo del Otro, así como dar respuesta frente a la castración.

En el presente trabajo, al tratarse de un desarrollo teórico, el recorrido propuesto es desplegado a través de un análisis bibliográfico y descriptivo, desde los planteamientos del Psicoanálisis lacaniano en torno a la adolescencia a partir de los conceptos de significante, síntoma, síntoma social y no-relación sexual. Tras situar dichos conceptos, serán interrelacionados entre sí para ofrecer algunas respuestas a las interrogantes planteadas en este trabajo. Este acercamiento metodológico responde a un diseño de investigación cualitativa en Psicología Clínica propuesto desde una teoría fundamentada –el Psicoanálisis lacaniano–, cuyo planteamiento base sostiene que las proposiciones teóricas surgen de la información recolectada en la investigación a través de su interrelación (Nóblega, Vera, Gutiérrez, y Otiniano, 2020).

En tal virtud, la metodología seguida opera como un modo de lectura planteada desde el Psicoanálisis lacaniano donde la investigación no es sin el recurso a la clínica. De este modo, se propone una articulación conceptual con el trabajo clínico en donde la dimensión metodológica permite entender clínicamente un fenómeno. Así, se puede pensar en la clínica a partir de conceptos operantes (Klimovsky, 2012). Por ello, al recurrir a la clínica psicoanalítica planteada desde la lectura de Lacan, el presente trabajo siguió la óptica de la primacía del significante para hacer un análisis desde la estructura simbólica. Dicho acercamiento implicó el seguir una línea teórica de autores que permitiesen una aprehensión de la lógica significativa en la lectura de Lacan de la adolescencia. Así, no se optó por considerar autores que se acercasen a la adolescencia desde otras perspectivas como las netamente biológicas o sociales, así como desde otras propuestas psicoanalíticas que no considerasen la lógica significativa. Asimismo, se optó por trabajar con textos de autores ecuatorianos, así como con textos de autores extranjeros producidos en Ecuador, para poder situar algunas de las particularidades del contexto cultural local en el desarrollo teórico del trabajo.

## La adolescencia en tanto significante

Desde la clínica psicoanalítica concebida a partir de la enseñanza y la lectura planteada por Jacques Lacan, ¿qué lugar se le puede dar a la adolescencia?

Este interrogante puede ser planteado partiendo de la consideración que “adolescencia” no es un término propio del Psicoanálisis. No obstante, se trata de un significante que hace parte del discurso social y es enunciado por los hablantes en un sinnúmero de formas.

En efecto, en la clínica se puede llegar a la interpelación por quienes son considerados como “adolescentes” o quienes hacen referencia a su “adolescencia”. Con ello, se puede plantear un pasaje del sustantivo en tanto remite a su uso en el orden cotidiano hacia la identificación con un significante que permita a un hablante ubicarse como adolescente dentro del discurso.

Se puede ubicar de esta manera dos aspectos a ser problematizados en dicho interrogante. Por un lado, el primero de ellos es la pregunta sobre qué elementos son susceptibles de ser alojados dentro de esta clínica y, por otro, el segundo de ellos es acerca de cómo la adolescencia puede devenir un elemento tal. Así, un trabajo de nominación podría permitir ubicar las cualidades que harían que ese elemento, la “adolescencia”, devenga un significante al cual aproximarse desde el Psicoanálisis.

Una vía posible que se puede plantear para abordar esta interrogación es la de trabajar la clínica psicoanalítica lacaniana en tanto “clínica del significante”. En esa medida, la vía posible de alojamiento dentro de esta clínica a un elemento tal como la “adolescencia”, elemento susceptible de una diversidad de abordajes según la óptica por la cual se la quiera analizar, es a través de considerarla como un significante, entendido como un operador clínico. Se buscará así dar respuesta a la pregunta: ¿cuál es el lugar del significante “adolescencia” en la clínica psicoanalítica?

Para poder desplegar un incipiente desarrollo de esta interrogación, es pertinente desbrozar las nociones de adolescencia, clínica y significante.

## “Adolescencia”

El vocablo “adolescencia” (sustantivo que proviene del latín *adolescere*, “madurar”) puede ser analizado, abordado y descrito desde una diversidad de aristas.

Desde la perspectiva evolucionista, se suele definir a la adolescencia como una suerte de etapa de transición que se da en el desarrollo que sucede entre la niñez y la adultez (a la que usualmente se espera acceder tras cruzar el límite arbitrario de la “mayoría de edad”). Sin embargo, este abordaje conceptual, al estar mayoritariamente basado en consideraciones de desarrollo fisiológico, se superpone con el de pubertad entendida como etapa de alcance de la madurez sexual en el cuerpo humano. Para superar este impase, algunos teóricos de la adolescencia señalan que este desarrollo es tanto “físico” (entendido como biológico) como “psicológico” y “social”.

Es justamente desde la psicología que la adolescencia fue “descubierta” e “inventada”, como lo plantea el historiador Joseph Kett (1993), en un rastreo histórico del surgimiento de dicho término, en un abordaje que fue desde la apreciación de esta como un fenómeno a ser descrito hasta su formulación como concepto. De acuerdo con Kett, fue el psicólogo norteamericano G. Stanley Hall quien fundó el campo de la “psicología del adolescente” con la publicación de su obra de dos tomos *Adolescence* (1904), donde concibe a la adolescencia como una etapa donde la maduración sexual (pubertad) se ve confrontada con las prohibiciones sociales en el pasaje de la niñez a la adultez. Sin embargo, Kett subraya que el abordaje inaugural de Hall sobre la adolescencia estaba salpicado de consideraciones normativas sobre cómo debería ser un adolescente, intención que se sabe propia de aquella Psicología de tonalidad hegemónica, es decir, aquella del constante ensalzamiento de ideales cuasi inalcanzables y de la patologización de cualquier desviación de esa supuesta norma (1993).

Frank A. Fasick (1994), psicólogo norteamericano, afirma que esta invención de la adolescencia se debió a factores asociados al apogeo de la transformación tecnológica en el desarrollo de las sociedades urbano-industriales. Fasick también agrega que los cambios estructurales de la sociedad relacionados a estos factores

incluyen: el auge del sistema de familias pequeñas biológicamente estables; el incremento poblacional; la migración de los adolescentes de la fuerza laboral a la escolaridad; la dependencia de los adolescentes en sus padres; el crecimiento de estrategias comerciales dirigidas hacia adolescentes; la diversificación de las profesiones y ocupaciones; y la creciente urbanización (1994). Esta serie de factores habían comenzado a gestarse desde mediados del siglo XIX, pero la categoría de adolescencia como diferenciada de la niñez y de la adultez no fue claramente enunciada sino hasta principios del siglo XX.

El sociólogo y antropólogo David Le Breton (2014) señala que la adolescencia es un concepto propio de occidente, que emergió lentamente en las sociedades industrializadas. Así, el concepto inaugurado por Hall se fue diseminando en occidente a medida que sus sociedades se industrializaban y requerían darles un lugar a aquellas personas que no se ubicaban como niños ni adultos. Si bien este proceso empezó a principios del siglo XX, especialmente en Norteamérica y Europa, las diferentes sociedades no adoptarían el concepto de adolescencia de manera casi totalmente difundida sino hasta mediados del siglo XX debido a los diferentes periodos de tiempos que las sociedades requirieron para industrializarse, como en el caso de Latinoamérica que fue algo más tardío.

En este sentido, es posible plantear que, si bien la pubertad no es equivalente con la adolescencia, el periodo etario en donde se desarrollaba la primera se ubicó como correspondiente con la segunda. Sin embargo, Le Breton (2014) rescata la distinción entre los conceptos de pubertad, adolescencia y juventud para señalar que los abordajes de estos corresponden respectivamente a la Medicina (organismo), Psicología (psiquismo) y sociología (lazo social), respectivamente. Entonces, resta la pregunta: ¿dónde figura aquí el Psicoanálisis?

## **Clínica psicoanalítica**

Siguiendo a Alfredo Eidelsztein (2019), se puede concebir que la clínica psicoanalítica difiere de la médica al haberla relevado en

su función clásica como depositaria de las demandas por sufrimiento o dolor, o al menos había descartado todas aquellas que no remitiesen al organismo. De este modo, Eidelsztein plantea, retomando a Lacan, que “la práctica analítica [...] se localiza en la intersección de la estructura del significante y el cuerpo” (2019, p. 46), alojando así el cuerpo del hablante y su sufrimiento, su verdad subjetiva, a través de su decir. Este cambio en la manera en que el malestar en la cultura vino a ser alojado se produjo debido a la mutación del lugar que tenía la figura del médico en la modernidad. Lo explica así Eidelsztein:

Es entonces el psicoanalista quien ha advenido como figura social debido a que se desempeña como el relevo de una función que el médico ha dejado de cumplir. El psicoanalista es la única oferta moderna, racional y particularizada de recepción del sufrimiento subjetivo con estructura de verdad y más allá de un trastorno de los tejidos o células. (2019, pp. 48-49)

De este modo, podemos apreciar entonces que la práctica clínica trasciende la mera dimensión del organismo, por cuanto aquello no permite una implicación subjetiva, algo asequible a través del decir de un hablante, un decir que es tanto propio como extraño, pues se precipita desde el Otro hasta fundar al sujeto. Tal como lo dice Lacan: “Por lo demás, ¿qué es la curación? La realización del sujeto por una palabra que viene de otra parte y lo atraviesa.” (2008, p. 348).

Para poder sostener esta clínica, Lacan recurre a una formalización estructural que le permite abordar la textura del discurso de un hablante en sufrimiento con su planteamiento del inconsciente estructurado como un lenguaje. ¿Y cómo es esa estructura? Lacan la plantea del siguiente modo:

La noción de estructura merece de por sí que le prestemos atención. Tal como la hacemos jugar eficazmente en el análisis implica cierto número de coordenadas, y la noción misma de coordenada forma parte de ella. La estructura primero se presenta como un grupo de elementos que forman un conjunto co-variante. Dije un conjunto, no

dije una totalidad. [...] Interesarse por la estructura es no poder descuidar el significante. (2009, pp. 261-262).

De esta forma, Eidelsztein (2019) sintetiza la definición de estructura que interesa a la clínica psicoanalítica lacaniana como la de un “conjunto co-variante de elementos significantes” (p. 49). Esto implica que la estructura esencialmente tiene unas características precisas:

- 1) es un tipo particular de conjunto que consiente un todo no completo (es decir, que es no-todo a la vez) que dé lugar a la falta;
- 2) opera en una función de co-variancia<sup>1</sup>, es decir, “cada uno de los elementos será una pura diferencia respecto de todos los otros” (Eidelsztein, 2019, p. 51);
- y 3) está conformada por significantes en tanto estos son los “elementos diferenciales últimos del lenguaje” (Eidelsztein, 2019, p. 52) y estos conforman operadores clínicos sobre los que se puede incidir en un psicoanálisis.

## **Clínica del significante**

De este modo, se podría concebir que una de las maneras de plantear a la clínica psicoanalítica lacaniana es la de considerarla como una clínica del significante, en tanto dicha formalización estructural permite abordar aquellos elementos que en determinados sujetos producen un malestar o sufrimiento que remite a una configuración particular de significantes que co-varían de un determinado modo en una cadena que propicia dicho padecer.

Se trata de una pesquisa de la relación lógica e inteligible, aunque oscura en un primer momento, de los significantes que conforman a un sujeto y configuran un padecimiento, en su relación

---

<sup>1</sup> La covariancia “designa el hecho de que cada uno de los elementos es, no lo que él aparenta ser, sino un lugar vacío en el sistema de relaciones que mantiene con todos los otros” por lo que “carecen de identidad propia y, además, al cambiar uno ellos, cambian necesariamente todos los otros” (Eidelsztein, 2019, p. 51).

al Otro. En este sentido, un significante por sí solo no significa nada sino por su combinatoria co-variante con los demás significantes de la cadena y su lugar en el Otro (en tanto batería y tesoro de los significantes). En este sentido, Lacan explica que es el orden simbólico el que es constituyente para el sujeto dado que es lo que permite “la determinación fundamental que el sujeto recibe del recorrido de un significante” (2018, p. 24), es decir, como este lugar del Otro funda el lugar del sujeto con relación al discurrir de la cadena significante.

Eidelsztein resalta que la clínica psicoanalítica “no labora con el significante en estado puro, sino en la articulación de la estructura del significante y del cuerpo” (2019, p. 54). Esto implica que se hace necesaria la localización del significante para dar cuenta de “la particularidad del sujeto y la articulación al sufrimiento del cuerpo”, por su “relación al goce del cuerpo” (Eidelsztein, 2019, p. 54). Esto por cuanto la insistencia de la cadena permea y habita hasta “lo más íntimo del organismo humano, ese asimiento de lo simbólico” (Lacan, 2018, p. 23), en una relación de entrelazamiento. Asimismo, no se puede soslayar cómo el desplazamiento significante figura en las formaciones del inconsciente, así como los actos del sujeto, puesto que la misma materialidad del inconsciente es la de una articulación de significantes. Lacan lo explica así: “enseñamos que el inconsciente es que el hombre esté habitado por el significante” (2018, p. 45).

Es pertinente plantear dentro de la clínica que la “adolescencia” en sí misma no remite a un significado unívoco y cristalizado, sino que deberá ser analizada como un significante que, en cada sujeto, remitirá a una configuración co-variante particular, que puede estar o no asociada a un sufrimiento y que al localizarla se podrá apreciar sus relaciones con los otros significantes que configuren a dicho sujeto. De configurar un malestar, el trabajo clínico podría generar un ordenamiento o un reposicionamiento de dichos significantes y su articulación para propiciar cambios de sentido que reduzcan o vuelvan más manejable dicho malestar. Como lo plantea Lacan, al aproximarse a las exigencias de la cadena significante es que se puede concebir “dónde se sitúa el deseo inconsciente en su persistencia indestructible” (2018, p. 61), de tal manera que se

puede pensar así a la clínica del significante como una clínica que apela y busca sostener al deseo.

## **Adolescencia como significante**

El abordaje de la adolescencia como significante implica ubicar una forma particular de consideración de esta para la clínica psicoanalítica que pueda ir más allá de un abordaje del tiempo cronológico. En este sentido, es importante plantear que es a través del significante que se puede aprehender en la clínica algo de la particularidad de un sufrimiento que pueda provenir de la adolescencia. Esto se juega en un marco lógico de estructura, aquella del lenguaje, que se revela en el decir de un hablante atravesado por dicho significante. Los señalamientos de Rebollo Conejo (2000), Firpo (2000), Paola (2016), Ortega (2002) y Lerude (2016) permiten desplegar la manera de plantear este abordaje en la clínica.

Isidro Rebollo Conejo (2000) plantea considerar a la adolescencia como “un significante que nos remite al momento álgido de un padecimiento” (p. 41), es decir, una suerte de clímax donde la significación efecto de la incorporación de ese significante en la cadena pueda dar paso a una nueva dimensión de padecer. Agrega que considera que “la clínica debe desentenderse en sus cuestiones básicas de la edad y atender al sujeto del inconsciente; ello no evita que la dirección de la cura valore estas variantes” (2000, p. 41), precisamente dado que el significante es independiente a esas aristas, pero puede dar cuenta de ellas en los efectos de sentido que dichas variantes tendrán en cada sujeto.

A su vez, Stella Firpo (2000) señala que

en la clínica psicoanalítica con adolescentes, con el empuje fisiológico de la pubertad se relanza el deseo a nivel de los genitales, sin embargo y a pesar de esto no se trata de un hecho natural evolutivo correspondiente exclusivamente al desarrollo sexual y sí un hecho concernido a la estructura misma del significante. (p. 96)

que se ha particularizado en un hablante y puede dar cuenta de un padecer a través del síntoma.

De esta manera, se puede tomar lo señalado por Daniel Paola (2016), quien dice que es en “la adolescencia la primera vez en que el sentido del síntoma se hace necesario para soportar [el rechazo del cuerpo]”, que es “el cuerpo al que el psicoanálisis se dirige” (p. 13), un movimiento que permite dar cuenta del deslizamiento del significante y sus efectos en el cuerpo haciendo síntoma

En esta línea, aquellos señalamientos se pueden articular con el de Piedad Ortega (2002) quien postula que

podemos plantear la adolescencia como modos de respuesta que los púberes intentan formular frente a algo, algo que irrumpe de forma tal que las palabras fallan. Estas se quedan cortas para nombrar y ordenar un surgimiento de algo totalmente nuevo, allí mismo donde no existe una respuesta preexistente. (2002, p. 69)

Aquello puede ser entendido como un indicio de un súbito cambio en la subjetividad producto de un cambio de sentido traído por el significante “adolescencia”, lo que incluso podría adquirir una dimensión de trauma si se sigue la línea de la irrupción súbita.

Esto resuena en las palabras Martine Lerude (2016), quien considera a la adolescencia como “«una crisis de metamorfosis libidinal» que reactualiza el tiempo primero inaugural de la relación con el Otro” (2016, p. 48). Es decir, que las coordenadas que relacionaban al sujeto con el Otro se movilizan y dan paso a nuevas significaciones en un tiempo segundo de reposicionamiento subjetivo. Agrega también que, en la adolescencia, “se vuelve a jugar el tiempo primero de su constitución subjetiva y de su yo” (Lerude, 2016, p. 48), donde no hay que soslayar que dicha relación esta sostenida en el lenguaje, el cual se nutre de la introducción de nuevos significantes que dan paso a este segundo tiempo. ¿Cabría llamar entonces a la adolescencia como un proceso de performatividad signifiante?

Considerar las diversas entradas desde las cuales se aprecia el efecto que tiene el significante “adolescencia” en el padecimiento de un hablante ubicado en el lugar de sujeto, permite plantear la

importancia de considerar un abordaje de la adolescencia desde una primacía del significante que permita operar en la clínica para propiciar un trabajo que, si bien se localiza en los significantes, pueda como efecto incidir en la realidad de los hablantes que consultan aquejados por algo de la adolescencia. Como recuerda Eidelsztein, si bien “la estructura del significante no es “observable” en la realidad, a pesar de que ella no es un “fenómeno” en sí mismo, incide y opera en forma fundamental en la realidad del sujeto humano hablante” (2019, p. 53). Esto es algo que Lacan ya advertía, puesto que planteaba que existe:

[...] un modo de la estructura que no por ser tercero podría ser excluido, a saber, los efectos que la combinatoria pura y simple del significante determina en la realidad donde se produce (2009, p. 619).

De esta forma, siguiendo a algo que recuerda Fabian Schejtmán (2015), se puede plantear que “la clínica psicoanalítica [...] no se superpone ni se confunde con la experiencia de la que surge, la del análisis. Supone más bien su redoblamiento conceptual, incluso su formalización” (p. 13), una formalización teórica y estructural donde el significante posee un lugar esencial, en el que se puede hacer figurar a la adolescencia para incidir en ella en tanto operador clínico.

## **La adolescencia como síntoma social**

El significante “adolescencia” es un significante que hace ruido en lo social, que puede incomodar, que puede estorbar. Parece constituirse a priori como un elemento que genera malestar y pesar en aquellos que se hacen cargo de los adolescentes: los adultos. Si bien las sociedades no están conformadas exclusivamente por adultos, sí son quienes las comandan en la búsqueda de reglar, organizar y sancionar el tránsito de la existencia de los hablantes. Así, en gran medida, las sociedades pueden considerar a la adolescencia como una “pieza suelta” que no llega a encajar en el funcionamiento del todo que conforma a la sociedad.

Los hablantes identificados como adolescentes, ¿en qué lugar quedan? El riesgo de no obtener un lugar es el de ser desechado. Esto por cuanto la consideración social que recae sobre la adolescencia es la de mantener a los adolescentes en reserva, en tanto se constituyen como mano de obra en reserva de la capacidad de trabajo en el sistema de producción. Esta moratoria cernida sobre los adolescentes, que los ubica en el lugar de fuerza laboral de reserva, genera que entren en una suerte de limbo de producción, que puede ser experimentado como un lugar de desecho, aunque no lo sea directamente.

En consecuencia, muchos de los actos que ponen en juego los adolescentes pueden ser recibidos como transgresiones, como quiebres con un orden social al que habría que adscribirse. En tal medida, lo social puede administrar sentencia, juzgando como patológico el actuar de los adolescentes, mientras que estos puedan ubicar el malestar como proveniente de este mismo social y de quienes lo comandan. Este conflicto de lugares, posiciones y vínculos se pone en juego a través de la irrupción e inscripción en lo social, donde los adolescentes puedan esperanzarse con el alcance de un sostén simbólico que propicie el lazo social y donde exista la posibilidad de apropiarse de un sufrimiento particular más allá del social (de Foy et al., 2008).

De esta manera, cabría señalar que, en lo social, en el seno de la cultura, a la adolescencia le ha sido arrojado un lugar en el discurso como depositaria de un pasaje de aquellos hablantes que no terminan de encajar en un funcionamiento que ensalza la producción y el consumo como ideales (Lerude, 2013b). Así, es pertinente plantear cómo la adolescencia es tomada por un malestar en la cultura específico que surge a partir del discurso capitalista. Esto, a su vez, configuraría un síntoma social generalizado que no deje entrever de inmediato las posiciones particulares de los adolescentes frente al sufrimiento. En tal medida, es posible plantear que no es que la adolescencia “sea” directamente el síntoma social que retorna, en tanto retorno de aquello rechazado por el Otro social, sino que es el retorno el que se sirve de la adolescencia para desplegarse en forma generalizada como síntoma social en búsqueda del cumplimiento de un ideal. Quienes no se adscriban a

este régimen podrían ser desechados, patologizados incluso, por no encajar. Es este despliegue el que puede ser escuchado en la clínica, el de aquel padecimiento que allí se constituye.

## **Síntoma social y discurso capitalista**

Lacan explica que “solo hay un síntoma social: cada individuo es realmente un proletario, es decir, no tiene ningún discurso con qué hacer lazo social, dicho con otro término, semblante” (Lacan, 2010, p. 86). Para Lacan, el proletario es quien está “desposeído de todo” (Askofaré, 2012, p. 101). Es decir, se trata de alguien que “no está simplemente explotado, sino despojado de su función de saber” (Lacan, 2008, p. 159). De esta manera, se puede concebir que, con el viraje del discurso del amo a la entrada al discurso capitalista, el proletario “entra en el proceso de producción capitalista no como saber [...] sino como simple fuerza de trabajo” (Askofaré, 2012, pp. 100-101). En este sentido, el lugar del proletario como “desposeído de todo” remitiría a la segregación y la individualización que haría obstáculo al lazo social, al no poder hacer semblante de ningún discurso. En tal virtud, si con esto el proletario devendría en un “sujeto completado con su goce”, podría hablarse de un “déficit social”, en tanto se apunta al universalismo, que daría cuenta del lugar del síntoma social como rasgo de aquello que hace malestar en lo social (Askofaré, 2012). ¿Sería posible ubicar a la adolescencia en este lugar de síntoma social? Si bien la adolescencia en sí misma no precluye el despliegue del lazo social, la consideración que puede obtener del Otro social al caer en un descrédito, al pensarla como un desajuste del ideal esperado del lugar de un hablante en lo social, permite suponer que habría un discurso sobre la adolescencia que podría elevarla al lugar de síntoma social.

De acuerdo con Lombardi, aproximarse al síntoma social implica reconocer que “esta proletarización es inducida y aprovechada por un megadispositivo que preexiste [...]: el discurso del capitalismo” (2018, p. 143). Es este discurso el que estaría al comando, ya no propiciando el lazo social sino proponiendo su

disolución. Insertos en el discurso capitalista, los hablantes no serían reconocidos en tanto no estuviesen adscritos a un régimen de producción económica. Melman explica que “no hay reconocimiento de sí para el capitalista –y, por ende, para todo sujeto inserto en este “régimen”– más que en la acumulación del capital” (2005, p. 190), que respondería a una invitación a taponar la falta. Precisamente, el significante “adolescencia” remite a un pasaje donde un hablante no llega a responder a los imperativos de producción económica, como lo social espera, debido a la moratoria sobre su participación en la fuerza de trabajo, diferida a iniciarse al término de la formación educativa. Si bien la adolescencia puede haber adquirido una connotación de entrega a un consumo, a una serie de objetos de consumo, aquello se plantea en función de que sean los cuidadores primarios quienes mantengan el régimen de consumo-producción que sostiene al adolescente.

Así, cabe recordar, como plantea Lerude, que

cuando se habla sobre la adolescencia es necesario saber de qué época se habla. [...] Porque la adolescencia se sitúa en la conjunción del individuo y de lo colectivo y porque encuentra el tipo de cuestionamiento totalmente específico de una sociedad. (2013a, p. 567).

En tal virtud, el lugar del discurso reinante en lo social, un discurso eminentemente capitalista, provoca que la adolescencia sea alojada y leída desde un malestar específico.

Como lo explica Natalia Sierra:

El consumo en la sociedad actual no es un consumo de bienes, sino un consumo de mercancía. En esta medida, el sujeto consumidor es un sujeto necesariamente abstracto, pues el impulso que lo lleva a consumir no responde a una necesidad concreta (cultural, social, personal) [...], sino que se consume para acumular capital signico, es decir, puro valor. Es por esta razón que el consumo, al igual que la acumulación de capital, no tiene límite, por la cual tanto el uno como el otro adquieren un carácter infinito, que se vuelve depredador de la sociedad, de la naturaleza y del propio sujeto consumidor (2015, p. 42).

En este sentido, se aprecia cómo la supuesta entrada en el pacto social propone ahora una adherencia a una invitación a un consumo permanente, como se evidencia en los usos y costumbres que los hablantes sostienen al privilegiar la producción económica como lo más valorable. Sin embargo, esta entrada sería ilusoria pues más bien se trataría de una disolución del lazo. Como plantea Melman, “lo que hoy está a cargo del sujeto es mantenerse en la carrera por el goce” (2005, p. 192), una carrera que propicia una inflación de lo imaginario frente al declinar de lo simbólico. ¿Cuál es el malestar que se juega en esta forma de operar?

### **Malestar en la cultura**

Siguiendo a Eidelsztein, se puede concebir al psicoanálisis como una práctica terapéutica que opera como respuesta al “malestar en la cultura específica del sujeto” (2019, p. 11). Es este exceso de malestar o sufrimiento en demasía el que proviene de la entrada en la cultura, la cual “implica la estructura del lenguaje y a la operación del significante, en el seno de una sociedad de sujetos hablantes” (Eidelsztein, 2019, p. 12). Esta inmersión en la cultura, en el Otro en tanto social, tiene efectos en cada uno de los hablantes. Fue Freud quien originalmente dio cuenta de los efectos de la cultura en los hablantes, así como el malestar que esta genera en ellos. Así, explica que “gran parte de la culpa por nuestra miseria la tiene lo que se llama nuestra cultura” (Freud, 1992, p. 86). Precisamente, Eidelsztein plantea que “es necesario especificar el malestar en la sociedad actual, para así poder establecer cuál es el tipo de sufrimiento sobre el que el psicoanálisis incide” (2019, p. 12). El malestar reinante en lo social, con el ensalzamiento del discurso capitalista, propondría desde un nivel imaginario el negar la posibilidad de cualquier dolencia, de la eliminación del padecimiento a toda costa.

Freud entiende la cultura como “toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre

los hombres” (Freud, 1992, p. 88). No obstante, Freud señala que gran parte de la lucha de la humanidad gira en torno a equilibrar las demandas individuales de cada ser humano frente a las exigencias culturales de lo social. En ese sentido, es apreciable como el sujeto se encuentra íntimamente relacionado con el Otro y es ante este que busca ubicarse. Así, es posible ubicar a la adolescencia como una “invención que da testimonio [...] de la organización de una sociedad y del lugar que esa sociedad le da a la juventud” (Lerude, 2013a, p. 561). ¿Y qué lugar es este?

Lerude recuerda que es “importante recordar que los ideales, el imaginario colectivo de una sociedad, también dependen de coordenadas históricas y geográficas” (Lerude, 2013a, p. 566). Precisamente debido a que esos ideales son los que orientan el discurso sobre la adolescencia y el lugar que adquiere en lo social. En esta línea, Le Breton plantea que la adolescencia es “una tierra ignota cargada de inquietud, máxime cuando aporta la subversión en el seno mismo de las familias más honorables” (2014, p. 43). La adolescencia así adquiere una connotación de una ruptura, de una crisis con respecto al sometimiento de ideales culturales que abogan por una rápida inserción en la lógica capitalista frente a la cual los adolescentes no terminan de encajar debido a la moratoria económica que se cierne sobre ellos, solo subsanada por la intermediación de los adultos a su cargo.

El malestar social en ciernes provoca que el discurso de la adolescencia, en uno de los lados del genitivo, en tanto discurso que se produce sobre la adolescencia, gire en torno a arrojarse en gran medida un carácter de turbulencia, riesgo y peligro. Ante ello, para lo social la adolescencia adquiere una consideración de resto, de residuo que irrumpe. Las vicisitudes del malestar adolescente dan cuenta de aquello, como la cercanía con la muerte (el suicidio<sup>2</sup> y las autolesiones), el acercamiento con el otro sexo (los desencuentros en el ejercicio de la sexualidad, el embarazo adolescente<sup>3</sup>),

---

2 En Ecuador, se apreció durante el año 2020 que los suicidios se constituyeron como la segunda causa de muerte (el 13,1% de todos los casos) para los jóvenes de entre 10 a 19 años, solo detrás de los accidentes de tránsito (Instituto Nacional de Estadística y Censos, 2021).

3 Durante el año 2021, en Ecuador se obtuvo la estadística 39.486 nacidos vivos de

la inadecuación con el propio cuerpo (las problemáticas con la imagen corporal que devienen en desórdenes alimenticios<sup>4</sup>), el encuentro con la angustia (posiciones depresivas y de ansiedad, el consumo problemático de sustancias<sup>5</sup>), entre otros.

## Discurso de la adolescencia

El discurso produce efectos sobre el sujeto. Desde lo social, se pueden ubicar imposiciones desde el ideal sobre ese mismo sujeto. Dichas imposiciones pueden girar en torno a propiciar la salida del lugar de reserva de la fuerza de trabajo con la mayor premura posible, mientras que a la vez puedan ser acallados ante su posicionamiento y respuestas propias. Ante aquello, un sujeto puede construir un síntoma desde un lugar social del Otro. Sin embargo, los nombres del Otro no son azarosos y producen efectos desde sus distintas nominaciones (Moreno, 2012). La encarnación del Otro en aquellas figuras depositarias de su representación en la cultura, primordialmente representada en los padres, aunque también en otros referentes de autoridad, suscita en el pasaje de la adolescencia una interrogación por la consistencia de su lugar, por la validez de su autorización como representantes del Otro. Así, se pone en tensión el despliegue de un reposicionamiento para, armados con otros significantes, los adolescentes puedan hacerse de otro lugar frente al Otro (Lerude, 2013b).

Se aprecia así que:

---

madres de 15 a 19 años que corresponde a una tasa de 49,4 nacidos vivos por cada 1.000 mujeres en ese rango de edad (Instituto Nacional de Estadística y Censos, 2022).

4 No existen cifras oficiales en el país sobre la incidencia de trastornos alimenticios, pero una extrapolación de datos tomados por la Organización Mundial de la Salud (OMS), permite inferir en la población de 10 a 24 años una incidencia de 1% (44.619 personas) en lo que respecta a la anorexia, y una de 4.1% (182.937 personas) en lo que respecta a la bulimia (Ministerio de Salud Pública, 2016).

5 “El 48% de los y las adolescentes a nivel nacional, afirman que en los alrededores de los centros educativos hay drogas. En las zonas urbanas, el 54% de los y las adolescentes así lo ratifican, 20 puntos porcentuales más que en las zonas rurales (34%). En la Costa y en la Amazonía, el 54% de los y las adolescentes afirman que pueden acceder a drogas, 12 puntos porcentuales más que en la Sierra (42%)”. (Observatorio Social del Ecuador, 2016, p. 118).

el modo subjetivo en que el adolescente construye su idea de sí y del mundo, dentro de eso que llamamos vida cotidiana, es frecuentemente arrasado por el saber del Otro, sea este Otro el núcleo parental, la esfera escolar, la ciencia positivista” (Insua, 2017, p. 18).

El lugar del adolescente frente al discurso social suele ser el del sometimiento, el de la adecuación a los ideales normativos mientras a la par se emprende una búsqueda de reivindicación de un lugar en el campo del Otro. Sin embargo, frente a eso “se escuchan cantidad de voces que proclaman luchar contra lo segregativo, pero que utilizan lo normativo, el ajustar al individuo a una norma general, moral” (Insua, 2017, p. 19).

El discurso que se arma sobre la adolescencia desde lo social usualmente genera prescripciones e indicaciones desde un lugar universal, buscando una adecuación a un ideal social de funcionamiento. Sin embargo, es imprescindible recordar que “lo moral es lo normativo y colectivo. La ética es del sujeto, del caso por caso” (Insua, 2017, pp. 19- 20). No obstante, la homogeneización a la que se recurre desde lo social sobre la adolescencia impide que se visibilicen las posiciones particulares. En este nivel, se puede apreciar como este lugar dado a la adolescencia se revela como “metáfora exquisita del arrasamiento subjetivo cometido por el Otro social” (Insua, 2017, p. 18).

En tal virtud, en la clínica psicoanalítica, “se trata de establecer un dispositivo que, al interrogar el discurso del sujeto, demuestre los alcances de otros discursos dominantes” (Sawicke, 2000, p. 46). Con ello, se podrá proponer un pasaje de los significados asociados desde lo social al significante “adolescencia”, hacia la posición particular que un sujeto hace de ese significante. Como menciona Lerude, “no hay adolescente sin padres y sin sociedad para hablar sobre la adolescencia, puesto que es un discurso” (2013a, p. 562). La transmisión de ese discurso se pone en juego a través de quienes encarnan el lugar del Otro, fundamentalmente los padres, quienes son revelados en sus límites para los adolescentes. Este lugar del Otro termina vaciado, lo cual puede ser vivido como una pérdida de sostén. Con los referentes sociales ahora cuestionados, los semejantes permiten un refugio posible mien-

tras se produce en pasaje a un Otro ya no solamente encarnado en el lugar de los padres, sino en un Otro abierto, que permita al adolescente insertarse en lo social a título personal, dejando atrás el protagonismo de la escena familiar (Lerude, 2013b). Así lo plantea Lerude:

Es del todo esencial subrayar esta conjunción entre el campo social y la subjetividad [...] puesto que el adolescente continúa manifestándose según el discurso histórico en el cual es el sujeto tachado el que habla, que dice yo, que se pone en posición de comando, puesto que estamos en una sociedad que valora al individuo en detrimento de la colectividad, pero, sin embargo, estamos llamados a participar todos en esa colectividad (2013a, p. 618).

En esta vía, es fundamental recordar que esta conjunción producirá encuentros y desencuentros, lo que dará lugar a un “impase subjetivo” mientras los adolescentes encuentran su lugar en el discurso del Otro (Lerude, 2013a).

## **De vuelta al síntoma social**

Si el psicoanálisis trabaja con lo residual, con aquello que no anda, es posible plantear un abordaje del lugar arrojado a la adolescencia en tanto residuo que es descartado por el discurso social.

Es con ello que se puede plantear un viraje de la consideración de la adolescencia como un cúmulo de problemáticas sociales hacia el lugar del síntoma social como depositario de aquello que le retorna a lo social tras haber sido desechado. ¿Y qué es lo que retorna? Si lo que se produce con la adolescencia es una expulsión del deseo, aquello que retornaría sería el objeto crudo sin veladuras que, enmarcado en el discurso capitalista, seguiría negando la falta. En este sentido, la adolescencia es asignada un lugar universal de padecimiento y desecho desde lo social sin dar paso a un matiz particular que instaure el lugar de la diferencia entre cada hablante concernido por la adolescencia.

Retornando al planteamiento de Lacan en torno al síntoma social, Tomšič recuerda:

Que Marx sea el primer teórico del síntoma implica que el proletariado es el sujeto del inconsciente. Esto significa que el proletariado designa más que una clase social empírica. Expresa la posición subjetiva universal en el capitalismo. Pero como un síntoma, es decir, como una formación en la que la verdad reprimida del orden social existente es reinscrita en el espacio político, el proletariado implica un rechazo del falso y abstracto universalismo impuesto por el capitalismo, principalmente el universalismo de la forma mercancía (Tomšič, 2015, p. 6)<sup>6</sup>.

Se aprecia, en tal virtud, que este universalismo es impuesto desde el discurso capitalista, obturando la posibilidad de asumir los significantes del Otro desde un lugar particular. En el caso de la adolescencia, el lugar de los hablantes puede quedar reducido a una homogeneización de aquel lugar de desecho indiferenciado. No obstante, la propuesta del dispositivo psicoanalítico permite abordar este universalismo y reconducirlo a un lugar particular. Esto por cuanto, a través del decir, el análisis permite que opere un trabajo sobre la estructura *linguajera* del inconsciente. Precisamente, Lacan conjuga los aportes de Marx y Freud sobre el trabajo para dar cuenta que, al hablar, el síntoma “enuncia la verdad del discurso que lo determina”, articulado así con la “verdad de las relaciones capitalistas de producción” (Tomšič, 2015, p. 117).

Este trabajo no puede producirse sino al recordar que, a partir de recurrir al síntoma social, se puede explicitar que “el síntoma es el encuentro del proletario y del sujeto del inconsciente, del trabajador y del ser hablante” (Tomšič, 2015, p. 117)<sup>7</sup>. Se aprecia así la

---

6 Traducción propia. El original reza así: “That Marx was the first theoretician of the symptom implies that the proletariat is the subject of the unconscious. This means that the proletariat designates more than an empirical social class. It expresses the universal subjective position in capitalism. But as a symptom, that is, as a formation through which the repressed truth of the existing social order is reinscribed in the political space, the proletariat entails a rejection of the false and abstract universalism imposed by capitalism, namely the universalism of commodity form” (Tomšič, 2015, p. 6).

7 Traducción propia. El original reza así: “When Lacan reaffirmed the linguistic structure

torsión irreductible entre el lugar del sujeto y el Otro, inexorablemente articulados. Aquello hace patente que, para llegar al lugar particular del síntoma, es necesario hacerse paso a través del Otro social que configura un malestar en la cultura determinado. En el caso de la adolescencia, el lugar del descrédito y la incapacidad de producción económica.

Se trata entonces de situar que el síntoma social apelaría a la “universalidad de la función del síntoma como función de existencia del inconsciente y como efecto en lo real de lo simbólico y del reino del discurso del Padre” (Askofaré, 2012, p. 102). Se aprecia así que lo que el discurso capitalista plantea es una utopía, en tanto “transmite una creencia en la posibilidad de *una universalidad sin su síntoma*, sin el punto de excepción que funciona como su negación interna” (Žižek, 2003, p. 49). Pues como lo plantea Žižek:

Un síntoma, sin embargo, es un elemento que ha de ser una excepción –a pesar de que la falta de realización del principio universal parece deberse a circunstancias contingentes–, es decir, que ha de ser el punto de suspensión del principio universal: si el principio universal se aplicase también a él, el sistema universal se desintegraría (2011, p. 141).

Es en la confrontación con la inexistencia de la relación sexual y la entrada al lazo social con la subsecuente renuncia de goce que se puede escribir una función del síntoma algo del significante “adolescencia” construye un lugar particular, fuera del universalismo ilusorio, en un hablante que quiere decir de su padecimiento desde allí. Desde la adolescencia, en tanto significante, como un operador clínico que permite aprehender el discurrir de la cadena

---

*of the unconscious, he introduced the term that brings together Marx and Freud's analysis of labour. This is the function of ça parle, it speaks. The psychoanalytic intervention operates on three levels: thinking, working and speaking. Discussions of psychoanalysis often mention that Freud's invention consisted in the fact that he listened to the speech of his hysteric patients, who revealed to him the secret of the unconscious: the hysteric symptom speaks and by speaking enunciates the truth of the discourse that determines it. This enunciation already inhibits the mechanism of satisfaction. In this psychoanalysis most directly coincides with Marx's discovery that in labour, too, an enunciation takes place, which articulates the truth of the capitalist relations of production. This is where Marx's invention of the social symptom gains its full weight for psychoanalysis. The symptom is the encounter of the proletarian and the subject of the unconscious, of the labourer and the speaking being” (Tomšič, 2015, p. 117).*

de significantes que se articulan la historia de un hablante, de un adolescente. En tal medida, es en la clínica que se puede proponer una aprehensión de este lugar particular del síntoma que el discurso social nubla.

### **La particularización del síntoma a partir de la no-relación sexual**

La invitación a un adolescente, en tanto hablante, en el trabajo analítico es a ubicar un decir sobre el significante “adolescencia” que permita un quiebre con el Otro social y así abandone el significado universalizante arrogado a este significante para apreciar cómo figura, en su co-variación específica, la “adolescencia” para este hablante. En ese sentido, la tarea del analista estará enmarcada en permitir una confrontación con la inexistencia de la relación sexual y la manera en que el hablante se inscribe en el lazo social, con la renuncia de goce ligada a aquella maniobra. Así, un sujeto adolescente podrá traer su decir y su respuesta frente a la no-relación sexual en forma de síntoma particular.

Aquello invita un desciframiento al ubicar al síntoma también en el lugar del significante para dar cuenta de cómo el sujeto responde a la falla fundamental de la no- relación sexual. En esta medida, se puede considerar que la adolescencia “es un momento complejo y delicado en su desenvolvimiento, ya que la posibilidad de inscripción del sujeto en el orden simbólico o la falla a ese nivel se hará presente en este tiempo con mayor evidencia” (Pinos, 2018, p. 62).

De esta forma, con la pesquisa progresiva del lugar que el adolescente ocupa frente al Otro en su reposicionamiento, se podrá apreciar cómo este responde desde su decir a nombre propio, al verse revelada la falta y la insuficiencia de este Otro. Esta maniobra permite despejar la opacidad que el discurso social provoca alrededor del padecimiento del adolescente, para poder escuchar a nivel particular los avatares de su subjetivación particular. Esto por cuanto “la gran dificultad del adolescente, de la que se da cuenta, sucede en lo que se llama el Otro y sus figuras” (Douville, 2018, p. 57).

## No-relación sexual

El aforismo lacaniano “*Il n’y a pas de rapport sexuel*”, pronunciado por primera vez en 1969, es traducido habitualmente como “no hay relación sexual” (Lacan, 2008, p. 207). Sin embargo, es pertinente señalar que el vocablo *rapport* en francés posee un sentido matemático que no comparte con el vocablo *relation*, que sería correspondiente con el vocablo *relación*, en español. Es fundamental señalar aquello, puesto que la frase de Lacan no hace referencia a la imposibilidad del acto sexual –el coito– en sí, sino a que la relación entre los sexos “no puede formalizarse en ningún sistema” (Peusner, 2019, p. 15). En ese sentido, siguiendo a Peusner, se puede apreciar que *rapport* permite designar la “relación lógica y matemática entre dos términos que se ligan entre sí de un modo regulado (o proporcional)” (2019, pp. 15-16). En tal virtud es posible plantear que uno de los sentidos que engloba la propuesta lacaniana de la no- relación sexual es el de pensarlo como una desproporción entre dos términos.

Esta desproporción opera en tanto los hablantes están inscritos en el lenguaje, lo que los sujeta “a los avatares del deseo y del goce del Otro, para que dependa de aquel” (Peusner, 2019, p. 44). Sin embargo, como ya se ha mencionado, el Otro no es una totalidad acabada por lo que tampoco funciona como garante de la proporcionalidad. Es decir, es fallido y desproporcionado. Es en la adolescencia, con el lugar del Otro desencarnado de la figura de los padres, que la relación con este Otro puede pasar del lugar del conjunto cerrado y completo al del conjunto abierto marcado por la falta (Lerude, 2013b).

Frente a esta desproporción traída por la existencia de la no-relación sexual, se puede plantear que “el inconsciente produce sentido justamente para suplir esa proporción sexual que no existe en el hablante” (Peusner, 2019, p. 45). Así, se puede apreciar como la no-relación sexual también remite a la consideración del inconsciente estructurado como un lenguaje, puesto que el hecho de que no haya relación no impide que el inconsciente trabaje “produciendo sus formaciones que van al lugar de la relación que no hay” (Rovira, 2018, p. 64).

Lacan señala que “no hay relación sexual porque el goce del Otro considerado como cuerpo es siempre inadecuado –perverso, por un lado, en tanto que el Otro se reduce al objeto *a-* y por el otro, diría, loco, enigmático” (Lacan, 2008, p. 174). Asimismo, dice que “el discurso analítico no se sostiene sino con el enunciado de que no hay relación sexual, de que es imposible formularla” (Lacan, 2008, pp. 16-17). Y añade que “no se sustenta sino en lo escrito dado que la relación sexual no puede escribirse. Todo lo que está escrito parte del hecho de que será siempre imposible escribir como tal la relación sexual” (Lacan, 2008, p. 46). En ese sentido, se puede proponer que “la tarea analítica habilita la escritura de que no hay relación sexual mediante el uso de la relación sexual” (Morales Montiel, 2018, p. 114).

Como Lacan plantea: “[...] todos sabemos porque todos inventamos un truco para llenar el agujero [*trou*] en lo Real. Allí donde no hay relación sexual, eso produce “traumatismo” [*troumatisme*]. Uno inventa. Uno inventa lo que puede, por supuesto.” (2003, p. 76) Se aprecia así que aquello que solventa la desproporción que instaura la no-relación sexual es el síntoma. Esto por cuanto el síntoma permite obtener lo agujereado por la no-relación. Así, el síntoma permite que se fije la satisfacción paradójica de esta obturación. Sin embargo, es a través del mismo recurso a la estructura del lenguaje que se puede operar en el tratamiento del síntoma. De esta operación subsiste un resto y es en el análisis que se aprende hacer frente a eso (Peusner, 2019).

En este sentido, Iris Sánchez plantea que:

La no relación-sexual es el eje de paradojas y contradicciones propiamente humanas y, de entrada a lo humano, determina el hecho de que no haya lógica única o sistema formal único para resolver en su totalidad el malestar del hablante, es decir, de las culturas y de las sociedades (2006, p. 145).

Este malestar en la cultura, haciendo un pasaje del lugar universalizante propuesto por el Otro social, con el develamiento de la desproporción traída por la no-relación sexual, se particulariza en la forma en que cada sujeto se aproxima a la relación con el Otro.

En ese sentido, la adolescencia se constituye como un significante preciso para propiciar ese viraje. En efecto, un sujeto adolescente “a la relación inarmónica del uno con el Otro en la relación sexual, responde con la culpabilidad y la convicción de no ser el buen objeto de amor o de deseo, con no estar a la altura” (Lerude, 2016, p. 51), haciendo síntoma ante el encuentro con la falta.

## **Síntoma**

El síntoma, en tanto formación del inconsciente, se constituye como un hecho subjetivo y de lenguaje. Se trata del enigma de una metáfora a ser descifrada, lo que lo constituye como apalabrable y analizable (Sandoval, 2005). En tal virtud, el síntoma remite a la estructura del lenguaje a nivel significante, puesto que “se sitúa en la intimidad de la relación del sujeto con el saber, en tanto el saber es articulación significante y equívoca” (Lombardi, 2008, p. 210). Como afirma Darmon, “el síntoma representa al sujeto para ese significante, a saber, lo que se le escapa” (2008, p. 155). Precisamente, ya Freud decía que “el síntoma es rico en sentido y se entrama con el vivenciar del enfermo” (1991, p. 235). En ese sentido, es posible aproximarse al síntoma como procedente de la articulación significante.

Lacan llama síntoma a “lo que viene de lo real, [...] lo real en tanto se pone en cruz para impedir que las cosas anden, que anden en el sentido de dar cuenta de sí mismas de manera satisfactoria” (Lacan, 2010, p. 84). Se entiende así que el síntoma proviene de un retorno y genera una disrupción. También añade que “la ex-sistencia del síntoma, es lo que está implicado por la posición misma, la que supone ese lazo –de lo Imaginario, de lo Simbólico y de lo Real– enigmático” (Lacan, 2003, p. 23). En tal medida, se aprecia que el síntoma es un hecho que pone en juego la estructura del lenguaje y cómo esta se articula como un enigma a ser descifrado. Con respecto de su articulación con la no-relación sexual, Lacan señala que “el síntoma es irrupción de esa anomalía en que consiste el goce fálico, en la medida en que en él se explaya, se despliega a sus anchas, aquella falta fundamental que califico de no

relación sexual” (Lacan, 2010, p. 104). En este sentido, se puede situar al síntoma como una respuesta a la imposibilidad matemática de complementariedad entre dos términos, entre dos sexos. Así, el sujeto con su síntoma suple ese agujero (Posada, 1998).

En tanto mensaje a ser descifrado, Lacan recuerda que en el surgimiento de un síntoma lo que se encuentra velado es una verdad subjetiva que solo puede medio-decirse, que se encuentra en la imposibilidad de ser escrita. Es la no-relación sexual aquella verdad que sostiene al síntoma y la verdad velada del sujeto en tanto no existe una palabra que dé cuenta de un ser. En tal medida, el síntoma se constituye como una posible respuesta ante la interrogación por el ser (Lacan, 2016). De este modo, se puede concebir al síntoma como un “saber sobre sí mismo” que aqueja al sujeto, pero que este no puede terminar de descifrar. Esto por cuanto “el significante del síntoma es signo de la división del sujeto ante una articulación inconsciente de significantes inaccesible para el sujeto, por no tener la clave de su acceso” (Lombardi, 2008, p. 211).

Para apuntar a una resolución del síntoma, Darmon plantea que “el síntoma procede de una pura articulación significativa, de donde surge la tentativa de su levantamiento por una interpretación que juegue con el equívoco” (2008, p. 155). Al aproximarse para obtener un conocimiento del síntoma, es palpable cómo su equivocidad y su inaccesibilidad están sujetos a la relación con el Otro. Esto en tanto alrededor del síntoma se pone en juego “un goce parcial que no entra en el vínculo, en el *rapport* con el Otro” (Lombardi, 2008, p. 211). En efecto, es este mismo goce el que se opone a que haya relación sexual con el otro. Así, es reconocible que “el goce no funciona como cópula, como *trait- d’union*, sino que, por el contrario, confirma la no-relación sexual” (Lombardi, 2008, p. 211), donde no hay un saber común sino solitario para el sujeto sobre su síntoma y su goce.

En tal virtud, como plantea Lombardi, aquello a lo que apuntaría el dispositivo analítico en materia del síntoma es hacia:

[...] un saber hacer con algo que se presenta como viniendo de lo real (se repite, es imposible de eliminar, es irreconocible, es exterior a la realidad compartida, no es integrable al lazo social, la satisfacción

pulsional que involucra no es sublimable) (2008, p. 212).

Es en el “pasaje de sentido llamado adolescencia” (Paola, 2016, p. 15) que se desplegará un encuentro particular frente al reposicionamiento frente al lugar del Otro. Allí, el valor del síntoma como significante a ser descifrado remitirá a una forma de subjetivación en el lazo social que con el develamiento de la desproporción traída por la no-relación sexual dará cuenta de la imposibilidad de complementariedad con el otro. El dar paso al reconocimiento de la insuficiencia e incompletud del Otro en su barradura, permitirá a un adolescente vérselas con la toma de su propia palabra, más allá de lo impuesto por las primeras encarnaduras de aquel Otro (Lerude, 2013b).

## **Clínica de la adolescencia**

El síntoma, a través de la repetición del rechazo, del retorno del resto, le sirve al sujeto adolescente para interrogar al Otro y agudizar su saber. La construcción del síntoma proviene del tejido de significantes que configuran al sujeto en su co-variación, aprehendidos de la rehistorización particular que se produce en el decir de un hablante. Se trata de la pesquisa no de cualquier significante, sino de aquellos que “le sirven de *shifters*, de embragues, para producir un movimiento de corte con el Otro” (Insua, 2017, p. 38).

Como lo plantea Insua:

El síntoma en la adolescencia, entonces, más allá de la facilitación cualitativa y cuantitativa desbordada del estallido puberal, surgirá en el momento lógico donde el sujeto que ha ido “amasando” la construcción del síntoma está preparado para introducir un corte en lo sincrónico de la relación al Otro (2017, p. 43).

Se entiende así que es en el pasaje de desprendimiento de las figuras primordiales de encarnación del Otro que un primer corte se verá revelado en la adolescencia. Sin embargo, es el develamien-

to de la tachadura del Otro, de su insuficiencia y su desproporción lo que permitirá que un adolescente tome la palabra a título personal y pueda enarbolar un decir que trascienda la significación universalizante que lo social arroga al significante “adolescencia”, más allá de los ideales vigentes en la época (Insua, 2017).

Frente a aquello, el síntoma aparece como respuesta ante el “traumatismo” [*troumatisme*] de la no-relación sexual. Sin embargo, en este reposicionamiento frente al Otro, en la revelación de su barradura, se produce para el adolescente un reconocimiento de que “hay un momento en que el Otro no nombra, hay un momento de en el que no se está jamás seguro de recibir una nominación por el Otro” (Douville, 2018, p. 57). En tal medida, el síntoma, junto a sus resoluciones implican la construcción de una invención, puesto que, sin una garantía de nominación, “hay que inventar cada vez cómo se nombra y lo que nos nombra” (Douville, 2018, p. 59), lo que propone una mutación de la relación con el lenguaje.

De esta forma, se puede plantear que es con el recubrimiento del lenguaje que el goce que se desprende el síntoma puede ser envuelto y ubicado, con el recurso al significante fálico, para su posterior subjetivación vía la palabra. Pero se trata de un tratamiento que se encuentra en la vía de proponer un pasaje del síntoma particular a un síntoma analítico jugado en la transferencia (Boxaca y Lutereau, 2012).

La introducción de la función fálica permite que se haga límite al goce del Otro, permitiendo así que el síntoma se reorganice y de un paso de la dimensión de sufrimiento en demasía a la de la interrogación subjetivante por el deseo y el devenir. Es decir, un abandono de la posición de objeto de desecho para arribar a la de sujeto que da cuenta de su historia a través de la puesta en palabras (Thibierge, 2014). En tanto ese goce es reconocido, con el recurso a la castración, se puede agujerar el saber del Otro que irrumpe en la formación del síntoma. Así, se podrá apelar a una restitución de una verdad subjetiva en la clínica del sujeto, con el goce fálico haciendo límite (Insua, 2017).

En tal medida, el dispositivo analítico permitirá que se generen intervenciones “para que el adolescente lea lo que sus movi-

mientos vienen a decir, se los acompañará a apropiarse de su texto y, por lo tanto, saber hacer con su verdad algo más que síntomas (Insua, 2017, p. 57). Esto permitirá que se produzca un nuevo decir, significantes propios que digan de su verdad subjetiva más allá del discurso social en ciernes. Así, un adolescente podrá hacer con el texto de su producción subjetiva y será en el análisis que podrá hacer un reconocimiento del movimiento del corte con el Otro en el surgimiento de su propia palabra (Insua, 2017). Precisamente, esto podrá darse debido a que “el encuentro con un analista puede entenderse [...] como la posibilidad de inscribir la falta, ahí donde solamente había alternancia entre el vacío del Otro y el exceso de encarnación” (Lerude, 2013a, p. 579).

El reconocimiento para el adolescente que la no-relación sexual opera, permite que su síntoma realice un pasaje del lugar de padecimiento a la dimensión de acto, con el trabajo sobre el sentido. Como lo plantea Lerude:

De eso se trata en la salida de la adolescencia, es decir, sostener a nombre propio la ausencia de relación-sexual, que va a la par con un compromiso en la vida amorosa y sexual. Un compromiso semejante no es del orden de la realización del sujeto como totalidad sino, por el contrario, está fundada en su división, es decir, que no tiene garantía. Entonces, la hipótesis de que algunos “actuales” del período de la adolescencia pueden cobrar valor de acto, creo que es quizá ahí que está la invención del sujeto mismo y, a la vez, la intervención que permite el encuentro con un psicoanalista (2013a, p. 629).

De este modo, la adolescencia podrá ser vista como “un conjunto de figuras y vectores de sentido, [...] que se abra hacia una nueva constitución subjetiva” (Lutereau, 2019, pp. 176-177) y que se traduce en una modificación de la relación con los semejantes y el Otro. En tal medida, se puede aseverar que “la adolescencia tiene su punto de anclaje en verificar (advertir la verdad) de que «no hay relación sexual»” (Lutereau, 2019, p. 178), donde el reposicionamiento subjetivo resultante permite cortocircuitar la relación con el Otro (y sus encarnaduras) para salir del lugar de objeto de desecho para sostener a nombre propio la posición de sujeto.

## A modo de cierre

Las líneas precedentes apuntaron a revisar una posible aproximación a la clínica de la adolescencia. No la única, ni la mejor, sino una posibilidad de trabajo que tiene la intención de alojar la equivocidad y diversidad de sentido que el significante “adolescencia” resguarda sin restringirlo a un significado unívoco. Aquello tiene como intención el permitir una restitución de saber sobre aquel significante a aquellos hablantes que se sientan concernidos por él. Así, un saber sobre la adolescencia no tendrá que ser prescrito por ninguna encarnación del Otro, sino que podrá ser tomado uno por uno en su diversificación.

El ubicar a la adolescencia como significante permite una aproximación a la clínica de la adolescencia más allá de las variantes evolutivas, biológicas o fenomenológicas para situarse en el campo de la formalización estructural. Esto permitirá traspasar consideraciones “definitivas” sobre lo que implica la adolescencia para los hablantes, emitidas sobre todo desde posturas hegemónicas reinantes en el discurso social. Así, se podrá propiciar un acercamiento a los sentidos que se deslizan en la equivocidad del discursar significativo en su co-variación con otros significantes en un tejido de lenguaje desde donde se precipita un sujeto. Será este sujeto, calificado como “adolescente”, quien dará cuenta del sentido de su padecer en la clínica, pero para ello tendrá que lograr una histerización de su discurso para que sea escuchado. Esto podrá ser logrado si logra elevar aquello que lo aqueja a nivel de síntoma.

No obstante, frente a aquel intento puede aparecer una tendencia universalizante proveniente del discurso social que buscaría acallar la emergencia de un decir propio del padecimiento de un adolescente. Así, la adolescencia podría ser considerada desde un significado unívoco, perdiéndose así la equivocidad significativa, al ser planteada más bien como un ideal a cumplirse desde el Otro social, enmarcado en un discurso capitalista de empuje a la producción y al consumo. En tal medida, aquellos actuares y posicionamientos de los adolescentes que cayesen fuera del ideal serían rechazados y expulsados. No obstante, aquello que fue reprimido buscará retornar, sirviéndose de la adolescencia para ello,

haciéndola figurar como un síntoma social donde la verdad reprimida se reinsertará en el seno de la cultura para denunciar y rechazar el universalismo en ciernes.

Una vez reconocido ese retorno que en la adolescencia figura como síntoma social, un hablante puede dirigir su padecimiento hacia un otro, el analista, para buscar que su padecimiento sea escuchado y reconocido a nivel particular. El vaciamiento del Otro, su desencarnadura y la subsecuente entrada en el lazo social con la renuncia de goce acarreada por el reconocimiento de la no-relación sexual permitirá ubicar los avatares del síntoma a nivel particular en el adolescente. Este reposicionamiento que allí adviene permitirá que un sujeto, atravesado por el significante “adolescencia”, pueda encontrar un posible lugar en el campo del Otro, que podrá producir nuevas encarnaciones. Esto se lograría a través de la diversificación del síntoma que se produciría en el análisis para salir de una imposición universalizante hacia las varias posibilidades de ubicarse ante la castración.

Será en lo cotidiano en donde se jugarán las vicisitudes del padecimiento adolescente, pero la apuesta en la clínica es la de establecer un espacio para que aquellos elementos puedan ser alojados sin ser descalificados como absurdos (Reyes, 2017). Es más bien a través de lo absurdo que algo de sentido se podrá aprehender y, subsecuentemente, trabajar.

## Referencias

- Askofaré, S. (2012). *Clínica del sujeto y del lazo social*. (A. Vargas, Trad.) Ánfora.
- Boxaca, J. L., y Lutereau, L. (2012). Los usos del síntoma: sus transformaciones en la cura analítica. *Desde el Jardín de Freud*(12), 65-79. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/37809/40104>
- Darmon, M. (2008). *Ensayos acerca de la topología lacaniana*. (P. Peusner, Trad.) Letra Viva.

- de Foy, T., Paul, E., Fanara, C., Samii, H., Delférière, A., y Duchêne, E. (2008). Accueillir les adolescences d'aujourd'hui. *Le Journal des psychologues* (260), 73-
76. <https://www.cairn.info/vue-le-journal-des-psychologues-2008-7-page-73.htm/>
- Douville, O. (2018). La errancia adolescente, la pulsión, lo sexual. *abc-diario: por-venir de una clínica: infancia y adolescencia* (10), 52-59.
- Eidelsztein, A. (2019). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan* (6° ed., Vols. I. Intervalo y holofrase, locura, psicosis, psicósomática y debilidad mental). Letra Viva.
- Fasick, F. A. (1994). On the "invention" of adolescence. *Journal of Early Adolescence*, 14(1), 6-23. <https://doi.org/10.1177/0272431694014001002>
- Firpo, S. M. (2000). Nociones introductorias acerca de adolescencia. En S. M. Firpo, A. Lassalle, A. Ortega, N. Díaz, C. Prates, y J. Sansarricq, *Clínica psicoanalítica con adolescentes* (pp. 98-124). Homo Sapiens Ediciones.
- Freud, S. (1991). 17° conferencia. El sentido de los síntomas. En *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XVI, pp. 235-249). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992). El malestar en la cultura. En *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XXI, pp. 57-140). Amorrortu Editores.
- Hall, G. S. (1904). *Adolescence: Its psychology and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education*. D. Appleton and Company.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos. (2021). *Estadísticas Vitales: Registro Estadístico*

de Defunciones Generales de 2020.  
[https://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Poblacion\\_y\\_Demografia/Defunciones\\_Generales\\_2020/2021-06-10\\_Principales\\_resultados\\_EDG\\_2020\\_final.pdf](https://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Poblacion_y_Demografia/Defunciones_Generales_2020/2021-06-10_Principales_resultados_EDG_2020_final.pdf)

Instituto Nacional de Estadística y Censos. (2022). *Estadísticas Vitales: Registro Estadístico de Nacidos Vivos y Defunciones Fetales 2021*.  
[https://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Poblacion\\_y\\_Demografia/Nacimientos\\_Defunciones/Nacidos\\_vivos\\_y\\_def\\_fetales\\_2021/Principales\\_resultados\\_ENV\\_EDF\\_2021%20.pdf](https://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Poblacion_y_Demografia/Nacimientos_Defunciones/Nacidos_vivos_y_def_fetales_2021/Principales_resultados_ENV_EDF_2021%20.pdf)

Insua, G. (2017). *Saltar de la cuna: La subjetividad adolescente. El derecho al síntoma*. Letra Viva.

Kett, J. F. (1993). Descubrimiento e invención de la adolescencia en la historia. *Journal of Adolescent Health*, 14(8), 664-672. [https://doi.org/10.1016/1054-139x\(93\)90203-2](https://doi.org/10.1016/1054-139x(93)90203-2)

Klimovsky, G. (2012). *Epistemología y psicoanálisis* (Vol. II. Análisis del psicoanálisis). Biebel.

Lacan, J. (2008). *El seminario de Jacques Lacan: libro 2: el yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. (J.-A. Miller, Ed., y I. Agoff, Trad.) Paidós.

Lacan, J. (2009). *El seminario de Jacques Lacan: libro 3: las psicosis*. (J.-A. Miller, Ed., J. L. Delmont-Mauri, y D. S. Rabinovich, Trads.) Paidós.

Lacan, J. (2018). El seminario sobre “La carta robada”. En *Escritos 1* (T. Segovia, y A. Suárez, Trads., pp. 23-69). Siglo XXI.

Lacan, J. (2009). Observación sobre el informe de Daniel Lagache: “Psicoanálisis y estructura de la personalidad”. En *Escritos 2* (T. Segovia, y A. Suárez, Trads., pp. 617-651). Siglo XXI.

- Lacan, J. (2008). *El seminario de Jacques Lacan: libro 16: de un Otro al otro*. (J.-A. Miller, Ed., y N. González, Trad.) Paidós.
- Lacan, J. (2008). *El seminario de Jacques Lacan: libro 17: el reverso del Psicoanálisis*. (J.-A. Miller, Ed., E. Berenguer, y M. Bassols, Trads.) Paidós.
- Lacan, J. (2016). *El seminario de Jacques Lacan: libro 19: ...o peor*. (J.-A. Miller, Ed., y G. Arenas, Trad.) Paidós.
- Lacan, J. (2008). *El seminario de Jacques Lacan: libro 20: aún*. (J.-A. Miller, Ed., D. S. Rabinovich, J. L. Delmont-Mauri, y J. Sucre, Trads.) Paidós.
- Lacan, J. (2003). *Seminario 21: "Les non-dupes errent" (Versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponte)*. Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, J. (2010). La tercera. En *Intervenciones y textos 2* (J. Sucre, J. L. Delmont- Mauri, y D. S. Rabinovich, Trads., pp. 73-108). Manantial.
- Lacan, J. (2003). *Seminario 23: El síntoma (Versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponte)*. Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Le Breton, D. (2014). *Una breve historia de la adolescencia*. (V. Goldstein, Trad.) Nueva Visión.
- Lerude, M. (2013a). Jornadas de trabajo sobre "La cuestión de la adolescencia". En G. Naranjo (Ed.), *Trayectoria: 20 años de transferencia de trabajo con la Asociación Lacaniana Internacional* (G. Naranjo, T. Roelens, y I. Sánchez, Trads., pp. 559- 645). Rayuela Editores.
- Lerude, M. (2013b). La cuestión del Otro en la adolescencia. En G. Naranjo (Ed.), *Trayectoria: 20 años de transferencia de trabajo con la Asociación Lacaniana Internacional* (I. Sánchez, Trad., pp. 720-731). Rayuela Editores.

- Lerude, M. (2016). El objeto en la adolescencia. En I. Sánchez (Ed.), *Las preguntas sobre el objeto: actas del coloquio organizado por la Asociación Lacaniana Internacional y el Grupo La Letra en Quito, 21 al 24 de abril de 2014* (T. Roelens, M. E. Sota, G. Naranjo, y I. Sánchez, Trads., pp. 42-53). Rayuela Editores.
- Lombardi, G. (2008). *Clínica y lógica de la autorreferencia: Cantor, Gödel, Turing*. Letra Viva.
- Lombardi, G. (2018). Síntoma social y síntoma particular: inserción y lazos sociales en 2017. En Á. M. Jiménez Urrego, y A. Bote-ro Carvajal (Edits.), *Globalización y Sintomatología Social* (pp. 137-154). USC Editorial.
- Lutereau, L. (2019). *Esos raros adolescentes nuevos*. Paidós.
- Melman, C. (2005). *El hombre sin gravedad: gozar a cualquier precio (entrevistas con Jean Pierre Lebrun)*. (M. Gianni, Trad.) UNR Editora.
- Ministerio de Salud Pública. (2016). *Lineamientos Operativos para la intervención a personas con Trastornos de la Ingestión de Alimentos: Anorexia nerviosa y Bulimia nerviosa, en los establecimientos del Ministerio de Salud Pública*. MSP: <https://www.salud.gob.ec/wp-content/uploads/2021/09/Lineamientos-Anorexia-y-Bulimia-nerviosa.pdf>
- Morales Montiel, F. (2018). *Anudarse à la Lacan: el proceso psicoanalítico soportado por enlaces y trenzas.*: Letra Viva.
- Moreno, P. (2012). Del síntoma social al síntoma singular. *Conceptual: estudios de psicoanálisis* (13), 67-71. [https://www.paulinamoreno.com/\\_files/ugd/5411b9\\_0d9019ed81294245b680ec\\_a120edfa0f.pdf](https://www.paulinamoreno.com/_files/ugd/5411b9_0d9019ed81294245b680ec_a120edfa0f.pdf)
- Nóblega, M., Vera, A., Gutiérrez, G., y Otiniano, F. (2020). *Criterios Homologados de Investigación en Psicología (CHIP) - Investi-*

*gaciones Cualitativas*. Pontificia Universidad Católica de Lima. [https://assets.website-files.com/618ed5b-1575fd9c8e7a2f3a5/61b3c43fec09f11fe3c5ff74\\_chip-investigaciones-cualitativas-2020.pdf](https://assets.website-files.com/618ed5b-1575fd9c8e7a2f3a5/61b3c43fec09f11fe3c5ff74_chip-investigaciones-cualitativas-2020.pdf)

Observatorio Social del Ecuador. (2016). *Niñez y adolescencia desde la intergeneracionalidad: Ecuador 2016*. (M. Velasco, G. Carrera, J. Tapia, y E. Encalada, Edits.) <http://repositorio.dpe.gob.ec/bitstream/39000/2749/1/PE-285-DPE-2020.pdf>

Ortega, P. (2002). Adolescencia: entre lo posible y lo imposible. *Íconos - Revista de FLACSO-Ecuador*(13), 66-70. <https://revistas.flacsoandes.edu.ec/iconos/article/view/625/603>

Paola, D. (2016). *Transadolescencia*. Letra Viva.

Peusner, P. (2019). *Autoridad y desproporción sexual en la clínica psicoanalítica lacaniana con niños*. Letra Viva.

Pinos, V. (2018). "Fama". *abcdiario: por-venir de una clínica: infancia y adolescencia* (10), 60-63.

Posada, P. (1998). En tanto no hay relación sexual... entonces síntoma. *Affectio Societatis*, 1(2), 1-10. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/affectiosocietatis/article/view/5434/4787>

Rebollo Conejo, I. (2000). Pasado y presente en la tragedia del adolescente. Sobre el declinar del padre. *Cuadernos de psiquiatría y psicoterapia del niño y del adolescente*(29), 41-55. <https://www.seppyna.com/documentos/articulos/rebollo-tragedia-adolescente.pdf>

Reyes, B. (2017). El amontonamiento: una condición de adición. *Revista PUCE*(105), 347-363. <http://www.revistapuce.edu.ec/index.php/revpuce/article/view/109/161>

- Rovira, L. (2018). *Sexuación y formalización: diversas lecturas de las fórmulas de la sexuación lacanianas*. Brueghel.
- Sánchez, I. (2006). No hay relación-sexual. *Desde el Jardín de Freud*(6), 122-145. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/8336/8980>
- Sandoval, I. (2005). *El síntoma conversivo y el fenómeno psicossomático: Algunas distinciones desde la teoría psicoanalítica*. <https://www.freud-lacan.com/getpagedocument/8542>
- Sawicke, Ó. (2000). Psicoanálisis y orden público. En N. Gariglio, S. Liniestsky, A. Lossada, A. Najles, M. Saavedra, O. Sawicke, y S. Toté, *Psicoanálisis de los derechos de las personas*. Tres Haches.
- Schejtman, F. (2015). *Sinthome: ensayos de clínica psicoanalítica nodal*. Grama Ediciones.
- Sierra, N. (2015). *El deseo negado: reflexiones sobre la frustración juvenil*. Centro de Publicaciones de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Thibierge, S. (2014). *Clínica de la identidad*. (M. Chiarappa, y M. Schlenker, Trads.) Pólvora.
- Tomšič, S. (2015). *The capitalist unconscious: Marx and Lacan*. Verso.
- Žižek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. (I. Vericat Núñez, Trad.) Siglo XXI.
- Žižek, S. (2011). *El acoso de las fantasías*. (F. López Martín, Trad.) Ediciones Akal.

# **ANÁLISIS DIFERENCIAL ENTRE IDEAS DELIRANTES Y FANTASÍA EN LA INFANCIA. ESTUDIO DESDE LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA DE LAS PSICOSIS INFANTILES.**

TÁBATA ROMINA NARANJO REYES

## **Introducción**

Hasta hoy en día en muchos contextos socioculturales la salud mental es descalificada y más aún en los niños. Sin embargo, en la actualidad las enfermedades mentales tienen una incidencia significativa tanto en adultos como en infantes. Según la Organización Panamericana de Salud (2019) indica que 1 de cada 5 niños es diagnosticado con una enfermedad mental. Es decir, el 20% de esta población necesita una atención especializada, considerando el sesgo de estos datos frente a la poca aceptación de los padres de sugerir una condición mental de sus hijos, siendo estos calificados en su gran mayoría con mala conducta y no más allá.

En el otro extremo de la descalificación de la salud mental, también se evidencia la patologización de los infantes, pues se percibe un incrementado de niños y niñas diagnosticados con cuadros patológicos relevantes como autismo, hiperactividad, TDAH, conducta desafiante, entre otros, que frecuentemente implica un lugar para el infante como el “diferente, raro, no normal” en el discurso de los padres. He ahí la importancia de dar un énfasis en la clínica infantil con mayor sutileza al tratarse de un individuo en formación, donde, la dirección de la cura puede ser un factor fundamental.

Estas nociones tanto de la patologización como de la descalificación de la salud mental en la infancia permiten introducir la necesidad de diferenciar, por una parte, el pensamiento fantasioso normativo en la niñez y, por otra, el pensamiento delirante como

una construcción patológica. Por ello, la presente investigación tiene como objetivo analizar las diferencias entre las ideas delirantes y la fantasía en la infancia en relación al campo de las psicosis en contraste del campo de las neurosis desde el Psicoanálisis; haciendo hincapié en los elementos teóricos y conceptuales de Sigmund Freud, Jacques Lacan y de otros autores contemporáneos dentro de la misma línea, en función de puntualizar la fantasía y el delirio que despliegue una apuesta por la estructura y dinámica de las psicosis o de las neurosis.

La psicosis en la infancia es una noción en construcción. De hecho, dentro del campo del psicoanálisis lacaniano, ocupa un lugar de debate en cuestión de diferenciarla del autismo o no (Tendlarz, 2016). Si bien, las definiciones trazadas sobre la psiquiatría infantil indican un recorrido desde 1880 “Bercherie señala que la noción moderna de psicosis infantil proviene de la introducción de Bleuer del diagnóstico de esquizofrenia en 1911” (Tendlarz, 2010, p.18). Para lo que fue necesario renunciar a la idea de que los niños eran adultos pequeños y aceptar la idea de que los sujetos infantiles tienen una dinámica propia y diferenciada (Obando, 2012).

Con lo que respecta a este campo de la psicosis Tendlarz (2016) señala la dificultad diagnóstica en la infancia, debido a que con frecuencia “las fabulaciones ideativas que no se organizan como un delirio dificultan el diagnóstico diferencial. ¿Se trata de un niño con mucha imaginación o de un delirio? ¿Qué relación guarda con lo que dice? ¿Es una certeza psicótica o una creencia dialectizable?” (p. 55). Cuestionamientos que se presentan en la práctica clínica y que son ejes importantes en la construcción del caso y dirección de la cura. Es decir, el interés se funda en la complejidad de delimitar la frontera entre la fantasía con las ideas delirantes en el periodo de la infancia.

Por último, esta investigación es factible por el acceso de información teórica de los postulados de Freud, Lacan y otros autores contemporáneos que permitirá una aproximación a la pregunta ¿Cuáles son las diferencias entre las ideas delirantes y la fantasía en relación a las psicosis infantiles? Misma que, puede constituir un marco teórico referencial y una aportación en la clínica psicoanalítica de las psicosis en la infancia.

## Constitución subjetiva; Edipo y los tres tiempos

Desde el psicoanálisis la constitución subjetiva se fundamenta en un amplio recorrido teórico y clínico para representar el devenir del infante en sujeto hablante (Ulriksen, 2015). Para Freud (1924) la constitución del psiquismo se instaura en base de la resolución del complejo de Edipo, es mediante este que se traza una línea entre ser objeto de deseo de la madre a ser un sujeto dividido por la instauración de la ley, en cuanto atravesar el complejo de castración.

Lacan (1957), en el *Seminario 5* efectúa una lectura del Edipo de Freud y plantea la Metáfora Paterna y los tres tiempos lógicos no cronológicos. En el primer tiempo, el infante se identifica en espejo con el objeto de deseo de la madre, el falo. Falo en tanto imaginario que es “la referencia al deseo de la madre y la idea ilusoria de complementariedad” (Vega, 2015, p. 6). Es decir, el primer tiempo es esa indiferenciación madre-hijo, donde la madre es para el niño un objeto que llena su necesidad, el niño envuelve el deseo de la madre, ya que ella está en falta, por lo que se identifica como el falo imaginario formando una relación de completud madre-hijo. En este tiempo el niño no reconoce lo que representa para el Deseo Materno, pues es un enigma. (Lacan, 1957). En el segundo tiempo se incorpora un elemento distinto al Deseo Materno y es el Nombre del Padre o S<sub>2</sub>; que interviene con una palabra interdictoria, más no por su presencia. La función paterna interviene a nivel imaginario como privador del deseo materno, es decir priva a la madre de su objeto que la complementaría y al niño de ser este falo imaginario. Esta presencia del padre pone en duda al niño como falo imaginario de su madre, notando que el deseo de su madre tiene otra dirección (Dor, 1989). Esto permite dar lugar a una diferenciación producto de la castración simbólica del deseo de la madre y de la privación al niño de ser objeto de satisfacción del deseo materno.

A este tiempo se interpone lo formulado por Lacan (1949), el estadio del espejo: en función de ser un primer momento imaginario de identificación del yo. Se trata de una construcción estructural con su propio yo y, por ende, con el otro en tanto viene a ser otro como yo, mi semejante (Blasco, 2013). De hecho, Lacan (1957)

precisa que es el estadio del espejo por el cual lo que se desprende al sujeto lo liga, al mismo tiempo con la aparición de la ley.

Todo aquello se entrelaza al tercer tiempo que concierne el declive del Edipo. La función paterna orienta al niño a eso que le falta a la madre, reinstaura la instancia del falo como objeto de deseo de la madre. De esta forma, la madre pasa a ser de un Otro absoluto a un Otro tachado que designa también la castración de la misma. El sujeto en formación cambia de ser el falo imaginario a la instancia de quererlo, entrando de esta manera a la lógica de la falta y el deseo. No obstante, es el padre real que da lugar a la castración; tiene el falo, pero no lo es, denotando cierta carencia y la existencia de una ley que lo excede (Lacan, 1957).

Esta elaboración estructural y dinámica introduce al infante a un orden simbólico, es decir, permite la instauración del lenguaje y la cultura en efecto de la operación de la Metáfora Paterna como una fórmula en la que el Nombre del Padre sustituye el Deseo Materno, en medida que establece una separación entre la madre y el niño en efecto de la castración simbólica que a la vez va estructurando el inconsciente del sujeto. (Dor, 1989).

En conclusión, la construcción subjetiva en el campo psicoanalítico tiene sus bases en la disolución del Complejo de Edipo freudiano y la resolución de la Metáfora Paterna lacaniana en relación a otros elementos y fenómenos psíquicos como el estadio del espejo, el goce, el Otro y más; que ubica al sujeto en una estructura psíquica ya sea neurosis, perversión o psicosis.

## **Neurosis y Psicosis en Freud y Lacan**

Por un lado, Freud (1924) interesado en diferenciar la neurosis de la psicosis, refiere que la psicosis es un conflicto entre el yo y el mundo exterior y que la neurosis es el resultado entre un conflicto del yo y del ello. El psicótico pierde contacto con la realidad y recrea una más soportable con parches sustitutivos como el delirio, las alucinaciones y la construcción de neologismos (Manrique y Lodoño, 2012). Esta pérdida surge del fracaso de la represión, por lo que, la psicosis se consideraría como una estructura preedípica

al posicionarse como una etapa anterior a la asunción simbólica (Rosine y Robert Lefort, 1980).

Se trata entonces de una operación fallida que altera el vínculo con la realidad dando lugar a una reparación total que constituye la estructura psicótica, a diferencia que en la neurosis se reconstruye un fragmento segregado por la instauración del principio de realidad, donde la fantasía recoge el material psíquico para edificar esa ración de modo simbólico (Teixidó, 2002; Furman, 2018). En la psicosis frente a la renuncia del contacto con la realidad no hay una sustitución por medio de una fantasía, sino que lo libidinal retorna como un delirio a modo cura o resolución (Illescas, 2019).

Por otro lado, Lacan (1975) indica que lo que determina al sujeto no es su esencia, sino, su posición respecto a los otros sujetos y a otros significantes. Establece la forclusión del Nombre del Padre como el mecanismo fundamental en la constitución del psicótico.

El individuo rehúsa el acceso de un significante a su mundo simbólico y lo que queda afuera forcluido, vuelve en el seno de lo real bajo la forma de alucinación y delirio (Zuluaga, 2010). Una vez que surge el vacío de este significante se da paso a los elementos restitutivos (alucinación y delirio) como efectos de lo imaginario en magnitud. De hecho, Lacan en 1946, define a la psicosis como una identificación imaginaria sin mediación que apunta a un desencadenamiento que consigna al sujeto a lo ilimitado e incierto que da lugar al delirio (Rodríguez, 2009).

Entonces, las alucinaciones y delirios como fenómenos elementales son resultado de una metáfora paterna que no operó (Texidó, 2003; Duguech, 2019). El nombre del padre en tanto significante, representa ese significante que da lugar a la ley en efecto de la metáfora paterna (Lacan, 1956). Es así que, la constitución psíquica depende de este para instaurar la significación fálica, caso contrario se establece una estructura sin deseo ni fantasía, como en las psicosis (Illesca, 2019). En esta estructura psicótica se conserva una relación con el Otro con toda su omnipotencia y por consecuente, se evidencia un exceso de goce que se presenta sin ley al no estar localizado por el significante fálico. Trachter (2017), indica que el lugar del Otro en la psicosis está alterado y le habla, es el lugar de las voces y de la metáfora delirante.

En otras palabras, la enseñanza de Lacan connota que lo que produce al sujeto es lo que le representa y lo que lo causa procedente de la acción de lo simbólico sobre lo real y lo imaginario. No obstante, en la psicosis los significantes están holofraseados, es decir, se pierde la capacidad de hacer representar al sujeto y de encontrar su lugar en el Otro y consecuentemente se presenta una desestabilización o caos en el individuo (Duguech, 2019). Lacan (1955) define la holofrase como la captura masiva de la cadena significativa que impide la apertura dialéctica. De tal forma, la certeza es parte de la ideación delirante al quedar el individuo identificado a S1 como objeto de otro cuerpo o condensador de goce.

En las psicosis el proceso de simbolización tiene una interrupción que desemboca de ciertos fenómenos psíquicos y a la vez de una “decisión insondable del ser” (Lacan, 1946). Según Gutiérrez y González (2016) y Duguech (2019), la forclusión del Nombre del padre o irrupción de la cadena de significantes produce una ruptura del lazo fundamental con el Otro o resulta de la perversión del Otro que mantiene al niño en una posición forzada de objeto, bloqueando su devenir en sujeto. Frente a esta realidad abrumadora lo real se impone con significantes “cruels” (imperativos, amenazantes, insultantes) en base a un imaginario no mediatizado por el simbólico.

De hecho, Lacan (1983), en *Dos notas sobre el niño*, señala que

la articulación se reduce en mucho cuando el síntoma que llegue a dominar competa a la subjetividad de la madre, ya que el niño está involucrado directamente como correlativo de un fantasma (...), el niño queda expuesto a todas las capturas fantasmáticas y se convierte en objeto de la madre y su única función es entonces revelar la verdad de este objeto (p. 55-56).

El infante viene a ser el objeto *a* en el fantasma materno, connotando que la única salida hacia “una constitución subjetiva implica la relación con un deseo que no sea anónimo” (Lacan, 1983, p. 56), Es decir, la función paterna converge en la subjetividad del niño, en tanto que su nombre es el vector de una representación de la ley en el deseo.

Por ello, la subjetivación implica conquistas simbólicas que surgen de poner distancia con respecto a la posición de objeto del deseo materno, al ubicarse como condensador de goce del Otro. Si no existe este distanciamiento se habla del exceso de goce en el cuerpo, un goce invasor no regulado, que da lugar a una dimensión persecutoria y omnipresente que compromete gravemente el lazo social indispensable para la vida.

Además, involucra un ímpetu de lo imaginario sin mediación de lo simbólico, evidenciable con frecuencia en la clínica (Duguech, 2019).

Frente a esta operación fallida de lo simbólico, la realidad exterior queda por fuera del individuo. Realidad que según Vandermerch (2011), tiene una estructura de ficción “está tendida en la pantalla del fantasma, pantalla cuyo marco es desapercibido. El marco está reprimido y hecho por el objeto *a* que no tiene su lugar en el mundo visible, es imposible de poner en palabras” (p. 664). Por ello “lejos de oponerse a la realidad, el fantasma instala al sujeto en una realidad interpretada, una realidad sensata, a costa de la represión primaria en la neurosis” (p.662). Entonces la percepción de la realidad revela una subjetividad interpretada en el neurótico mientras que en el psicótico una construcción de la misma con certeza.

Si bien existe un cuestionamiento si hay fantasma en la psicosis el delirio no está lejos, aunque exista una ruptura con la realidad y una desaparición de la convicción de los hechos. La  $\$$  del fantasma resuena que el sujeto está sometido a la represión originaria y al proceso de alienación-separación. Proceso que también está falseado en la psicosis a lo cual, Trachter (2017) expone que: “Pervertidas las leyes del lenguaje en las psicosis, lo que debería articularse de la cadena significativa en el fantasma en relación con *a* se hace en el desorden” (párr. 7), y cita como ejemplo lo siguiente: “Supongamos un fantasma alrededor del objeto oral, que se enunciaría “Comen a un niño”, fantasma siempre más o menos presente en el niño, así como en numerosos mitos, cuentos y relatos. Este es el caso de Sylvie, para quien el objeto oral conserva su impacto de real con lo que entraña de temores de devoración, el lenguaje mismo está subvertido, y el imperativo “¡Come, Sylvie!” se convierte

en “Come a Sylvie”, cómete tú misma”. (Trachter, 2017, párr. 7). Por lo que, se podría decir que se toma la palabra por la cosa.

Pero, si el fantasma tiene la función de dar soporte al deseo, fijar el goce y ser la pantalla simbólica-imaginaria a lo real (Vargas, 2020) ¿Cómo se podría hablar de fantasma en la psicosis? El fantasma en la psicosis no tiene la función de sostener el deseo, por el contrario, el psicótico se detiene en el fantasma al generarse una inflación de la significación del fantasma invadiendo toda la vida del sujeto con su significación absoluta a causa del fracaso de la castración simbólica (Trachter, 2017; Vargas, 2020). Miller (1983) explica esta inflación progresiva de la significación como:

la invasión del fantasma sobre la significación completa: el fantasma invade todo el campo de la significación para el sujeto, convirtiendo toda la vida del mismo en una significación única. Así aparece una perspectiva de realización del fantasma, este deviene real progresivamente. (p. 28)

Para esto, Miller (1983) connota una gama de matices del fantasma uno de ellos el fantasma psicótico y toma como ejemplo el caso Schreber al citar un primer fantasma cuando menciona “Sería hermoso ser una mujer sufriendo el acoplamiento” (Trachter 2017; Duguech, 2019). Pues este enunciado al inicio de la psicosis mantiene la estructura de ser un fantasma en el campo de la conciencia del Otro y es significado por el presidente Schreber de la misma forma que lo haría un neurótico. No obstante, Miller (1983) plantea “una inflación progresiva de la significación” que se genera en el segundo fantasma ya claramente psicótico “Ser la mujer de Dios”. Es con este segundo fantasma que alcanza construir la metáfora delirante como una defensa del sujeto contra la pulsión homosexual que lo amenaza (Trachter, 2017). Esto en efecto de la insuficiente función de defensa que tiene el fantasma, impulsando al sujeto a construir la metáfora delirante para suplir tal fin. Entonces, el fantasma en la psicosis actúa a falta de la regulación fálica, sosteniendo que el sujeto a lo que se enfrenta es al goce del Otro. Trachter (2017) y Vargas (2020) plantean que la pre-psicosis mantiene una similitud con la neurosis, ya que en

ambas funciona el fantasma, no obstante, cuando existe un desencanche o desencadenamiento psicótico contingentemente se produce una reestructuración de este, consolidando la metáfora delirante frente al déficit de la función del fantasma. Esta falta de regulación fálica presente en el devenir del infante podría connotar la sutileza en la clínica con infantes y de la clínica de las pre-psicosis en la infancia.

## **Psicosis en la infancia**

Históricamente, durante los tres primeros cuartos del siglo XIX, la psiquiatría consideraba al retraso mental como único trastorno mental infantil. Es en los años 30 del siglo XX que surge una psiquiatría alemana y francesa específica orientada a los niños y, según Paul Bercherie, es gracias a la atribución del psicoanálisis (Duguech, 2019). Considerar las psicosis en la infancia en los tiempos de su constitución subjetiva es una novedad que se hace posible especialmente a partir de los desarrollos de Jacques Lacan y su concepto de sujeto, que se constituye a partir del Otro simbólico que le preexiste (Tendlarz, 2010).

No es hasta la Segunda Guerra Mundial que la noción de psicosis infantil rompe verdaderamente su desarrollo en los intentos de Klein, Tustin, Mahler, entre otros, y es Mannoni junto a Dolto quienes apuntan a que la psicosis se presenta al inicio de estados debilitados, responsables del porvenir de estos niños (citado en Gorog, 2006). Duguech (2019) indica que la ausente consideración de la relación del infante con el Otro y los procesos fundantes consecuentes dio lugar al desconocimiento de la dinámica psíquica de los niños, designándolos como retrasados. La deficiencia mental se connotaba únicamente a causas orgánicas, en tanto trastornos del neurodesarrollo que designaban un tratamiento farmacológico excluyente de causas psíquicas.

Desde los postulados de Freud (1919), la infancia es el escenario de la construcción del sujeto en y por el deseo, en y por el ejercicio del placer ligado a las representaciones de objetos. En el psicoanálisis, la infancia determina el marco sexual dentro del

cual el sujeto y su pensar se conservan por sublimadas que sean sus operaciones (Acuña, 2018). Conformándose esta etapa como constituyente del psiquismo del sujeto, pero también como un preámbulo de estados psicopatológicos. Es así que, en la infancia, no se ostentan nosologías clínicas debido a que el sujeto en formación no ha entrado aun completamente en el lenguaje (Marchesini, 2014). El surgimiento del sujeto es una respuesta basada en la relación con el Otro primordial, en el caso de la psicosis el lugar de objeto para el Otro.

Algunos autores coinciden que a nivel estructural no hay diferencia entre la psicosis en el adulto y en el infante lo que se distingue es la presentación. (Marchesini, 2014; Duguech, 2019), puesto que es necesario tiempo y determinadas operaciones psíquicas para que la relación cuerpo-lenguaje se produzca. Lacan (2008) en el *Seminario 2* habla de la psicosis en general al puntualizar que es atemporal y no varía a lo largo del tiempo y, por lo tanto, no es infantil. Pero, manifiesta que la identificación del fenómeno psicótico en niños requiere de una clínica particular y sutil; la psicosis es la misma en ambas etapas, pero lo que se modifica es la exposición y lo que se considera es el encontrarse en estructuración.

La psicosis infantil ha evolucionado en su semiología y ha cambiado su marco teórico. Actualmente, los autores conciben ciertas formas clínicas como la del autismo infantil, las psicosis simbióticas (precoces) y las disarmonías psicóticas (Marcelli y Ajuriaguerra 2007; Obando 2012). Desde los estudios de Winnicott (1971) el origen de la psicosis infantil se situaba el conflicto de la relación recíproca madre-hijo. El bebé experimenta una ilusión de omnipotencia con la presencia de la madre suficientemente buena que lo sostiene, madre que, si falla, genera una desilusión que conlleva en el infante angustias impensables y, como consecuencia, un retorno a un estado con ausente percepción de habitar en su cuerpo o con pérdida del sentido de la realidad (Winnicott 1971; Marcelli y Ajuriaguerra, 2007).

Según Mahler (1984), los infantes con cuadros psicóticos raramente manifiestan trastornos de conducta durante los primeros años, a excepción de las alteraciones del sueño. Es hasta el tercer

o cuarto año de vida que hay una presentación de signos y síntomas. Esto como producto de la frustración inherente de la independencia motriz que genera una ruptura con la realidad frente a una vulnerabilidad del Yo. Los cuadros psicóticos en la infancia se pueden presentar con fobias arcaicas, terrores, sensación de amenaza externa, desestructuración lingüística, somatizaciones, despersonalización y pensamiento desbordante. Se exterioriza un infante dirigido por fantasías de aniquilamiento e intentos por la aceptación de la realidad (Obando, 2012).

Klein (1961) sostenía que la presentación de la psicosis en niños es diferente que la psicosis en el adulto. Recalca que, las variaciones individuales que se revelan en los infantes en cuanto al ajuste mental implican los mecanismos de defensa que el yo haya constituido en los estadios iniciales de su desarrollo. Fundamentos base para proponer la idea que los rasgos psicóticos o psicosis pueden ser contenidos mientras el individuo está en sus primeros años de vida. Perspectiva que connota que, si bien las psicosis no se curan desde el punto de vista estructural, se pueden direccionar a un impacto patológico menor en la vida del sujeto (Duguech, 2019).

Ya Sante de Sanctis, en 1909, plantea por primera vez una distinción de la psicosis en la infancia con la psicosis en la adultez en correspondencia con su gravedad, indica que una manifestación temprana o un debut antes de la pubertad apunta un cuadro de rápida evolución y masividad (Gutiérrez y González, 2016; Janín 2019). Reafirmando la idea de la detección temprana para intervenir antes del desencadenamiento implacable y lograr coagular el devenir. En otras palabras, la temporalidad podría considerarse como un factor en la presentación clínica de la patología, en la infancia tal desenganche podría tener una reparación más condescendiente bajo la transferencia; clínicamente, esta idea es crucial en la psicosis en niños.

Además, Klein (1930) refiere que las psicosis en la infancia pueden ser menos evidente que en la adultez, pues el apartamiento de la realidad, la dificultad de concentración, la ausencia de relación emocional y la conducta sin sentido pueden sorprender menos que en la adultez. Articulando lo mencionado por Tend-

larz (2016), el fenómeno delirante permite designar la estructura, pero en el infante se debe considerar que este fenómeno está pendiente a la confrontación con el Otro sexo y su incidencia en la estabilización que logre alcanzar a medida que se confronten a diversas coyunturas de desencadenamiento.

En la infancia se tropieza repetidamente con la dificultad de localizar el instante de desencadenamiento, ya que queda opaco o porque falta (Tendlarz, 2010). Pues, la estructuración psicótica de un niño no es ajena a su historia subjetiva como tampoco a la relación familiar, particularmente con su padre y madre (o personas que tengan esa función). Por lo que, la psicosis es inherente a la relación del niño con el Otro, con su cuerpo y su semejante en efecto de su posición frente a los otros significantes y el no anudamiento de los registros (Duguech, 2019). “Lacan anuncia que en la psicosis están los tres registros: real, simbólico e imaginario. El problema es que ellos actúan disociadamente o sea no sé anudan, no se cortan recíprocamente, cada uno anda por su lado” (Lacan citado en Jerusalinsky, 2003, p. 92)

En otras palabras, en estos niños lo imaginario queda desarticulado y lo simbólico al ser rechazado no incide en el recorte y el vaciado de goce del cuerpo, evidenciándose una perturbación del mismo que no hace síntoma (Manzotti, 2008). Panetta y López (2008), referente a casos de niños psicóticos, indican que “respecto a lo imaginario, aparecen diferentes modalidades de respuesta desde el cuerpo ante la imposibilidad de respuesta desde el significante (...), Pedro un niño psicótico, interrogado por su ser responde encarnando distintos personajes que implican una legalidad: el policía, el presidente, entre otros” (p. 105) y sugieren que, frente a la forclusión del Nombre del Padre, como regulador del orden simbólico responde con el personaje como intento fallido de suplir este vacío, en tanto este personaje es el que imparte legalidad y no recae sobre él. Concluyendo lo mismos autores, que:

si bien no podemos localizar en los niños la estructura sistemática del delirio, sí estructuras discursivas que dan cuenta de la coagulación entre S1 y S2, o sea, frases plenas de significación para el sujeto, en las cuales no hay posibilidad de articulación significante. (p. 105)

A lo cual Zack (2014) refiere la necesidad de articular el desencanche del Otro con la ruptura en base a la noción de goce-pulsión de muerte, aquello que en los casos de psicosis infantil es complejo determinar. Estas manifestaciones que aparecen de diferentes formas de respuesta desde el cuerpo, un cuerpo en tanto otro como soporte del vacío, se presenta en la psicosis sin límites, sin reglas, sin ley y, por ende, su carácter incommunicable deja al sujeto en una soledad radical, donde lo ideal sería ligar un real a elementos imaginarios y simbólicos y volver la experiencia menos enigmática. De hecho, en su última enseñanza, Lacan (1971) acentúa la falencia en el anudamiento de los tres registros más no si hay o no hay forclusión del Nombre del Padre (Zack, 2014). Desencadenamiento que, si bien es impredecible, es preferible si se produce lo más tarde posible, puesto que no es lo mismo una irrupción en la infancia que en la adultez (Klein, 1961; Marchesini, 2014).

## **Delirio y fantasía en la infancia**

Desde los postulados freudianos en el intento por diferenciar la neurosis de la psicosis se establece algunas distinciones de la fantasía y el delirio en correspondencia a la realidad. En el texto de *Neurosis y Psicosis*, se expone que “acerca de otras formas de psicosis, las esquizofrenias, se sabe que tienden a desembocar en la pérdida de toda participación en el mundo exterior, enseñando que el delirio se presenta como un parche colocado en el lugar donde originalmente se produjo una desgarradura en el vínculo del yo con el mundo exterior” (Freud, 1924, p. 157). En la misma línea, Freud (1924), en el escrito *La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis*, indica que la fantasía en la psicosis desempeña el mismo papel que en la neurosis, puesto que constituye la cámara del tesoro donde toma el material para edificar la nueva realidad. Es decir, la neurosis se apuntala al mundo de la fantasía para sustituir la realidad indeseada por otra más conforme al deseo. Mientras que, en la psicosis se recoge el material para reparar y reemplazar la realidad de forma cabal y patológica con la formación delirante.

Así, para ambas estructuras frente a la pérdida de la realidad se cuenta un sustituto de la misma.

Freud (1911), en el Caso de Schreber, conceptualiza el delirio como el intento de curación, como restitutivo de un cierto orden de sentido para el sujeto en efecto del desencadenamiento psicótico. Para Lacan (1955), el delirio es un fenómeno elemental, en el sentido que subyacen al conjunto de la construcción delirante y a organizaciones análogas a nivel de la tematización y composición del mismo que estructura al sujeto.

Afirma que el delirio en el sujeto psicótico actúa a modo de defensa - defensa que el sujeto neurótico es consciente, pero no en el sujeto de la psicosis.

Un delirio psicótico connota siempre un elemento de certeza que ejecuta el papel lógico del axioma. La creación lógica mantiene por objeto que cualquier otro consiga pensar en lugar del lógico, a diferencia del psicótico que estará gozoso en el lugar de único. La realidad psíquica se constituye entre una y todas las representaciones, es la correspondencia del uno con el todo, un todo al que le falta ese uno, es decir, implica la lógica de la cadena de significantes. En la psicosis por la forclusión del Nombre del Padre esta organización simbólica queda abolida y, frente a ello, cada estructura clínica determinará una forma de suplir este vacío sin cifrar; en la neurosis será ocupado por el fantasma, mientras que, en la psicosis por el delirio. (Panetta y López, 2008).

De tal modo, el delirio se construye a partir de las emergencias de los fenómenos elementales y estructurales que, en referencia a la infancia, se designa la presencia de ideas delirantes de tipo paranoide, autorreferenciales o de persecución. Ideas que particularmente suelen corresponder a cuestiones de la identidad y desarrollo que connotan a diferencia del adulto menos complejidad y sistematización (Gutiérrez y González, 2016). Además, se distingue que en la infancia no hay desencadenamiento o al menos es de difícil localización en función de que el principio de realidad no opera de igual forma en la infancia; predominando la imaginación y la fantasía (Jerusalinsky, 2003) Por otro lado, la fantasía en la infancia ha sido trabajada en diversas líneas del pensamiento, desde la teoría del desarrollo hasta la psiquiatría, como un ele-

mento normativo en el psiquismo infantil. No obstante, el psicoanálisis no ha dejado de lado este elemento por el mismo hecho de configurarse fundamental en la estructuración subjetiva. La elaboración de la fantasía es una piedra angular en la capacidad del niño para distinguir la realidad y constituye un lado de la dialéctica y coexistencia entre ambas (Duguech, 2019). Para ello, el infante debe tener la capacidad de diferenciarlas y es bajo esta lógica que percibe los objetos reales y no reales al mismo momento.

La fantasía es un producto de la realidad psíquica, es un equivalente a la experiencia subjetiva más influencias deseables. Freud (1908) define la fantasía como una satisfacción parcial de los deseos derivados de las pulsiones inconscientes sexuales y agresivos. Aquellas que disfrazan, desplazan, transforman, pero, principalmente, crean un segundo teatro de operaciones donde acontece todo lo que puede suceder con una libido activada ligada a las representaciones (Barón, 2011).

Freud (1908), en el texto *La novela familiar del neurótico* refiere que

en efecto, tanto la esencia misma de la neurosis como la de todo talento superior tienen por rasgo característico una actividad imaginativa, de particular intensidad que, manifestada primero en los juegos infantiles, domina más tarde, hacia la época prepuberal, todo el tema de las relaciones familiares. (p. 1362)

Señalando, que la realización de estas fantasías conscientes depende de la habilidad y el del material que el niño encuentre a su disposición funcionando estas obras de ficción como una explicación para el neurótico de su propia historia. Es así, que esta fantasía en la infancia no es, en el fondo, sino la expresión de su pesar por haber perdido esos días tan sobrevalorados de los primeros años (Freud, 1908).

Por otro lado, en la enseñanza freudiana, la fantasía está sometida al principio de placer, es ese fantasear que inicia en el juego infantil y luego se trasmuta en la ensoñación diurna. Puesto que al instaurarse el principio de realidad queda libre o desprendida una actividad de pensamiento (Ungar, 2017). Freud (1908) en el texto

*El poeta y los sueños diurnos*, plantea que tanto las fantasías como los sueños diurnos se crean en el plano de un mundo fantástico, pero con una distinción de la realidad y que, pese a toda la investidura afectiva que el infante otorga y afianza, sus situaciones u objetos imaginados lo diferencia del mundo real al igual que el poeta.

En cuestión, estas fantasías o ensoñaciones conscientes connotan que son realizaciones de deseos que, para Freud (1900), son motivadas por sucesos reprimidos infantiles. De esta forma, se presenta la otra versión de las fantasías, las inconscientes. Según la teoría kleniana (1932), las fantasías inconscientes constituyen representaciones mentales innatas procedentes de las pulsiones. Estas pueden haber sido siempre inconscientes o han sido conscientes y por efecto de la represión, devinieron inconscientes como el intento de defensa contra la memoria de la propia práctica sexual, surge como un modo de existencia (Gutiérrez, 2016). Sobre todo al puntualizar que, “entre el síntoma y las impresiones infantiles se intercalan las fantasías” (Passerini, 2011, p.119).

Además, en relación a la fantasía en la infancia no se puede dejar de lado el juego, mismo que en la infancia es una producción psíquica que permite gestionar la realidad y elaborar conflictos en efecto de la elasticidad que la representa. Jerusalinsky (2003) indica que, “como los niños juegan a cosas que no saben cómo se hacen introducen una dilatación de la ficción o sea la fantasía, el imaginario se dilata para recubrir con un saber imaginario lo que no saben” (p.19). Juegan a ser lo que aún no son como al papá a la mamá, con teorías inventadas acerca del mundo que los rodea (por ejemplo: ¿dónde está la luna? Está durmiendo en su casa por el frío). Es así que, este saber imaginario es esencial porque es el modo que los infantes exploran el mundo, dilatando el imaginario, creando un ensanchamiento del espacio ficcional.

Generalmente, este ejercicio de un saber imaginario es permitido por los adultos y facilita la respuesta de los niños a un ideal futuro. De tal forma, Jerusalinsky (2003) refiere que en la infancia “el significante tiene mucho más una función de sostener una suficiencia para responder un ideal futuro que una relación de establecer el límite simbólico de lo real” (p. 20). El Otro en la infancia está en una posición futura, algo que demanda venir a ser, en cam-

bio, en la adultez, la posición del gran Otro está en el pasado, en lo infantil del sujeto que pervive de modo inconsciente. Señalando así que, los niños tienen dificultades para encontrar el límite entre lo real y lo simbólico.

A lo que Illesca (2019) se pregunta si el juego de fantasía se establece en los parámetros del espacio de juego o desdibuja la diferencia entre realidad y fantasía, es decir, en qué medida podría desorganizar y desorientar al niño sea este neurótico o psicótico. Más aún en los psicóticos o borderline al ser más vulnerables a este colapso que es inherente en el juego, ya sea que la realidad triunfe sobre fantasía o de manera patológica la fantasía conquiste la realidad.

## **Discusión**

La especificidad del psicoanálisis en niños es un campo delicado. al ser todo niño un sujeto en devenir, en el que opera una serie de particularidades vinculadas a la estructura psíquica en constitución. Una de ellas, es la relación con el fantasma a lo que Jerusalinsky (2003) expone: “si en la psicosis hay una primacía de lo real y en la neurosis hay primacía de lo simbólico, en la infancia hay primacía de lo imaginario, en tanto que, la relación que tiene un sujeto infante con el significante no es la misma que la que tiene un adulto” (p. 33), marcando que, “no está decidido en un niño pequeño su posición en cuanto a su sujeto del inconsciente, lo que quiere decir que aún en la infancia no está decidida la posición psicopatológica que lo va caracterizar” (Jerusalinsky, 2003, p. 33).

Asimismo, Duguech (2019) cuestiona la idea de estimar una estructura en la infancia, al recalcar que, en la misma, el lado mártires del inconsciente está más al descubierto – a cielo abierto – que el de la supuesta libertad de la psicosis, que en el adulto que implica un trabajo secundario propio del delirio. Es decir, discute cómo un infante puede ser posicionado en una estructura que aún no cuenta con el límite del Otro, y de un goce insuficientemente domesticado por lo simbólico. Connotando que, si el delirio es

resultado de la estructura psicótica ¿cómo ostentar este fenómeno en la infancia, al estar el individuo en un proceso de subjetivación? y sugiere que podría ser más producto de la ausencia del punto de capitón<sup>1</sup>.

Designar si se trata de un infante con mucha imaginación o delirante, es un equivalente a establecer la frontera entre una patología psicótica y una estructura psicótica. Así como lo plantean Maleval (1987) en cuanto su escrito de *La locura histérica o psicosis disociativas en infantes y adolescentes* y Cordié (2000) en su estudio de *Los niños psicotizados*. Ambos autores establecen que cuadros clínicos con un lenguaje incomprensible, un yo debilitado, conductas regresivas y un discurso incoherente pueden evocar en un primer momento una psicosis, pero es necesario tiempo de escucha en una relación singular con el niño para discriminar lo que es del orden estructural del orden reactivo (relación con el Otro).

Referente a lo connotado del orden reactivo, se designa como resultado de experimentar una realidad donde la irracionalidad es ley y, por ende, la locura es una forma de reconstruir el mundo. Sin embargo, estas respuestas posibles conllevan una dificultad diagnóstica y, en consecuencia, un impacto en el futuro del niño, ya sea por ampliar el margen de niños psiquiatrizados innecesariamente o por el contrario al no tener una atención temprana los infantes no encuentran su lugar para las reconstrucciones del sentido (Maleval, 1987; Cordié, 2000).

Dinámicamente, la fantasía y los delirios presentan un cruce en las estructuras psíquicas (Freyman, 2018). Las psicosis sugieren el retiro al mundo de la bi/unidimensionalidad que involucra la incapacidad e imposibilidad de imaginar, donde los delirios y las alucinaciones serían los efectos de la fantasía que pretende restituir un equilibrio destruido (Ungar, 2017). Por ello, la frontera con la ensoñación imaginativa no es siempre fácil de determinar en estas estructuras al sugerir que estos elementos reconstitutivos en

---

1 Entendiendo que “Lacan propone el punto de capitón como una manera de relativamente fijar las plumas dentro del colchón, para que no pasen sino con dificultad de un lado a otro. El punto de capitón en el lenguaje sería lo que evita el deslizamiento eterno entre significante y significado, permitiendo una fijeza con cierta flexibilidad, pero no infinita” (Álvarez, 2012. párr. 1)

general son poco elaborados u opacos en el inicio de la estructuración (gritos, crujidos, órdenes sencillas). (Marcelli y Ajuera-guerra, 2007; Gutiérrez y González, 2016). Mismas que podrían llegar a resultar patógenas si el sujeto renuncia a la satisfacción pulsional en el objeto, colocando la condición para que la fantasía inconsciente se reactualice, se expanda y dé lugar al síntoma patológico (Freud, 1908).

Desde los estudios de Bleuler se enfatiza diferenciar las alucinaciones delirantes de las construcciones fantasiosas de los primeros años como los amigos imaginarios y las ensoñaciones, puesto que en la niñez pueden presentarse alucinaciones transitorias relacionadas a factores estresantes o por la misma particularidad de los juegos imaginativos. Además, se puede identificar alucinaciones ligadas a temores normativos de la edad como la obscuridad, insectos, entre otros, presentes en niños que por lo demás tienen un desarrollo “normal” (León, 2012). Todo ello, en efecto de no entender que los pensamientos son constructos representacionales, el niño pequeño siente que sus propios pensamientos reflejan el mundo externo. Pensamiento que con la integración de estos dos modos del mundo externo e interno se produce la capacidad de mentalización, (Fonagy y Target, 2006), un logro evolutivo de los niños posterior a la primera infancia.

Las observaciones de Winnicott (1971) son particularmente importantes cuando se piensa en lo difícil que es divisar las condiciones de vulnerabilidad en las psicosis infantiles. Principalmente por la incapacidad de los padres de distinguir entre la construcción de un mundo disociado de la realidad y el mundo de la fantasía infantil que suele ser ignorado en niños que están desarrollando un camino psicótico (citado en Masi, 2006). Además, Winnicott (1971) intenta demostrar la necesidad de diferenciar estas en base a que, en este retraimiento hacia la fantasía, cuyos cimientos se implantan en la infancia, se da lugar a una disociación de la realidad psíquica de la cual surge el mundo ilusorio y la proliferación delirante constituyente de la enfermedad adulta.

De igual manera, Masi (2006) recalca que la ausencia de identificación entre la fantasía y el delirio en la infancia conlleva una vulnerabilidad hacia la psicosis. Por una parte, el ignorar de los

padres no permitiría una intervención temprana o, por otra parte, se evidencia un alentar en las manifestaciones clínicas destinando al infante a un ingreso más directo a la psicosis. Situación que no es ajena a la práctica clínica, en ciertos casos existen elementos sutiles difíciles de diagnosticar, aspecto que ya lo hablaba Tausk en 1919 y Klein en 1930 al describir niños con ausencia de plasticidad, maldad, desconcentrados y con fenómenos que se presentan como extrañas certezas que quedan fuera del sentido como fenómenos de perplejidad (Tendlarz, 2021). En este contexto, en la infancia se presenta particularidades que puede tramitar una vacilación imaginaria.

De hecho, Barón (2011) indica que las psicosis infantiles tienen perspicacia, ya que son un universo que se debe pensar como el cruce de dos conceptos: la noción de juego infantil y el pensamiento delirante, donde, se encuentra inmersa la fantasía. Por una parte, el pensamiento delirante es una unión de representaciones de realidad con deseos inconscientes que debe ser comprendido y no descartado para poder identificar y analizar los mecanismos que fundan la estructura o enfermedad. Mientras que, el juego es el modo que tiene el infante de representar las realidades que experimenta de manera externa y más no interna como en el adulto.

En efecto, las fabulaciones ideativas frecuentemente no se estructuran como un delirio en la infancia y obstaculizan el diagnóstico. “¿Se trata de un niño con mucha imaginación o de un delirio? ¿Es una certeza psicótica o una creencia dialectizable? Por ello, la precisión diagnóstica a partir del lenguaje se impone en mayor dimensión al adulto” (Tendlarz, 2016, p. 55). De igual manera, Gorog (2006) plantea que un particular en la infancia es como discriminar las alucinaciones y delirios cuando opera la fantasía en su esplendor.

Es así que, en la infancia existe una desventaja en no detectar el delirio más aún cuando estos fenómenos se pueden tomar por una mentira, legítima en las palabras del sujeto delirante sea cual sea su edad, pero con mayor subestimación si proviene de un niño (Gorog, 2006). Sin embargo, estos prejuicios en el espacio analítico quedan fuera, en función de enfatizar que el psicoanalista está en la posición de no saber nada de lo que el analizado va a decir. Por tanto, “la cuestión del delirio debe ser confrontada con

todo lo que se evoca como capacidad imaginativa de los niños” (Gorog, 2006, párr. 30). Ya que, para obtener parámetros estructurales fiables, es necesario que las modalidades imaginarias del infante puedan aislarse lo suficiente para extraer lo que es innegablemente patológico.

Vandermersch (2011) plantea que la realidad posee una estructura de ficción, donde lo real no es lo verdadero, sino lo que es conforme a la realidad. La certeza en el psicótico de que hay signos, connota lo que Clemens Neisser en 1892 llamo “significación personal”, uno de los alcances más reveladores de la clínica. “Esta significación no sitúa el delirio como error respecto a la realidad, sino que denota la posición singular del paranoico en su discurso: él es el blanco al que se apunta personalmente y de esto no puede dudar” la iniciativa del Otro para los delirios (p. 672). Entonces indica la lógica de la psicosis bajo el paradigma de que “el loco es un ser hablante y su locura no está menos sujeta a las leyes lógicas del lenguaje que el que se pretende normal”. (Vandermersch, 2011, p. 661).

En cuestión Gorog (2006) indica que, si bien en la teoría lacaniana las formaciones imaginarias no deciden la estructura y en los postulados freudianos la relación con la realidad no es un criterio diagnóstico, es necesario tener en cuenta en el infante la expansión imaginaria y qué constituye su límite fuera del sentido y qué lo enmarca, es decir. Lo importante es la posición que ocupa el sujeto en el desarrollo imaginativo. Por ejemplo, en relación a los cuentos fantaseos se podría marcar esta diferencia entre la fantasía y el delirio. La fantasía deja al sujeto de alguna manera entre paréntesis detrás de la figura del héroe de la historia, mientras que en el delirio típicamente se convierte en el objeto de la historia, dimensión por la cual el niño no puede escapar de la historia, alejarse o salir de ella. (Gorog, 2006). Ser objeto de la historia connota una dimensión de lo real donde la certeza incauta al sujeto en esta realidad.

Otra diferenciación planteada por Tendlarz (2016) es que la fantasía y fabulaciones abundan en la infancia con relación a los cuentos infantiles de princesas, hadas, superhéroes, mientras que, las ideaciones delirantes mantienen una particularidad de injuria e imperativos con nociones persecutorias o erotómanas con

una dificultad de sistematización. Además, determina en el delirio una particularidad de la fragmentación corporal y la vacilación imaginaria que produce efectos sobre el cuerpo del sujeto.

Se evidencia que este sutil borde entre la fantasía y el pensamiento delirante en la infancia connota una gran diferenciación tanto estructural como patológica que se ha de considerar crucial en la clínica en niños. Tomando en cuenta que en la psicosis la retención del objeto *a* tiende a ser angustiante, ya que positiviza la mirada o hace que la voz se vuelva audible, siendo la base del delirio (Gorog, 2006), mientras que, la fantasía se despliega del principio de placer pues revela una salida de deseos inconscientes y una forma de elaborar conflictos. Frente aquello se finaliza con lo mencionado por Maleval (1987) pues sería lamentable tomar por un juego lo que no es un juego.

## **Conclusiones**

Después del desarrollo teórico de esta investigación se evidencia que la infancia para el psicoanálisis es el escenario de constitución del sujeto, mismo momento que configura una sutileza diagnóstica al estar el individuo inmerso en las vicisitudes de su historia y en el proceso de estructuración. Esta connotación permite concluir una primera aproximación a la dificultad de establecer una diferenciación entre la fantasía y el pensamiento delirante sin que estas respondan o no a la psicosis como estructura.

Una segunda aproximación a la pregunta desarrollada durante la investigación, en tanto diferenciar la fantasía y el pensamiento delirante en la infancia, es recalcar que la presencia de alucinaciones transitorias en la infancia, los fenómenos de perplejidad, la presencia de un discurso incoherente y la expansión y vacilación imaginaria pueden ser resultado de la relación insuficiente con el significante, de la primacía de lo imaginario y de la ausencia del punto de capitón; “normativo” en la infancia (si se podría decir) y en el momento de subjetivación.

Por último, se concluye la importancia de tener presente la posición singular del sujeto en su discurso, qué constituye su límite

fuera del sentido y qué lo enmarca. Referente a los infantes ¿el niño bosqueja el personaje de su historia o es objeto incauto de la historia? ¿experimenta la historia mediante nociones persecutorias e imperativos o como una elaboración de conflictos? ¿experimenta en este discurso angustia? En otras palabras, la relevancia del caso por caso, en tanto, ubicar qué lugar tiene el niño en su discurso metafórico, tomando en cuenta la posición de donde lo dice más que, lo que dice.

## Recomendaciones

Se recomienda realizar investigaciones futuras relacionadas a las psicosis en la infancia con una posible articulación de análisis de casos que permita una aproximación teórica y práctica que brinde una mayor ejemplificación de lo contextualizado.

## Referencias

- Acuña, E. (2018). La infancia desde la perspectiva del psicoanálisis: un breve recorrido por la obra clásica de Freud y Lacan; Klein y los vínculos objetales. *Tempo Psicoanalítico, Rio de Janeiro*, 50(1), 325-353.
- Álvarez, J. (2012). *Puntos de capitón*, (Discurso hablado). <https://es.scribd.com/doc/99450491/Puntos-de-capiton>
- Barón, O. (2011). *Oscar el hombre de agua, loco y genio. Un caso de psicosis infantil*, Universidad del Norte Editorial.
- Blasco, J. (2013). *Estadio del espejo. Introducción a la teoría del yo en Lacan*. Conferencias del ciclo Psicoanálisis a la Vista. Escuela de Psicoanálisis.
- Cordí, A. (2000). Los niños psicotizados. En *Los retrasados no existen*. Nueva Visión.

- Dior, J. (2003). *El padre y su función en psicoanálisis*. Nueva Visión.
- Duguech, G. (2019). *Constitución subjetiva y la psicosis en la infancia en su diferencia con el autismo*. XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Fonagy, P. y Target, M. (2006). The mentalization-focused approach to self pathology.
- Journal of personality disorders*, 20(6), 544-576.
- Freud, S. (1976). La interpretación de los sueños. En *Obras Completas I*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1979). El poeta y los sueños diurnos. En *Obras Completas IX*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1986). De la historia de una neurosis infantil. En *Obras Completas XVII*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1986). Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. En *Obras Completas XII*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914). *Introducción del Narcisismo*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1919/1986). De la historia de una neurosis infantil. En *Obras Completas XVII*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1984). Disolución del Complejo de Edipo. En *Obras Completas XIX*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1984). *Obras Completas, XIX*. Amorrortu Editores.
- Freymann, J. (2018). Traversée du fantasme et délire. *¿L'inconscient, pour quoi faire?*, 103-116.

- Furman, M. (2018). *Sin agujeros. Tratamiento posible del autismo y de la psicosis en la infancia y adolescencia*. Tres Haches.
- Gorog, J. (2006). La pertinence du délire chez l'enfant. *Revue Figures de la Psychanalyse*, 2(14), 73-81. doi.org/10.3917/fp.014.0073
- Gutiérrez, R. y González, B. (2016). Las psicosis de inicio temprano: una revisión. *Revista de Psiquiatría Infanto-Juvenil*, (4), 458-468.
- Illesca, M. (2019). *Desenganches en psicosis de la infancia dentro de las instituciones educativas. Abordajes singulares en la psicosis infantil a través de una mirada Psicoanalítica*, [ Tesis ] Universidad Santiago de Guayaquil.
- Janín, B. (2019). *El sufrimiento psíquico en los niños: psicopatología infantil y constitución subjetiva* (1º Ed), Editorial Noveduc. ISBN 978-987-538- 617-4
- Jerusalinsky, A. (2003). Claves psicoanalíticas para entender al niño. *Memorias del Seminario "Claves para entender a un niño—Clínica psicoanalítica con niños"*, Ediciones Abya-Yala; Fundación Psicoanálisis y Sociedad.
- Klein, M. (1987). *El psicoanálisis del niño*. Paidós.
- Klein, M. (2015). *Relato del psicoanálisis de un niño*. Paidós.
- Klein, M. (1930). *La psicoterapia de la psicosis*. Bibliotecas del Psicoanálisis. Psicolibros
- Lacan, J. (2008). *Acerca de la causalidad psíquica*". *Escritos 1*. Paidós.
- Lacan, J. (2008). *Escritos técnicos de Freud. Escritos 1*. Paidós.
- Lacan, J. (2008). *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Paidós.
- Lacan, J. (1956). *Seminario 3. Las psicosis*. Paidós.

- Lacan J. (2008). *Seminario 4. La relación de objeto*. Paidós.
- Lacan J. (2008). *Seminario 5. Las Formaciones del inconsciente*. Paidós.
- Lacan J. (1988). *Dos notas sobre el niño*. Intervenciones y Textos 2. Manantial.
- Lacan, J. (1971). *Seminario 18. De un discurso que no fuese semblante*. Paidós.
- Lacan, J. (2006). *Seminario 23. El sinthome*. Paidós.
- León, E. (2012). *Clínica de la esquizofrenia en niños y adolescentes*. Universidad Nacional de Buenos Aires. <https://psicoadolescencia.com.ar/docs/6/final071.pdf>
- Mahler, M. (1984). *Psicosis infantil, simbiosis e individuación*. Payot
- Maleval, J. C. (1987). *Locuras histéricas y psicosis disociativas*. Paidós Editorial.
- Manrique, D. y Londoño, P. (2012). De la diferencia en los mecanismos estructurales de la neurosis, la psicosis y la perversión. *Revista Psicología GEPU*, 3(1), 127 – 147.
- Marcelli, D., y Ajuriaguerra, J. (2007). *Psicopatología del niño*. (3ª Ed). MASSON
- Marchesini, A (2014). *Las psicosis en la infancia*. En E. Stoisa y S. Goldbeg (Eds.), *Psicoanálisis con niños y adolescentes*. Grama Departamento Pequeño Hans.
- Manzotti, M. (2008). *Clínica del Autismo Infantil. El dispositivo soporte*. Grama Editorial

- Masi, F. (2006). *Psychotic withdrawal and the overthrow of psychic reality*. *The International Journal of Psychoanalysis*, 87(3), 789–807. doi:10.1516/865k-xvck-08be-ylcc
- Miller, J. (2006). *A propósito de la psicosis*. I Jornadas del Campo freudiano, España - Bilbao.
- Miller, J. (2011). *La lógica de la cura*. Paidós Editorial.
- Obando, A. (2012). Un caso de psicosis infantil. *Tesis Psicológica Fundación Universitaria Los Libertadores Bogotá*, 7(2), 125-130.
- Organización Panamericana de Salud. (2019). *No hay salud sin salud mental datos 2019*. <https://www.paho.org>
- Panetta, M. y López, D. (2008). Sobre una aproximación lógica a la psicosis infantil. En M. Manzotti (Ed.), *Clínica del Autismo Infantil. El dispositivo soporte*. Grama Editorial
- Passerini, A. (2011). *Algunas consideraciones sobre la noción de fantasía en psicoanálisis*, (pp. 128-132). Memoria Académica – Tercer Congreso Internacional de Investigación de la Universidad de la Plata Argentina.
- Rosine y Lefort R. (1980). Contribución al estudio de la psicosis infantil con una referencia al Edipo. En A. Pérez. (Ed.), *Psicosis infantil* (pp. 105-123). Nueva Visión.
- Tendlarz, S. (2010). *¿De qué sufren los niños?: la psicosis en la infancia*. Lugar Editorial.
- Tendlarz, S. (2016). *Clínica del autismo y de las psicosis en la infancia*. Colecciones Diván Editorial.
- Tendlarz, S. (2021). La psicosis en la infancia. *Conferencia Virtual en la Nueva Escuela Lacaniana, Ecuador*. <https://psicoanalisislacaniano.com>

- Teixidó, A. (2002). *La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis, de Sigmund Freud*. Seminario de Investigación Los objetos del fantasma. Instituto del Campo Freudiano de Barcelona.
- Trachter, A. (2017). *¿Hay fantasma en la psicosis? El psicoanálisis y sus relaciones con la realidad*. Jornadas Anuales de la Escuela de Orientación Lacaniana, Argentina.
- Ulriksen, M. (2015). Construcción de la subjetividad del niño. Algunas pautas para organizar una perspectiva, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (100), 339-355.
- Ungar, V. (2017). Imaginación, fantasía y juego. *Revista de Psicoanálisis y Psicoterapia*. <https://revistamentalizacion.com/ultimo-numero/ungar.pdf>
- Vandermeresch. (2011). Lógicas de la psicosis. En Naranjo, Trayectoria: 20 años de transferencia de trabajo con la Asociación Lacaniana Internacional (págs. 660 - 678). Rayuela Editores.
- Vargas, D. (2020). *Puntualizaciones sobre el fantasma en la psicosis*. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología - Universidad de Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-007/584.pdf>
- Vega, (2015). *El Complejo de Edipo en Freud y Lacan*. Catedra de Psicología Evolutiva. Universidad de Buenos Aires
- Winnicott, D. (1971). Dreaming, fantasizing, and living: A case-history describing a primary dissociation. In: *Playing and reality*, pp. 26-37. Tavistock.
- Zack, O. (2014). Desenganches y nebulosas. En *Vigencia de las psicosis*. Instituto Clínico de Bs As- Grama.
- Zuluaga, A. (2010). Del rechazo a la forclusión. *Revista Electrónica Psiconex* (2)3.

# MANIFESTACIONES CONTEMPORÁNEAS DE ANGUSTIA INFANTIL LA A-DICCIÓN DE NIÑOS Y NIÑAS A LA PANTALLA

REBECA MANZANARES BRACKE

MARÍA SOLEDAD LARREA

VIRNA PINOS

## Introducción

*And these children that you spit on  
As they try to change their worlds  
Are immune to your consultations*

*They're quite aware of what they're going through...*

*Turn and face the strange... changes  
Don't tell them to grow up and out of it -*

**David Bowie (1972)**

Muy a menudo, y cada vez con mayor frecuencia, se puede escuchar tanto en espacios informales, como en diversos medios de comunicación o en la práctica clínica, sobre una creciente preocupación con respecto a la adicción a las pantallas, que puede suceder en la infancia, juventud o adultez. Este discurso ha estado en auge debido al creciente uso, e incluso dependencia, que tienen los sujetos a las diferentes funciones o espacios que proveen los aparatos electrónicos como celulares, tabletas, computadoras, consolas de videojuegos, entre otros, y la necesidad de su proximidad.

Las pantallas han abierto un mundo virtual lleno de posibilidades, el que difícilmente presenta límites: en segundos una persona puede conectar y conversar con alguien que está al otro lado del planeta, o se puede encontrar información de cualquier tema en segundos. Inevitablemente, los usos de las pantallas se han entretelado a la subjetividad, identidad y a los diferentes síntomas que presentan los sujetos.

Muchos adultos como padres o cuidadores no son ajenos a la preocupación respecto a una supuesta adicción de niños y niñas

a las pantallas, debido a las manifestaciones que presentan al momento de retirarles los aparatos electrónicos: llanto sin control, berrinches, gritos, movimiento excesivo o agresiones. Las respuestas que están al alcance de la mano están muy influenciadas por el discurso médico, y en algunos casos, pueden llegar a ser alarmantes. Algunos terapeutas que trabajan con adicciones, inclusive, afirman que “Dar a tu hijo un celular es como darle un gramo de cocaína” (Pells, 2017). No existe aún una clasificación específica en los manuales de psiquiatría como el DSM 5 o el CIE10 sobre este supuesto trastorno, sin embargo, se está discutiendo sobre la universalidad de denominarlo como *ciberadicción*, la que ha sido asociada a la sintomatología que presentan los sujetos adictos a las drogas: compulsión, falta de control, abstinencia, tolerancia, persistencia (Terán, 2019).

Este discurso, muy influenciado por la medicina y la psiquiatría, simula aparentes soluciones hechas a la medida para la contemporaneidad: de manera clara provee un diagnóstico, síntomas y procedimientos. Sin embargo, parecería estar escrito en piedra y cualquier rastro de subjetividad queda de lado. En este caso, se habla de niños y niñas que, a través de la puesta en escena de su cuerpo, manifiestan su angustia, intermediada por el uso -y desuso- de pantallas, las que han formado parte de la crianza de los niños y niñas del siglo XXI, y han abierto espacios para el aprendizaje y entretenimiento, sobre todo durante la pandemia COVID-19.

En el presente trabajo se pretende realizar una reflexión teórica, a partir de la teoría psicoanalítica, sobre las manifestaciones de angustia que acontecen a niños y niñas en la época contemporánea, y su relación con la adicción. Se considera fundamental hablar sobre este tema, ya que, en la actualidad, frente a esta creciente preocupación, escasean elaboraciones al respecto que tomen en cuenta a la subjetividad de niños, niñas y adultos que los acompañan en su crecimiento. “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época” (Lacan, 2009, p. 308). Mediante este trabajo se aspira a inspirar al lector a que se plantee interrogantes sobre el discurso actual con respecto a esta problemática, e invitará a subvertir su repetición y abordaje,

con el fin de promover la escucha de las voces de niños y niñas, de quienes su cuerpo se ve obligado a actuar.

## Marco teórico

La infancia contemporánea es eminentemente tecnológica. Los niños y niñas que habitan el siglo XXI están expuestos diariamente a múltiples aparatos electrónicos que están a su disposición inmediata: celulares y televisores inteligentes, computadoras, tabletas y consolas de videojuegos. Estos artefactos, lejos de ser tan solo objetos estáticos que cumplen un determinado fin, tienen la capacidad de proyectar imágenes, vídeos, juegos, libros y diversos contenidos, es decir, producen y facilitan espacios de creación, que forman parte del desarrollo de la subjetividad, la identidad y las manifestaciones clínicas de la actualidad.

La palabra contemporáneo hace referencia a la existencia y pertenencia a un tiempo específico, además, habla de la presencia simultánea con una cosa o persona (Real Academia Española, 2021). Es por esto que se debe concebir a la infancia contemporánea como niños y niñas que habitan en la actualidad, el año 2021, con el referente de la omnipresencia tecnológica y todos los avances comunicacionales logrados en la época posmoderna. Se considera apropiado contrastar al tiempo actual con generaciones anteriores, es decir, padres y abuelos actuales, ya que el mundo en el que habitaron como niños y niñas fue diferente.

Ambas generaciones vivieron —de manera diferente— un proceso con respecto a los avances tecnológicos, acompañado de los mitos propios de su momento, su representación en la televisión y, en algunos casos, su eventual desmentida: el imaginativo futuro graficado en *Los supersónicos* (Hanna y Barbera, 1962), la película *The Terminator* en la que máquinas con inteligencia artificial esclavizan a la humanidad (Cameron, 1984), el temor producido por el Y2K<sup>1</sup> en la entrada al nuevo milenio, o el miedo de

---

1 El Y2K (Y=*year*, 2=*dos* y K=*kilo*) fue el temor de la falla en softwares y sistemas informáticos que surgió antes de la entrada al año 2000, debido a una supuesta falta de programación numerológica.

uso de datos y hackers intrusivos, entre muchos ejemplos más. La proyección de un futuro tecnológico era esperanzadora, y a la vez, terrorífica.

Sin embargo, en la actualidad, ese futuro ya es presente, omnímodo, y tiene un ritmo de progreso casi inalcanzable para quienes vivieron su infancia en el pasado. Para la infancia contemporánea la tecnología es un elemento cotidiano, que ha estado presente desde antes de su nacimiento. Niños y niñas han existido en el ciberespacio, en muchos casos, aun antes de nacer: en *posts* anunciando su existencia y llegada al mundo, fotos de ecos subidas a perfiles de *Facebook* o *Instagram*, e inclusive, muchos padres han creado sus perfiles en redes sociales al momento de asignarles un nombre. A partir del instante que abren los ojos, los bebés pueden presenciar a sus primogénitos y la gente que los rodea, con teléfono en mano, o viendo televisión.

La presencia constante de un objeto donde se vuelca la atención y muestra imágenes virtuales, tan extrañas y hasta en momentos invasivas para las generaciones anteriores, para los niños y niñas representan un elemento cotidiano inevitable e ineludible. Muchos adultos aprovechan la tecnología, o los espacios que esta genera, para enseñar cosas a sus hijos o hijas, leer cuentos, mostrar vídeos e, inclusive, aprovechando la nostalgia de los ochentas y noventas, enseñarles a jugar videojuegos clásicos que ellos mismos en su infancia volcaron mucho tiempo y esfuerzo para ganar.

Es por esto que resulta casi imposible separar los usos de pantallas de la cotidianeidad en los diferentes espacios en los que habitan los niños y niñas; sobre todo en la actualidad, en la que, a raíz de la pandemia COVID-19, los gobiernos han debido implementar medidas autoritarias para velar la salud de la población. Las personas tuvieron que permanecer en casa, restringiendo el contacto con familia y amigos. Para la infancia, esto ha significado una reducción forzosa de los espacios en los que antes socializaban con pares, jugaban, creaban y aprendían.

La amenaza invisible, el virus, ha invadido no solo a los cuerpos, sino ha obligado a re determinar dinámicas de la familia, juegos y lenguajes, concentrándolo todo en un mismo espacio: el hogar. Debido a esta situación se ha incrementado de manera obligatoria el

uso de las pantallas, las que han mediado la educación, socialización y el juego (Levin, 2020). Además, la presencia de la muerte ha rondado en los hogares de manera sigilosa, como en el castillo del príncipe Próspero<sup>2</sup> (Poe, 1999), no solo en los duelos reales, sino también en el discurso y en los temores. La pandemia ha aproximado a los sujetos a la angustia, a través de la confrontación con la posibilidad de la pérdida: perder la vida, familia, espacios, amigos, posibilidades. Los sujetos se volcaron a los espacios virtuales para alivianar tensiones y también para obtener más información sobre lo que estaba aconteciendo en el mundo.

Esta situación transparentó y acentuó diversas manifestaciones de angustia al separar a los niños y niñas de las pantallas como: llanto, irritabilidad, insultos o golpes a las personas que les retiran el aparato electrónico, excesivo movimiento, pesadillas, temor de estar solos, entre otros. Estas manifestaciones se han prestado a diversas interpretaciones por parte de los adultos o familias que conviven con los niños o niñas, calificándolos muchas veces como malcriados, insoportables o adictos a las pantallas, o a las imágenes que estas proveen.

## **La fascinación por la imagen**

Durante el desarrollo del infante, es fundamental que exista una figura que lo reconozca, le hable, y lo desee: el gran Otro que lo significará como sujeto a través del discurso, y quien tendrá un lugar primordial en la asunción de su imagen y la constitución del yo. Lacan (2009) explica que, entre los seis y dieciocho meses de edad, ocurre un momento de desarrollo en el que el infante, a través de la visualización de sus movimientos lúdicos reflejados en un espejo, experimenta la relación de su imagen con el ambiente reflejado: su cuerpo, las personas y los objetos que lo rodean, partiendo del plano virtual de la realidad que reproduce. En ese momento ocurre una transformación en el infante, ya que llega a asumir su imagen, situándose la instancia del yo (*je*).

---

2 Personaje de la novela *La máscara de la muerte roja*, de Edgar Allan Poe.

El infante, al reconocerse en el espejo de forma jubilosa, realiza con mucha frecuencia un movimiento: regresar a ver a quien lo está acompañando, a la persona que lo sostiene, quien en ese momento representa al gran Otro, con el fin de reafirmar el valor de esa imagen, para luego retornar a su jubilosa contemplación. Precisamente en ese momento se inaugura la relación con el gran Otro y la función de la imagen especular (Lacan, 2019).

A partir del reconocimiento de su imagen en un espejo, se estructurará el lenguaje en el infante, su imagen corporal y la puesta en escena de su cuerpo, desde la posición del gran Otro. En esta escena, el infante tomará al espejo como un escenario de desdoblamiento entre la imagen y su cuerpo, y la ilusión de su encuentro. “Cada niño en escena construye y es constituido por su espejo, en un anverso y reverso de duplicidad y deseo, que enmarca una organización triangular donde se conforman los laberintos sinuosos de la imagen” (Levin, 2000, p. 102). La mirada de la figura parental que sostenga al infante es el primer espejo del niño: aun así, no se pueda ver desde donde es mirado, es ahí donde se reconoce. Tal como lo menciona Levin (2008), en el juego de miradas que se suscita con el bebé, surge el diálogo que lo incorporará en la cultura. A partir de esto, surge la fascinación y pasión por la mirada que lo mira y captura.

Thibierge (2019) explica que la imagen especular tiene un aspecto fundamental de engaño e ilusión, y sin ella, el sujeto no podría orientarse en el mundo. Al ver su imagen en el espejo, el sujeto se representa del lado del gran Otro, esa imagen encarna el cuerpo a partir de la represión que le da la postura fálica. Sin embargo, la relación con la imagen en el espejo puede ser mortífera. Cuando un sujeto trata de estar atento a su deseo, no está demasiado alerta de su imagen, ya que el deseo estorba al narcisismo. Esto ocurre porque el deseo está relacionado directamente con la ausencia, la que encauza a la posibilidad de una presencia. La ausencia demanda al gran Otro, crea el espacio para hacer preguntas: ¿Dónde está?, ¿qué quiere de mí? A partir de la ausencia, el niño deberá sostenerse en significantes e ingresará al lenguaje.

En la actualidad, es común que la mirada de los padres esté mediada también por la cámara de fotos de un celular. Esto se

evidencia en la enorme cantidad de vídeos que recorren las redes sociales como *Instagram*, *YouTube* o *Tiktok*, en los que se pueden observar situaciones cotidianas en las que participan sus hijos, como el momento de juego o cuando dicen alguna ocurrencia simpática, viendo directamente a la cámara, ofreciendo al espectador —en gran mayoría de situaciones los mismos hijos— una simulación de primer plano. El vídeo se convierte, entonces, en otro lugar donde niños y niñas observan su imagen y se reconocen en ella: “¡mamá, ese soy yo!”.

Es importante mencionar que la fascinación por la mirada y la imagen, y su relación con el gran Otro, no es algo exclusivo en la infancia, evidenciándose esto en los usos de las redes sociales. Por ejemplo, adolescentes y adultos *postean* imágenes y vídeos en *Tiktok* que se viralizan y capturan las miradas de personas a nivel global, de las que se esperan *likes* o comentarios. A su vez, es muy común que niños, niñas y jóvenes vean con mucha frecuencia vídeos reacción de *youtubers*<sup>3</sup>, en los que comentan acerca de otros vídeos, replicando con frecuencia los dichos o las reacciones que observan, prefiriendo ver los vídeos reacción antes que el original.

La “cultura del *zapping*”<sup>4</sup> (Levin, 2000) predomina en la actualidad, la que consiste en que el sujeto, al tener el control de lo que ve, cambia de manera constante las imágenes y los juegos, sin detenerse en nada en particular. La fascinación por la imagen virtual tiene la capacidad de aprisionar a sujetos, dejándolos en una posición paradójica: tienen el control, y al mismo tiempo están a su merced, desde una postura alienante e indiferente. La imagen, seductora y alienante, puede convertirse en un objeto de consumo: consumidora del deseo y del tiempo. Sahovaler (2009) explica que esta fascinación no reside en la imagen en sí, sino en el deseo de cada sujeto que se proyecta en las imágenes y que les da significación.

No solo el sujeto mira a la imagen, sino que ella también mira al sujeto. “Es la imagen la que lo mira fascinándolo. Es mirado y

---

3 Youtuber es un término contemporáneo acuñado con el fin de describir a los usuarios de YouTube que comparten vídeos, los que en gran parte alcanzan altas cantidades de visualizaciones.

4 Zapping: cambio rápido del canal de televisión. Este término puede ser intercambiado actualmente por *swiping*, que en español significa deslizar.

cautivado por el poder visual de imágenes que no ocultan nada, que no descubren sino la propia imagen” (Levin, 2000, p. 48). Levin (2000) explica que el niño se convierte en un objeto de consumo de imágenes que lo despojan temporalmente de su cuerpo. Es ante esto que surgen las diferentes manifestaciones contemporáneas de angustia que aquejan a la infancia, como el exceso de movimiento, ya que a toda costa el niño debe rescatar su cuerpo de la inmovilidad, a través de su puesta en escena.

### **Angustia, infancia y contemporaneidad**

La angustia infantil inevitablemente se ha entrelazado con los diferentes usos de pantallas y se manifiesta en el momento en que niños y niñas sienten su ausencia. Al ser la infancia una época del desarrollo en la que el cuerpo está intensamente atravesado por pulsiones, la separación del objeto-pantalla representa una puesta en acto del cuerpo, sea a través de un movimiento intenso, o en la búsqueda de contacto. Estas manifestaciones serán siempre fundadas a partir de la subjetividad, e influye el contexto familiar y cultural en el que se encuentre el niño o niña.

La angustia en la infancia muchas veces es confundida con malestares orgánicos como dolor de estómago, dolores de cabeza o hasta con trastornos definidos como de tipo orgánico que afectan el comportamiento como el TDAH<sup>5</sup> (Mas, 2016). La incógnita sobre la puesta en escena del cuerpo y su relación con la angustia no es exclusiva de la actualidad. Ya hace más de cien años, Freud inició su estudio de la angustia, el que continuó a lo largo de su vida, partiendo del objetivo de descifrar si debiese ser comprendida como un síntoma histérico, ya que sus manifestaciones son físicas, aunque no de manera exclusiva<sup>6</sup>. En ese momento, la respuesta sostuvo una tesis que más adelante modificó: la fuente de la angustia no se encuentra en lo psíquico, sino en lo físico, y está

---

<sup>5</sup> Trastorno por déficit de atención e hiperactividad.

<sup>6</sup> Cabe recalcar que en un inicio, Freud estudió a la angustia exclusivamente en adultos. Uno de sus primeros trabajos sobre este concepto se puede encontrar en la correspondencia con Fliess (Freud, 1992).

relacionada directamente con la sexualidad, es decir, implicaba un déficit de afecto sexual, o libido psíquica (1992).

Años después, Freud (2017) mostró mayor interés en la infancia, publicando en 1905 uno de sus textos más controversiales: *Tres ensayos de teoría sexual*. En dicha obra objetó la opinión de la época, sobre una falta de manifestaciones sexuales en la infancia y propuso una teoría que es esencial para concebir el psiquismo infantil, su desarrollo y la relación con el cuerpo. Freud formuló que la vida sexual infantil está estrechamente ligada a la pulsión autoerótica, que obtiene placer de las pulsiones parciales, esto siendo evidenciable en las fases del desarrollo de la organización sexual. En estas fases, en las que las zonas genitales no han alcanzado un papel predominante, ocurre la organización pregenital.

La primera fase es la oral o canibálica, y está caracterizada por la incorporación del objeto; la actividad sexual está enlazada a la nutrición. La segunda es la organización sádico-anal, la que se divide en los opuestos activo y pasivo; en esta el objeto es ajeno. En la tercera fase, fálica, se da el complejo de Edipo, el que guiará la elección del objeto. Más adelante sobreviene el período de latencia, para luego dar paso a la fase genital. En esta obra, partiendo del postulado de la existencia de la sexualidad infantil, Freud (2017) explicó que en la infancia los procesos afectivos más intensos como la angustia y el miedo desbordan sobre la sexualidad.

Lacan (2019) retomó los objetos propuestos por Freud en las respectivas fases de desarrollo y los relacionó con el deseo, que está vinculado a una función de corte que lo sostiene. El estado oral está relacionado a la demanda del bebé con el deseo de la madre. En el estadio anal, la demanda de la madre entra en juego con respecto al deseo del niño.

En el estadio de la castración fálica, existe la falta, cuando aflora el deseo sexual en el campo del gran Otro. Lacan (2019) agregó los objetos voz y mirada, los que están relacionados con la demanda materna.

Existe un punto de angustia en cada etapa, la que apunta a la falta, ya que en cada una se estructura el deseo en la relación con el objeto parcial. Por ejemplo, en la etapa oral, el punto de angustia está en la madre, en el gran Otro, debido al posible agotamiento

del pecho (Lacan, 2019). Thibierge explica que el objeto “a” gobernará siempre de cerca, para responder de una manera u otra a la demanda de satisfacción, además, tiene una parte real y una parte simbólica. La demanda se toma de los orificios del cuerpo, por donde pasa el intercambio con los otros (Thibierge, 2019).

Freud (2013) reformuló la teoría de la angustia planteada décadas después en *Inhibición, síntoma y angustia*, precisando que existe una causación psíquica: “...tiene el derecho a retener la idea de que el yo es el genuino almácigo de la angustia, y a rechazar la concepción anterior, según la cual la energía de investidura de la moción reprimida se mudaba automáticamente en angustia” (p. 89). La angustia, entonces, no surge a partir de la represión, sino como un estado afectivo a partir de una imagen mnémica preexistente, una vivencia traumática. Los primeros estallidos de angustia suceden antes de la formación del superyó.

La represión parte del yo al bloquear las representaciones que contienen mociones pulsionales desagradables, conservándolas como formaciones del inconsciente. La inhibición consiste en la perturbación de una función, o su renuncia, con el fin de evitar el desarrollo de la angustia. La instancia yoica renuncia o limita sus funciones con la finalidad de evitar tener conflictos con el ello o con el superyó (Freud, 2013). Un ejemplo de inhibición es representado en el caso del pequeño Hans, cuando era incapaz de andar por la calle, con el fin de no desencadenar angustia (Freud, 2013). En cambio, el síntoma existe fuera de la organización yoica y es independiente. Freud (2013) planteó que el síntoma surge a partir de la lucha del yo contra una moción pulsional desagradable, es creado para evitar una situación de peligro ante la señal que se emite en el desarrollo de la angustia. Puede volverse indispensable para el yo, debido a la ganancia secundaria, la que puede generar una fijación.

Freud (2013) postuló que la angustia se genera ante la ausencia del objeto. En etapas iniciales del desarrollo, los niños y niñas entran en angustia cuando su madre no está, añoran su percepción, ya que es quien está atenta a cubrir las necesidades de alimentación. Entonces, la angustia surge ante el desvalimiento del lactante, la separación del objeto-madre. En la fase fálica, se da una

mudanza a la angustia de castración, debido a la separación de los genitales. En la siguiente etapa de desarrollo, cuando los niños y niñas adquieren más independencia, el peligro se vuelve mucho más indefinido, y se genera la angustia de conciencia moral. En palabras de Freud (2013):

Los progresos del desarrollo yoico, es cierto, contribuyen a desvalorizar y empujar a un lado la anterior situación de peligro, de suerte que puede decirse que una determinada edad del desarrollo recibe, como si fuera la adecuada, cierta condición de angustia. El peligro del desvalimiento psíquico se adecúa al período de la inmadurez del yo, así como el peligro de la pérdida de objeto a la falta de autonomía de los primeros años de la niñez, el peligro de castración a la fase fálica, y la angustia frente al superyó al período de latencia (p. 134).

Las diferentes manifestaciones y síntomas que presentan los niños y niñas en la actualidad, responden y se articulan a la época contemporánea y a las nuevas funciones de cada miembro de la familia, las que inevitablemente son atravesadas por el imaginario social de la época (Levin, 2000). No es extraño encontrar familias en las que ambos padres trabajan, o están inmersos en un mundo tecnológico desde la puesta del sol hasta el anochecer. Al tener menos tiempo y espacios que permitan tramitar una renuncia pulsional a través del juego, como en el *Fort-da* descrito por Freud (1992), las separaciones en la actualidad están mediadas, o aplacadas por una pantalla. Es común que, en el apuro contemporáneo, cuando los padres se ausentan, se les entreguen vídeos o videojuegos a los niños y niñas para que toleren -o ignoren- su ausencia. Cuando son separados del objeto- pantalla, se da una doble ausencia, la que puede ser sentida como un peligro de desvalimiento, forzando el apareamiento de la angustia.

En la infancia, el juego organiza la dimensión de la presencia, ausencia y la pérdida, y al mismo tiempo, las puede efectivizar. El infante, cuando juega con objetos, puede crear sus imágenes, postular interrogantes sobre ellos, se convierte en los objetos con los que juega, y desde estos es mirado y mira de manera diferente.

Esto es provocado por la riqueza de lo simbólico que es el lenguaje de la madre que está investido de amor (Levin, 2010). Sin embargo, al anular el juego, o no tener un lenguaje enriquecedor que de sentido a lo que sucede, se pierde la posibilidad de vaciar las cosas y, ante este escenario, no hay deseo que pueda sostener o reinventar la experiencia de juego. El niño puede volverse muy sensible a la ausencia, la que puede transformarse rápidamente en el giro vertiginoso de un *maelstrom*<sup>7</sup>. Ante la eventualidad de la inevitable ausencia, se produce la angustia, la que coloca en escena la posibilidad de que el niño sea llamado por lo que ve, oye, siente y toca (Levin, 2010).

Es importante preservar la dinámica de juego presencia-ausencia. Cuando entre el niño y la madre se produce esta dinámica, se instaura la madre simbólica, objeto de amor que puede estar presente ante cualquier circunstancia. La respuesta al llamado del hijo, representará que ella tiene el falo, el que será introducido en el orden simbólico como un elemento real. Sin embargo, se da una metamorfosis de madre simbólica a real, cuando surge la frustración al no responder de manera inmediata al llamado (Lacan, 2008).

El tiempo que tienen los niños y niñas para jugar es cada vez más escaso, no solo por el tiempo en pantalla sino porque también debe ser ocupado en muchas actividades: el infante debe competir y consumir para responder a la demanda del gran Otro. Levin (2000) explica que “El niño en su propio espejo no deja de mirarse en el espejo del Otro donde se encuentra globalizado” (p. 44). La infancia vive bajo la presión de una urgencia temporal: se espera, por parte de sus padres, maestros e inclusive pares, que dominen mucho conocimiento y técnica, mejor aún si es antes de tiempo, debido a una aparente simetría generacional. Sin embargo, cada niño tiene su propio tiempo de desarrollarse, aprender y producir y, ante la presión y las dificultades, pueden erigirse resistencias a aprender y a poner en juego su creatividad, respondiendo a esta demanda con síntomas que representen su historia.

Entonces, bajo la presión de poderlo todo rápidamente y el espacio que tienen las imágenes en las pantallas, los niños y niñas

---

<sup>7</sup> *Maelstrom*: enorme remolino marino en las costas de las islas Lofoten. Esta palabra se usa también para describir un fuerte movimiento con mucha violencia.

buscan un lugar en donde puedan identificarse y gozar. Los contenidos de la pantalla funcionan con rapidez y de manera alienada toman el control que muchas veces carecen en la cotidianeidad, construyendo y destruyendo sin proceso, ni mediación simbólica (Levin, 2008). Todo esto puede disminuir la capacidad de los niños y niñas de fantasear, representar o simbolizar. La imagen posiciona a las palabras en un lugar innecesario, disminuyendo la riqueza en el vocabulario, su codificación, sentido y la forma de expresión verbal en los niños y niñas.

En el seminario *La identificación*, Lacan (2009) establece una relación fundamental entre la angustia y el deseo del gran Otro. De manera ingeniosa lo representa a través del apólogo de la mantis religiosa: propone al público imaginarse que está solo en un lugar cerrado, con una mantis religiosa que mide tres metros de altura, revestido con una piel con la altura del macho de dicha especie. En palabras de Lacan (2009): “Me miro, miro mi imagen así disfrazada en el ojo facetado de dicha mantis religiosa. ¿Acaso es eso la angustia? Eso está muy cerca de la misma” (p. 11). La falta está del lado del sujeto que no sabe qué es como objeto para el gran Otro, que parecería no estar en falta, ante este deseo voraz. Existe una falta de identificación de la propia imagen, un defecto en lo simbólico que conlleva una falta en lo imaginario (Dissez, 2020). Cuando no se puede nombrar el deseo del gran Otro, y existe una proximidad a este, surge la angustia: el sujeto no sabe de dónde proviene, pero siente sus efectos reales.

En 1962-1963, Lacan (2019) inicia su seminario *La Angustia* definiéndola, de acuerdo con lo propuesto por Freud, como el afecto que no engaña, el que tiene una relación estructural con respecto al sujeto. Este afecto se diferencia de las emociones, y va a la deriva, ya que no se encuentra reprimido; sin embargo, los significantes que lo encadenan sí, ya que están ligados a su causa. La angustia es una certeza frágil con carácter de sombra, a partir de la que se emprende la acción, ya que “Actuar es arrancarle a la angustia su certeza” (p. 88).

El síntoma, *acting out*, pasaje al acto, y la acción en general, son maneras del sujeto de lidiar con ella.

Lacan (2019) retoma la idea fundamental propuesta por Freud en *Inhibición, síntoma y angustia*, sobre el surgimiento de la angustia a partir de la pérdida del objeto y le otorga una nueva lectura. La angustia no es la señal de una falta, sino que es la carencia de esta. Lo ejemplifica, al suscitarse el juego de presencia-ausencia en la relación madre-hijo: lo que angustia al niño no es la ausencia de su madre, sino es su persistente proximidad. La posibilidad de una ausencia es la seguridad de una presencia.

Lo más angustiante que hay para el niño se produce, precisamente, cuando la relación sobre la cual él se instituye, la de la falta que produce deseo, es perturbada, y esta es perturbada al máximo cuando no hay posibilidad de falta (Lacan, 2019, p. 64).

En el juego se debe preservar el vacío de la ausencia, ya que la angustia irrumpe al colmar la presencia, se debe preservar el vacío de la demanda. Para Lacan (2018), la demanda va más allá de la satisfacción que el niño exige, ya que se basa en la relación primordial con la madre, en la que interviene el lenguaje, el falo como significante. La demanda está colmada del gran Otro y se convertirá en demanda de amor.

Lacan (2019) retoma su planteamiento sobre la relación del sujeto con el gran Otro, propuesto en su seminario de *La identificación* y lo continúa elaborando a partir de la falta. “El Otro concierne a mi deseo en la medida de lo que le falta. Es en el plano de lo que le falta sin que él lo sepa dónde estoy preocupado del modo que más se impone, porque para mí no hay otra vía para encontrar lo que me falta en cuanto objeto de mi deseo” (2019, p. 31). Entonces, existe una dependencia del sujeto respecto al gran Otro para tener acceso a su deseo y para poder sustentarlo con la referencia de un objeto.

En consonancia, Lacan (2019) retoma el modelo óptico, trabajado y complementado en varios momentos de su enseñanza, para representar lo fundamental del investimento en la imagen especular con el fin de crear la relación imaginaria. En esta variación del modelo, representa la imagen virtual del cuerpo propio, como siempre mediada por el gran Otro, el que está situado en el espejo

plano. Entre el sujeto y su imagen especular, hay una oscilación de la libido, en la que se manifiesta el objeto “a” por medio de la angustia. El objeto “a” está designado por esta letra, ya que permite otorgar un lugar a lo simbólico en la constitución del sujeto. El objeto “a” es el objeto causa de deseo, y para el sujeto es indeterminado e indescifrable. Cuando este significante “a” aparece en el real, surge la angustia como una señal de que algo acontece en la relación del sujeto con el objeto.

El falo está siempre relacionado con el objeto “a”. Para Lacan (2018), el falo no es el órgano real que simboliza, es un significante velado al que el sujeto solo tendrá acceso a partir del gran Otro y es la razón del deseo. El investimento en la imagen especular tiene un límite, ya que no todo el investimento libidinal pasa por esta, siempre queda un resto. Entonces, se contempla al falo como la falta; sin embargo, este no se encuentra en el reflejo invertido, ya que es cortado de la imagen especular —Lacan lo designa como *menos phi*. En esta coordenada, surge la angustia de castración en relación con el gran Otro en el lugar de *menos phi*. La imagen del sujeto que refleja en el espejo plano es autenticada por el gran Otro y está caracterizada por la falta, la que orienta y polariza su deseo. La angustia, explica Lacan (2019), surge en el lugar de *menos phi* cuando falta la falta.

El ojo junta al deseo, objeto y punto de angustia. Lacan (2019) explica que el ojo es un órgano doble, ya que en sí es un espejo, implicando su propia estructura. El ojo organiza el mundo del sujeto, reflejando el reflejo del espejo, creando un infinito de imágenes. La función de la mirada fascina al sujeto, ya que, en esta, toda supervivencia subjetiva parece absorberse o perderse en un enigma. Esto puede ser visto en la famosa pintura de Escher (1935), *Mano con esfera reflectante*, que muestra, desde la perspectiva del artista, su hipnotizante imagen reflejada en una esfera. Lacan (2019) explica que solo es válido para el sujeto el no saber qué objeto “a” es para el gran Otro, a nivel escópico: “con el Otro humano algo me vincula, que es mi cualidad de ser su semejante, y de ello resulta que el resto a, el del no sé qué objeto soy angustiante, es profundamente desconocido” (p. 352). El deseo escópico tiene una alienación fundamental —que es experimentada en

el estadio del espejo—: el objeto se oculta en el narcisismo, por lo que el sujeto se encuentra protegido de la angustia frente a un espejo; la imagen especular repele a la angustia.

El goce corporal de los niños y niñas se clausura ante una pantalla, un *black mirror*, y se presenta el goce de la imagen: visible, inmóvil, insípido, desabrido y solitario (Levin, 2008). Cuando esto sucede, se crea una dificultad en la infancia de colocar su cuerpo en escena a través de representaciones creadas por ellos. Estas manifestaciones de angustia son traducidas en los síntomas más aquejados por padres y maestros en la actualidad: problemas de aprendizaje, atencionales, corporales, y movimiento excesivo acompañado de falta de control. A través de su cuerpo, los niños y niñas manifiestan su angustia en su relación con el gran Otro, dejándose ver, hasta que se pueda detener en ellos (Levin, 2008).

Entonces, la angustia en la infancia acontece en el cuerpo de una manera diferente que, en el adulto, ya que procura imposibilitar su pérdida. La angustia se manifiesta a través del movimiento, y emerge cuando el niño cuestiona su propia imagen corporal reflejada en el espejo (Levin, 2002). El movimiento constante encarna a la angustia, despertando una sensación y generando una imagen corporal a través de la sobre erotización del tono muscular. Esta imagen, que aún no se ha transformado en representación, es actuada mediante la irrupción del desborde de la pulsión motriz (Levin, 2010). Frente a estos desbordes, la respuesta del gran Otro parte de saberes científicos y los atenúa con medicación, sanciones, premios y castigos, sin necesariamente abrir un diálogo.

### **¿La a-dicción a la pantalla?**

Desde antes de nacer, los padres de niños y niñas les otorgan un lugar a través de la nominación, del discurso emitido con palabras que más adelante se transforman en significantes, confirmando su presencia en el mundo y enunciando las expectativas, deseos e imaginarios que tienen sobre ellos. “Una vez que alguien refiere al recién nacido esta nominación fundante, el *infans* queda anclado a los lenguajes y también al deseo en donde permanecerá para

siempre como presencia significativa” (Tenorio, p. 21). Al crecer, los niños y niñas se familiarizarán y aprenderán las palabras, que les permitirán habitar en el mundo del lenguaje, generando una dinámica de integración y apropiación de los significantes que provienen del Otro, es decir, la lengua, leyes y códigos de sus padres y del ambiente que los rodea (Bergès-Bounes, 2014).

Posteriormente, al ingresar a la escolaridad, Villavicencio (2016) explica que se da una apropiación de la lengua más formal y exigente —distinta de la lengua aprendida en la familia—, las palabras tendrán la posibilidad de adquirir forma creando letras: elementos reales del discurso, las que se asemejan a huellas y constituyen marcas del atravesamiento del organismo por el lenguaje, que podrán formar escrituras que se dirigirán al gran Otro y a sí mismos.

Existe un vínculo fundamental y recíproco entre el goce y la palabra: el goce solo puede existir porque el sujeto habla, y goza por esta misma razón. Braunstein (2006) puntualiza que Lacan se apropió de la palabra goce, no desde su significado común que es gozar o disfrutar, sino desde el aspecto jurídico, en el que gozar de algo implica que un sujeto tiene el derecho de disfrutar de alguna cosa, en el caso que la posea. El sujeto tiene algo, en tanto que otro haya renunciado a dicho objeto. Esto tiene efectos en la relación que tiene cada sujeto con su cuerpo —su primer bien—, con los cuerpos de otros, las reglamentaciones de sus intercambios, y de qué lado está la apropiación del goce en relación con el gran Otro.

La instancia simbólica regula los intercambios que se dan entre el sujeto y el gran Otro, sin embargo, esta instancia representa la ley del gran Otro: la cultura, a la que el sujeto puede acceder mediante la apropiación de la lengua. Por esta razón, el goce está en relación con su deseo y el deseo del gran Otro. Deseo que existe bajo una mediación simbólica que lo constituye: “La palabra es esa maldición redentora sin la cual no habría sujeto, ni deseo, ni mundo” (Braunstein, 2006, p. 17). La dicción, el comercio de la palabra, regula las relaciones con el gran Otro.

El excesivo uso de pantallas en la infancia ha adquirido una nominación cultural específica, que cada vez es más enunciada: adicción a las pantallas. Muchos padres y profesionales describen esta

problemática de manera análoga a los síntomas de una adicción y, paradójicamente, consultan sobre esta en el espacio virtual. En la red circulan muchos artículos al respecto como el titulado *Cómo evitar que los niños se conviertan en adictos a las pantallas*<sup>8</sup>, el que la describe de la siguiente manera: “La adicción a las pantallas está siendo considerada una enfermedad de salud mental por su alta incidencia en los últimos años en las consultas. Se considera una *adicción sin drogas*, pero con consecuencias parecidas a la adición a sustancias” (Pinedo, 2019). Muchas de estas páginas web ofrecen programas de desintoxicación, que difícilmente toman en cuenta a la subjetividad de los niños y niñas a quienes nominan como adictos. Sin embargo, es necesario postular la pregunta: ¿son realmente adictos al objeto-pantalla?

Para Braunstein (2006), la adicción es un modo a través la que el sujeto logra despojarse del intercambio simbólico, que opera a manera de cortocircuito con el deseo del gran Otro. El sujeto sale de estos intercambios mediante un objeto que, paradójicamente, está dictaminado y ofrecido por el gran Otro, en este caso, el objeto-pantalla. Este intento de separación del gran Otro, enmascara las preguntas o planteamientos que tiene el sujeto con respecto a esta relación, silenciándolas. La adicción ofrece una vía directa al goce, en la que no media el deseo ni la palabra, rechazando las exigencias del gran Otro y de la cultura. Se convierte en una necesidad planteada sin mediación: o el sujeto goza, o se enfrenta a la nada, o al desamparo sartreano. “El cuerpo en todas estas formas de la sin-dicción es asiento de un goce que desaloja al sujeto y lo pone fuera del discurso como expresión” (Braunstein, 2006, p. 284).

Mediante la ingeniosa puesta de un guion en la palabra adicción, Braunstein (2006) plantea a la a-dicción: la renuncia de hablar sobre la relación que tiene el sujeto con un gran Otro exigente, que demanda constantemente que se desee su deseo y que, aunque no exista y esté tachado, impone al sujeto sus leyes. En la a-dicción las palabras pierden su fuerza, y en ocasiones escasean de efecto. La palabra consiste en una promesa, que media el deseo del gran Otro, con el fin que el sujeto lo comprenda. El hablar de-

---

8 Este artículo se encuentra en el portal online de un importante periódico de países de habla hispana.

manda una respuesta, un diálogo, y alguien que escuche. Ante esta expectativa, el goce se cohibe.

La a-dicción es, entonces, una manera de acceder al goce sin pasar por el deseo, de refutar al falo y desentenderse de las dinámicas de intercambio con los otros, ya que mediante el objeto ya se tendría una relación perfecta sin expectativas ni reclamos, desconociendo la deuda simbólica (Braunstein, 2006). El desafío que tiene el analista ante esta problemática es restaurar en el sujeto el movimiento en el lenguaje que ha tenido una detención, mediante la transferencia.

Para Sahoaler (2009), quien trabajó de manera particular la subjetividad en el ciberespacio, la adicción es un intento de rechazo de la angustia a través de un objeto que llene las fisuras de la identidad, que socorre ante el vacío de la existencia, representando una dificultad en aceptar límites y procesar la castración. Considera que el contenido de las pantallas, al que se adhiere el sujeto, llega a reemplazar su vida afectiva, transformando el deseo en necesidad de estimulación. El contenido virtual poco a poco abarca la realidad del sujeto y pareciera que se apropia de su subjetividad, llevando a un vacío de significación si faltara. En la adicción, el sujeto siente un desborde de angustia al prescindir del objeto- pantalla.

El adicto a las conexiones cibernéticas ha sentido vacilar su estructura subjetiva, y ante un déficit simbólico que le permita desarrollar recursos para manejar la angustia, busca rearmarse en la completud de la pantalla, se sumerge en la indiferenciación entre percepción interna y externa, construye su mundo en la interconexión con emisores o juegos en la red, suple sus vacíos y calma su soledad con la pasión puesta “on line” (p. 45).

En una revisión con respecto a la tecnología sobre su propuesta de la a-dicción, Braunstein (2015) detalla que aun así la tecnología sea una gran fuente de satisfacción, no se podría equiparar a la idea que la medicina tiene sobre la adicción. Opina que en esta época, la tecnología y los mercados rigen por sus propias leyes sin mediación. La tecnología no necesariamente es dañina, ya que

crea otro tipo de contacto humano y otros tipos de apego, además brinda espacios que amortiguan la angustia de otros tipos de contacto humano. Es importante comprender qué función está cumpliendo el uso compulsivo de estos objetos para cada sujeto. En caso de que exista una adicción a la tecnología, se debe invitar al sujeto a que hable, a que pueda expresar esas palabras que están ahogadas, brindando un espacio de escucha. El sujeto debe volver a acceder a los intercambios que se han disipado entre los cuerpos que están habitados por el lenguaje.

## **Discusión**

La angustia, inevitablemente, atraviesa la existencia del sujeto. No hay sujeto sin angustia, ya que consiste en un afecto fundamental en su estructuración psíquica, y siempre irá de la mano de un objeto. En la contemporaneidad, época eminentemente tecnológica, en algunos sujetos la angustia se ha vinculado con las pantallas convirtiéndolas en su objeto. Su ausencia, o constante presencia, puede llegar a desencadenar una sensación ominosa, casi insoportable, a partir de la cual el sujeto debe actuar para arrancarle su certeza.

En la infancia, época de constitución subjetiva en la que se empieza a formar la identidad, la relación con los objetos, con el gran Otro y posteriormente con los semejantes, la angustia se encuentra encarnada a través de la puesta en acto de sus cuerpos y de diferentes manifestaciones que reflejan su realidad subjetiva (Levin, 2000). Estas manifestaciones se presentan sobre todo ante la intolerable angustia que surge ante una separación, implicando un desborde corporal y relacional con la terceridad, haciendo del síntoma un ingobernable a observar con atención. Ante esta vigilancia, difícilmente un sujeto puede caer en el anonimato. Las nuevas dinámicas de presencia-ausencia en cercanía, y presencia-presencia con pantallas, han implicado una reorganización en la subjetividad y su constitución, la que para algunos sujetos ha representado una promesa de satisfacción inmediata de deseos y vía directa al goce, evitando encarar a la falta. Las pantallas pro-

veen un objeto que siempre cambiante, que muta el deseo, deja en suspenso la satisfacción total y contrarresta el vacío.

Parecería, entonces, que las pantallas tienen un efecto similar a la mirada de Medusa: petrifican a los niños y niñas, inmovilizando su cuerpo e impidiendo la interacción con su ambiente. A la par, han invadido el campo de la imagen, al reflejarla con su *black mirror*, similar a un espejo plano, pero con un *plus* de alienación. Este reflejo no es equivalente al de un espejo, ya que está alterado por las ilusiones, distorsiones y filtros, enlazando al sujeto de manera directa con ese gran Otro voraz de la cultura. El sujeto, desprotegido bajo la mirada y el deseo del gran Otro, podría quedar suspendido en ese reflejo: en el imaginario de lo que parecería -o debería- ser.

Estas nuevas dinámicas se han sumado a la lógica del gran Otro de la cultura: un imperativo de consumo de nuevas tecnologías, pretender vivir una infancia caduca similar a la de generaciones anteriores, tener que acercarse al ideal de perfección en imágenes que esconden la falta y presenciar el uso frecuente del espacio virtual por parte de las figuras parentales. El ritmo vertiginoso de la exigencia y expectativa que se tiene hacia la infancia, ha creado expectativas casi irreales de poderlo todo, de ser el reflejo de los superhéroes que idolatran. Frente a estas exigencias y más, niños y niñas buscan un escape en la realidad virtual, un espacio en el que puedan manifestar su subjetividad y desentenderse de las imposiciones del gran Otro. Al quitar estos espacios a los niños y niñas, se produce la falta de ese objeto imaginario que se satura, ante lo que surge la angustia como una señal que algo está sucediendo en esta relación. Es válido, en este caso, tomar en cuenta si se está permitiendo a dichos niños y niñas hablar sobre lo que les acontece, o si los adultos, cual marionetistas, halan las cuerdas, para dar asumiendo o diciendo lo que les sucede.

Muchas propuestas para tratar esta problemática contemporánea, en su mayoría científicas, han resultado en prohibir el uso de las pantallas, con el fin de que, tanto los síntomas como el malestar que generan, se resuelvan. En este proceso, en algunos casos descarnado, se descartan subjetividades, silenciando las posibles palabras que niños y niñas puedan emitir. Se habla de ellos como

si fueran objetos que necesitan reparación. Este abordaje supone una serie de dificultades que hacen obstáculo al trabajo con niños y niñas, privándolos el poder darle sentido a su malestar. Es ante esta problemática donde se debe fomentar un espacio para puedan ser escuchados, con respecto a su relación con los usos de pantallas, el gran Otro, el goce y su propio cuerpo.

La adicción al objeto-pantalla en la infancia implica que niños y niñas se están ubicando fuera del lenguaje, incluso si este les antecede y hayan nacido en él. En el caso de ocurrir esta situación, vale plantear interrogantes —los que por supuesto, provocarán respuestas subjetivas— sobre el camino que ha llegado a cimentar la vacuidad de las palabras y los sentidos, y el papel que han cumplido los adultos que acompañan a niños y niñas en esta problemática contemporánea: ¿cómo opera en la subjetividad de los enunciantes el significante adicción? Y a la par, ¿cómo opera y qué efectos tendrá en la subjetividad de dichos niños y niñas el significante adicción?

## Referencias

- Barbera, J., Hanna, W. (productores). (1962). Los supersónicos [serie de televisión]. Hanna-Barbera
- Bergès-Bounes, M. (2014) *Clínica psicoanalítica con niños anudamiento cuerpo-lenguaje. Jornadas de trabajo con Marika Bergès-Bounes.* a..b..c... dario Freud Lacan.
- Bowie, D. (1972). Changes [Grabado por D. Bowie].
- Braunstein, N. (2006). *El goce un concepto lacaniano.* Siglo XXI.
- Braunstein, N. (27 de Junio de 2015). Dr. Néstor A. Braunstein. Adicción A Los Dispositivos Y Aparatos Tecnológicos: <http://nestor-braunstein.com/?p=343>

- Cameron, J. (Director). (1984). *The terminator* [Película]. Metro Goldwyn Mayer Dissez, N. (2020). *Psicopatología y clínica II*. Seminarios Online.
- Escher, M. (1935). Mano con esfera reflectante. [https://www.muyinteresante.es/ciencia/fotos/fotos-m-c-escher-universos-infinitos/fotos-relatividad\\_\\_1626](https://www.muyinteresante.es/ciencia/fotos/fotos-m-c-escher-universos-infinitos/fotos-relatividad__1626).
- Freud, S. (1992). *Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?*. En *Obras Completas. Tomo I*. Amorrortu.
- Freud, S. (2017). *Tres ensayos de teoría sexual*. En *Obras Completas. Tomo VII*. Amorrortu.
- Freud, S. (2013). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)*. En *Obras Completas. Tomo X*. Amorrortu.
- Freud, S. (2013). *Inhibición, síntoma y angustia*. En *Obras Completas. Tomo XX*. Amorrortu.
- Freud, S. (1992). *Más allá del principio del placer*. En *Obras Completas. Tomo XIII*. Amorrortu.
- Lacan, J. (2009). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. En *Escritos 1. Siglo XXI*.
- Lacan, J. (2008). *El seminario 4. La Relación de Objeto*. Paidós.
- Lacan, J. (2009). *El seminario 9. La identificación. Clase del miércoles 4 de abril de 1962*. Versión inédita.
- Lacan, J. (2019). *El seminario 10. La angustia*. Paidós.
- Lacan, J. (2009). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. *Escritos 1. Siglo Veintiuno*.

- Levin, E. (2000). *La función del hijo*. Ediciones Nueva Visión SAIC.
- Levin, E. (2002). *La infancia en escena*. Ediciones Nueva Visión. Levin, E. (2008). La imagen corporal sin cuerpo: angustia, motricidad e infancia. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 10 (1), 91-112.
- Levin, E. (2010). *La experiencia de ser niño. Plasticidad simbólica*. Nueva Visión.
- Levin, E. (2020) La niñez infectada: Juego, educación y clínica en tiempo de aislamiento. Noveduc.
- Mas, M. J. (16 de Junio de 2016). *El Trastorno por Déficit de Atención Hiperactividad (TDAH) es un trastorno de la conducta de origen orgánico*. Neuronas en crecimiento: <https://neuropediatra.org/2013/05/27/el-tdah/>
- Pells, R. (7 de Junio de 2017). *Giving your child a smartphone is like giving them a gram of cocaine, says top addiction expert*. Independent: <https://www.independent.co.uk/news/education/education-news/child-smart-phones-cocaine-addiction-expert-mandy-saligari-harley-street-charter-clinic-technology-teenagers-a7777941.html>
- Pinedo, C. (2019). *Cómo evitar que los niños se conviertan en adictos a las pantallas*. El País. [https://elpais.com/elpais/2019/10/08/mamas\\_papas/1570545338\\_529163.html](https://elpais.com/elpais/2019/10/08/mamas_papas/1570545338_529163.html)
- Poe, E. (1999). *La máscara de la muerte roja*. En *Narraciones extraordinarias*. Panamericana Editorial.
- Real Academia Española (2021) Contemporáneo, a. *rae.es*. <https://dle.rae.es/contemporaneo>
- Sahovaler, D. (2009). *El sujeto escondido en la realidad virtual*. Letra Viva.

Tenorio, R. (2007). *El suicidio del principito. Historia de un abandono*. Editorial Dunken.

Terán, A. (2019). Congreso de Actualización Pediatría. *Ciberadicciones. Adicción a las nuevas tecnologías (NITC)* (págs. 131-141). Lúa Ediciones.

Thibierge, S. (2019). *Psicopatología y clínica I*. PUCE.

Villavicencio, E. (2016). (Decir => a => Escribir). *abdiario*, nº 6. 8-10.

# ÍNDICE

Prólogo.....5

## DE LA TÓPICA FREUDIANA A LA TOPOLOGÍA LACANIANA

*Andrés Yépez Garzón* ..... 9

## EL AMOR EN EL DISCURSO CAPITALISTA. UN EJEMPLO DE CONTRASTE: LA DOCTORA CONSTANCE

*Juan José Quesada Revelo, Marie-Astrid Dupret*..... 41

## “NO TODO GOCE FALICO, GOCE-OTRO FEMENINO”

*Miguel Eguiguren, María Isabel Durango, Carlos Tipán*..... 55

## LA IMAGEN CORPORAL EN LA ANOREXIA

*Gabriela Villacís Tobar, Iván Sandoval Carrión,*

*Graciela Ramírez I.*..... 71

## EL PASAJE DEL SÍNTOMA SOCIAL AL SÍNTOMA PARTI- CULAR DESDE LA NO-RELACIÓN SEXUAL UNA APROXIMACIÓN A LA CLÍNICA DE LA ADOLESCENCIA

*Dennis Roberto Logroño Sarmiento* .....97

## ANÁLISIS DIFERENCIAL ENTRE IDEAS DELIRANTES Y FANTASÍA EN LA INFANCIA.

Estudio desde la clínica psicoanalítica de las psicosis infantiles.

*Tábata Romina Naranjo Reyes* ..... 135

## MANIFESTACIONES CONTEMPORÁNEAS DE ANGUS- TIA INFANTIL LA A-DICCIÓN DE NIÑOS Y NIÑAS A LA PANTALLA

*Rebeca Manzanares Bracke , María Soledad Larrea,*

*Virna Pinos* ..... 163

Este libro se terminó de editar en el mes de febrero del 2025.  
El manuscrito se sometió a revisión de pares ciegos que garantiza la confidencialidad de autores y árbitros.

Desde sus inicios, el psicoanálisis ha enfrentado resistencias en el ámbito académico por su carácter subversivo, su rechazo a la cuantificación y su énfasis en la singularidad del sujeto. Aun así, su vigencia es innegable y su transmisión, imprescindible.

La enseñanza del psicoanálisis en la universidad es, por naturaleza, defectuosa. No se lo aprende en los libros como un saber positivo, sino en la relación con un maestro y la investigación personal.

Este libro reúne textos que reflejan un esfuerzo por extender y transmitir el psicoanálisis en la formación académica. A través de temas como la clínica del goce, el amor, la anorexia, la topología y la angustia infantil, los autores muestran su relevancia en la comprensión de la subjetividad actual.

Más allá de la enseñanza formal, estas páginas invitan al lector a un encuentro con lo que Freud llamó "tarea imposible": la práctica del psicoanálisis, que exige un paso por el diván y una apertura a lo no sabido.



Pontificia Universidad  
Católica del Ecuador

**edi**  
**PUCE**



Grupo de  
Editoriales  
Universitarias  
AUSJAL

**ephep**

ISBN: 978-9978-77-708-4



9789978777084